

UNA SANGRE



PRÓLOGO

Presente. *Una ciudad en Europa. Noche.*

EL RESTAURANTE

(Un restaurante en una calle adoquinada. El tipo de lugar al que la gente va a quitarse el día de encima. Manteles color crema. Ceniceros. Conversaciones que no son las nuestras.)

(En una mesa al fondo, un muchacho. Traje oscuro, corbata roja, una copa de vino que lleva ahí más tiempo del que un sumiller perdonaría. Tiene las manos juntas frente a la boca. Mira algo a lo lejos con la expresión de alguien que observa el fondo de un acuario.)

(Lo que mira es una pareja joven en otra mesa: el hombre nervioso de una manera particular, revisa el bolsillo interior de la chaqueta cada pocos minutos. Ella aún no lo ha notado.)

NARRACIÓN: Había que tener cierta práctica para notar esas cosas. La gente enamorada la tenía atrofiada.

(El móvil del muchacho vibra. Lo mira. Contesta sin apartar los ojos de la pareja.)

COLTRANE: Sí. Estoy en medio de algo.

EL CALLEJÓN

(La misma noche. Otro continente. Un callejón en algún lugar del Medio Oriente. Paredes de piedra, un olor a basura cocida por el calor del día.)

(GLENN está de pie con el móvil en la oreja. Lleva una chaqueta de fotógrafo y una cámara colgada al cuello que no ha tomado una fotografía en su vida. JUNO a su lado, con la tranquilidad de alguien que ha hecho esto muchas veces.)

GLENN: Juno y yo vamos de cacería. ¿Te apuntas?

COLTRANE: *(al móvil)* Me encantaría. Pero estoy comprometido con otra cosa, y tengo la sensación de que ustedes no están precisamente al lado.

GLENN: Estarás aquí antes del amanecer.

COLTRANE: Estoy más interesado en saber si este hombre está a punto de proponerle matrimonio a Lauren. Es médico. Sería un buen partido.

GLENN: ¿Lauren?

COLTRANE: Una de mis tataranietas. Quinta o sexta generación. He perdido la cuenta.

GLENN: Ah. Claro. ¿Seguro que no puedo tentarte? Agradecería tener a alguien con dominio de idiomas en la partida.

COLTRANE: ¿Qué hay de tu "novio"?

GLENN: *(pausa)* Está... un poco oxidado.

COLTRANE: *(cubriéndose los ojos con una mano)* Ese hombre. De verdad. Diviértanse y dime cómo termina.

(Coltrane corta la conversación.)

DE VUELTA AL RESTAURANTE

(Coltrane deja el teléfono sobre la mesa. Mira otra vez a la pareja. El hombre está sacando algo del bolsillo de la chaqueta.)

(Coltrane inclina levemente la cabeza.)

COLTRANE: *(para sí mismo, murmurando)* Allá vamos.

EL NIDO

(Un almacén en las afueras. La noche es más oscura aquí. Sin restaurantes, sin adoquines. Solo paredes de ladrillo y una luz débil de origen incierto.)

(Juno mata al primero sin hacer ruido. Le rompe el cuello con la eficiencia de quien cierra una puerta.)

JUNO: Estamos cerca del nido.

(Glenn examina el arma que llevaba el hombre. Una AK-47 vieja, bien mantenida.)

GLENN: *(con algo que no es exactamente nostalgia)* Ah, qué recuerdos.

JUNO: *(levantando una mano en forma de garra)* Nada de trampa. Lo hacemos de la forma clásica. Ahí está la gracia.

(Glenn deja el arma en el suelo.)

GLENN: Ya lo sé.

NARRACIÓN: Ellos eran dos. El resto era una multitud. Luego fueron disminuyendo, hasta que no quedó ninguno.

NARRACIÓN: Hubo gritos. Ráfagas de fusil vaciadas en direcciones erráticas, porque lo que se movía lo hacía a una velocidad que el ojo humano no alcanzaba a procesar. Hubo objetos de madera que se rompían con facilidad, y otras cosas que cedían con un sonido húmedo.

NARRACIÓN: Después, el silencio fue ganando el lugar por agotamiento de los materiales. Cuando el último sonido se extinguió, el aire del almacén siguió vibrando unos segundos.

LAS SECUELAS

(Glenn y Juno sentados contra la pared, salpicados de sangre ajena, con agujeros en la carne que ya se están cerrando. Juno tiene la expresión de quien termina de leer un buen libro.)

JUNO: Ah. Mucho mejor. Es una pena que no podamos hacer esto más a menudo.

(Glenn asiente. Pero su mirada está en algún sitio que no es el nido.)

(Juno lo nota. Aún no dice nada.)

(Glenn se levanta. Empieza a verter gasolina sobre el suelo y los cuerpos. Juno lo detiene con un gesto.)

JUNO: Espera. Queda uno. Lo siento.

(Glenn obedece. Concentra los sentidos. Entre los cuerpos, un hombre respira controlando todo su cuerpo, fingiendo estar muerto.)

JUNO: Ahí.

(El hombre entra en pánico. Empieza a gritar en un idioma que les es indiferente.)

(Juno va a actuar cuando el hombre saca algo del interior de la chaqueta: una foto Polaroid arrugada. Dos niñas.)

(Glenn la ve. Se paraliza. La toma y la mira.)

NARRACIÓN: De momento no existía el hombre aterrado, ni existía Juno, observándolo desde un metro con la curiosidad de quien intuye lo que va a pasar pero no en qué orden. Existían dos niñas en una foto que alguien llevaba encima por una razón.

DECISIÓN 1

A) Glenn se guarda la foto. La dobla con cuidado. La mete en el bolsillo interior de la chaqueta. No dice nada.

B) Glenn la deja caer. La mira un momento más. La suelta con resignación. No la recoge.

(Antes de que Glenn pueda reaccionar a lo que acaba de decidir, Juno termina con el hombre. Se gira hacia él.)

JUNO: ¿Qué te ocurre? ¿Crees que ninguno de los otros tenía familia? ¿Que los cientos que hemos matado antes tampoco? *(Patea el cuerpo con desgana.)* Qué desperdicio. Le hicimos un favor a su familia.

(Glenn no responde. Juno continúa.)

JUNO: No soporto en lo que te está convirtiendo "Ricitos de Oro": te ha ablandado.

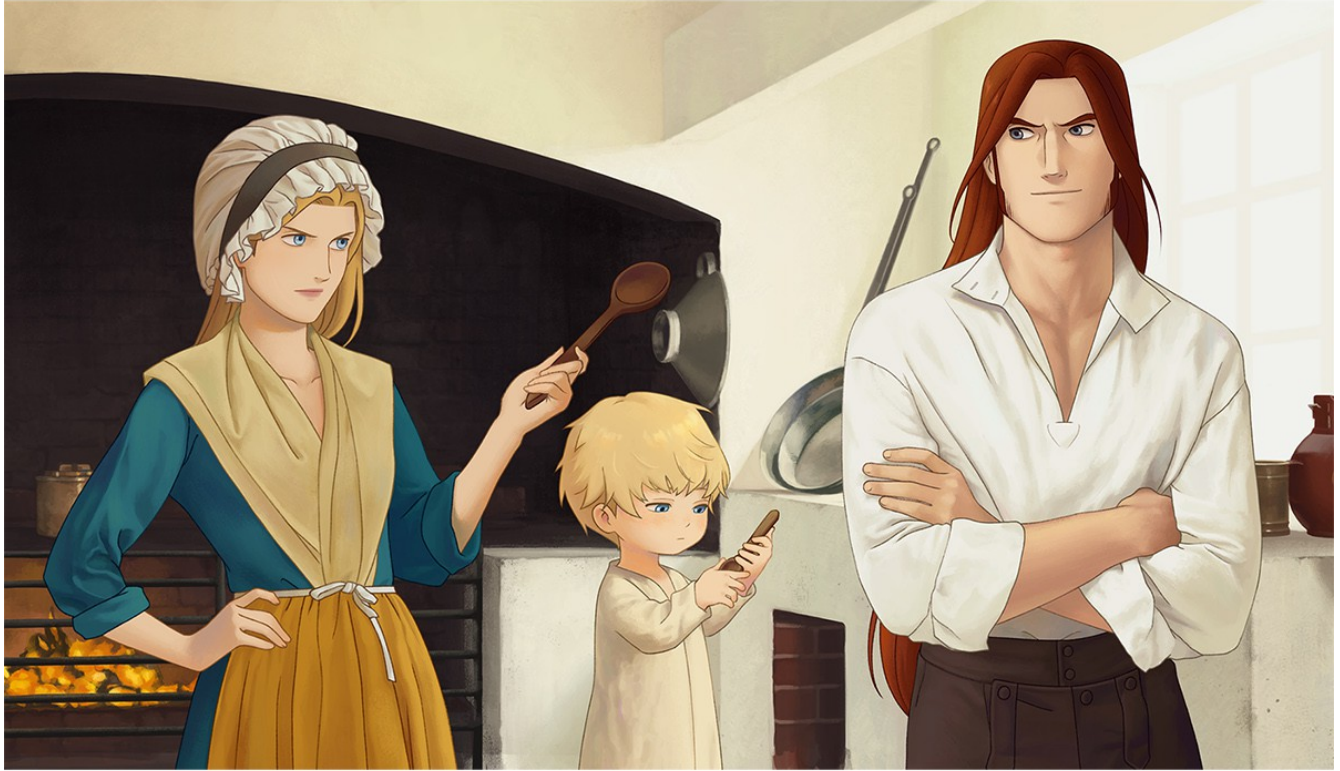
(Le pone el bidón de gasolina en las manos a Glenn.)

JUNO: Termina el trabajo. Hemos acabado aquí.

(Glenn hace lo que le pide.)

(Caminan mientras el nido arde a sus espaldas.)

JUNO: *(con inquietante naturalidad)* Ah. Y por si sirve de algo: gano yo.



DIANA

JOHANNES

HUMAN GLENN

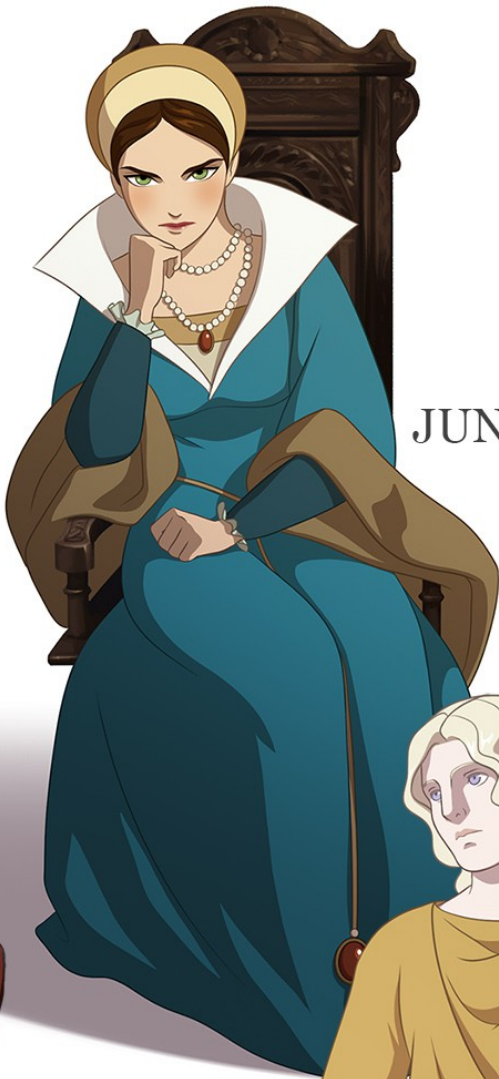


COLTRANE

ANNIE



PAUL



JUNO



IMMORTAL
GLENN



AISON

CAPÍTULO 1 — GLENN

El hombre que era. Virginia. 1764. Irish District, Richmond.

CORTE RÁPIDO — LA TABERNA

(La taberna huele a serrín mojado, sudor viejo y whiskey barato. GLENN está en una mesa al fondo, con una mano sobre los dados y la otra sosteniendo una jarra que lleva tiempo vacía. Ríe antes de que el chiste termine. Tira los dados. Pierde. Vuelve a reír.)

NARRACIÓN: Treinta y cinco años. Una esposa. Un hijo. Y ningún chelín en el bolsillo. Cualquier hombre en su situación estaría en casa.

NARRACIÓN: Decían en el distrito que tenía porte de noble. Debajo de eso era un campesino irlandés eludiendo sus responsabilidades, cómodo en su propio desastre.

(El tabernero le acerca otra jarra antes de que Glenn pague la anterior. Glenn la levanta hacia él dando las gracias. El tabernero hace una mueca.)

THOM, parroquiano cincuentón, mal afeitado, ya bastante pasado de tragos, se inclina hacia él y le da un codazo de complicidad.

THOM: Sheridan, te vi ayer saliendo del estudio de Baxter.

GLENN: *(sin mirarlo, acomodando los dados)* Pues habrás visto mal, Thom. Ayer estuve en mi casa.

THOM: *(riendo)* Sí, claro. Y yo fui arzobispo.

GLENN: *(alzando la jarra recién llena)* Bendígame, su excelencia.

(Thom suelta una carcajada. Glenn sonríe. Tira los dados. Vuelve a perder.)

THOM: ¿Y se puede saber qué te encarga Baxter? ¿Otra Madonna?

GLENN: Baxter no me encarga nada. Voy a supervisar que no arruine sus propios lienzos. Es caridad cristiana.

THOM: De visita con los pinceles puestos.

GLENN: De visita con lo que haga falta.

(Thom vuelve a reír. Glenn no aclara. Glenn nunca aclara.)

NARRACIÓN: Pintaba a las modelos que Baxter le pasaba cuando no le tocaba el turno al maestro. Las pintaba sin cobrar, lo cual irritaba a Baxter, que siempre cobraba. Glenn decía que era práctica, que era un favor. Ni él tenía claro lo que era en realidad.

(Un parroquiano más joven, NED, que lleva un rato escuchando desde la mesa de al lado, se vuelve hacia Glenn con admiración.)

NED: Sheridan, cuéntale a Thom lo del capitán holandés.

GLENN: *(sin entusiasmo, como quien ya ha contado la historia mil veces)* ¿Otra vez?

NED: Thom no la oyó.

THOM: No la oí.

(Glenn deja los dados. Se recuesta en la silla. Los otros dos guardan silencio.)

GLENN: Bueno. Era un capitán holandés. Gordo. Borracho como solo puede estarlo un calvinista lejos de su congregación. Me jura, sobre el alma de su madre (y en holandés, para rematar) que tenía un cargamento de seda china en la aduana y que necesitaba a alguien de confianza para custodiarlo una noche.

THOM: ¿Y tú eras alguien de confianza?

GLENN: Esa noche, sí. *(Pausa.)* Lo importante es lo siguiente. Le digo: capitán, yo le custodio la seda. Pero mi religión me prohíbe custodiar cosas que no he tocado.

(Risas anticipadas. Glenn las deja correr.)

GLENN: Me lleva al muelle. Me enseña una caja. Le digo: capitán, esto es lino.

THOM: ¿Era lino?

GLENN: ¡Era cáñamo! De la peor calidad. Pero el capitán no se ofendió. El pobre bastardo llevaba todo el día intentando estafar a alguien, y cuando descubrió que yo era el único desgraciado que distinguía el cáñamo de la seda a las dos de la mañana, se emocionó tanto que me invitó a beber.

THOM: ¿Y lo hiciste?

GLENN: Hasta el amanecer. Hasta que el capitán, llorando, me confesó que la caja era de su mujer, que no tenía ningún cargamento y que solo quería compañía.

(Glenn alza la jarra.)

GLENN: Y por eso, caballeros, sigo con el patrimonio financiero de un perro callejero. Pero me gané un amigo holandés.

(Thom golpea la madera con la palma. Ned ríe como si la oyera por primera vez, aunque la haya pedido él. Glenn bebe, mirando por encima del borde de la jarra.)

NARRACIÓN: La anécdota era absurda. Sus compañeros de mesa sabían que mentía. Pero habían acordado en silencio que la mentira era mejor que sus propias vidas, y la financiaban con cerveza.

NARRACIÓN: Era el único don que había cultivado con disciplina. Le había salvado la vida más veces de las que podía contar. Y le había costado otras tantas.

(Una CAMARERA pasa rápido. Glenn no la mira, pero desliza los dedos por el borde de su delantal al pasar. Ella se voltea a mirarlo un segundo de más. Él ya está mirando a Thom.)

THOM: *(bajando la voz)* Oye, Sheridan. Tu mujer.

GLENN: *(la sonrisa se congela un instante)* Qué ocurre con ella.

THOM: Que cuándo piensas volver a tu casa.

(Pausa breve. Glenn acaricia los dados. No los tira.)

GLENN: Diana sabe perfectamente dónde estoy, Thom.

THOM: ¿Eso significa que vas a volver?

GLENN: Eso significa que sabe dónde estoy.

(Thom se ríe, incómodo. Glenn le sostiene la mirada hasta que el otro baja la vista. Tira los dados.)

NARRACIÓN: Diana siempre sabía dónde estaba. Y siempre decidía no ir a buscarlo.

NED: ¿Y el niño? ¿Ya camina? ¿Qué edad tiene?

GLENN: *(sin mirar a Ned)* Dos años. Camina y te mira fijo, como si te leyera la mente.

THOM: Los niños no miran así.

GLENN: Pues el mío sí. Te mira y sientes que hasta le debes dinero.

(Pausa.)

GLENN: Será una etapa.

(Glenn tira los dados. Salen fuera del tablero. Pierde. Esta vez la derrota solo le saca media sonrisa.)

NARRACIÓN: Glenn bromeaba. Johannes, no. Lo miraba con una gravedad de adulto, como quien lee un documento que no termina de tener sentido. Glenn había aprendido a apenas devolverle la mirada.

(Imagen: el fondo y los personajes cambian de color por un segundo. Todo se vuelve unos tonos más fríos y desaturados. El murmullo de la taberna se atenúa una fracción. Luego todo vuelve a la normalidad.)

NARRACIÓN: Glenn sintió un escalofrío sin razón, un descenso de temperatura en la base del cráneo. Lo atribuyó al humo, al cansancio, al frío que se colaba por algún resquicio. Echó un vistazo a la puerta. Estaba cerrada. Volvió a los dados.

NARRACIÓN: La sensación se quedó un largo rato. Como cuando uno cree haber oído su nombre en una sala llena de desconocidos.

(Glenn deja los dados sobre la mesa. Se queda mirando la jarra. No la levanta. El ruido de la taberna sigue alrededor.)

NARRACIÓN: Hay un momento, en todas las tabernas, en que el animador deja de animar. Dura lo que tarda cualquiera en voltear la cabeza. Si alguien lo observara en ese segundo, vería a un hombre solo. Pero a esa hora, en ese lugar, nadie está pendiente de nadie.

NED: *(a lo lejos, amortiguado)* ¿Sheridan? ¿Tiras o qué?

(El segundo se cierra. Glenn parpadea. Sonríe. La sonrisa funciona.)

GLENN: *(recogiendo los dados)* Tira tú, Ned. Hoy la suerte es de los tontos, así que llevas ventaja.

(Todos ríen. Thom levanta la jarra.)

THOM: Por el capitán holandés.

GLENN: Por el capitán holandés.

NARRACIÓN: Todos brindaron. Glenn brindó con ellos. Su mano tenía la firmeza de siempre.

(FUNDIDO LENTO.)

NARRACIÓN: Esa noche, como todas, Glenn salió por la puerta trasera sin despedirse. Sabía que su ausencia no detendría la fiesta.

NARRACIÓN: Pero esa vez alguien tomó nota de su ausencia. Alguien que no estaba dentro de la taberna.

(FUNDIDO LENTO.)

CORTE RÁPIDO — EL PRESTAMISTA

(Un local estrecho, con papel pintado que ya ha visto mejores épocas. Detrás del mostrador, un hombre grueso con anteojos. Sus ojos tienen la ausencia de color que desarrollan los hombres que han

oído todas las excusas de Richmond.)

(Glenn al otro lado del mostrador. Sombrero en la mano. Sonrisa de Glenn.)

GLENN: ¡Morgan! ¡Querido amigo!

MORGAN: *(sin levantar la vista)* No.

GLENN: Si aún no te he dicho nada.

MORGAN: No hace falta.

(Glenn apoya los codos en el mostrador, invadiendo el espacio justo. Morgan sigue escribiendo.)

GLENN: Dos libras. Hasta el viernes.

MORGAN: No.

GLENN: El viernes. Se lo juro por mi madre.

MORGAN: Su madre murió hace doce años, Sheridan.

GLENN: *(pausa)* Precisamente por eso. Es un juramento serio.

(Morgan levanta la vista. Se le queda viendo un rato largo. Suspira como quien ha perdido esta discusión muchas veces y se rinde una vez más. Abre un cajón. Cuenta las monedas.)

MORGAN: El viernes.

GLENN: Su Alteza.

MORGAN: Fuera.

(Glenn toma las monedas. Se pone el sombrero y sale silbando.)

NARRACIÓN: Morgan nunca recuperó el dinero. Ningún prestamista del distrito lo hacía. Se lo daban igual. Sentían, sin saber explicarlo, que negarle algo a ese hombre costaba más que dos libras.

CORTE RÁPIDO — EL ESTUDIO

(El estudio improvisado huele a aceite de linaza y aguarrás. La luz de la tarde entra por una ventana pequeña. GLENN está frente a un lienzo pequeño, con la camisa manchada y el pelo recogido sin cuidado.)

(La modelo, una mujer de mediana edad que parece aburrida de estar viva, posa en una silla. Él no la mira a ella: mira el lienzo. La ha vuelto algo etéreo, casi divino.)

NARRACIÓN: Con el pincel en la mano, Glenn Sheridan podía ver belleza en la podredumbre. Se decía que documentando la vida compensaba el fracaso de intentar vivirla.

(La modelo bosteza. Glenn sonríe sin apartar los ojos del lienzo.)

GLENN: *(sin mirarla)* Puedes moverte. Ya terminé con tu cara.

MODELO: ¿Y el resto?

GLENN: El resto me lo invento.

(La modelo se ríe brevemente, cansada. Se levanta, se estira y mira el lienzo por curiosidad, porque todas lo hacen. Se queda mirando.)

MODELO: *(en voz baja)* Señor Sheridan.

GLENN: ¿Mm?

MODELO: Esta no soy yo.

GLENN: *(limpiando el pincel)* Es una versión tuya.

MODELO: Una versión que no conozco.

GLENN: Pues ahora la conoces.

(Ella lo mira un momento más. No dice nada. Se viste y se va.)

NARRACIÓN: Nunca cobraba por estos cuadros. Era su única transacción honesta. Cada modelo se iba un poco distinta a como había llegado, aunque ni ella ni él habrían sabido decir en qué. Era lo único que hacía sin calcular lo que sacaba a cambio.

CORTE RÁPIDO — LA COCINA

(La cocina. Temprano por la mañana. DIANA está de espaldas, removiendo algo en el fuego. JOHANNES, dos años, rubio, con una seriedad impropia de su edad, está sentado en el suelo con una cuchara de madera que examina como si fuera un objeto arqueológico.)

(Glenn aparece con la misma ropa de ayer. Diana no se da la vuelta.)

DIANA: ¿Has traído algo de comer? ¿O has vuelto a apostar nuestro futuro en el fondo de una botella?

GLENN: Buenos días para ti también.

DIANA: ¿Ganaste algo?

(Glenn lo piensa. Sonríe.)

GLENN: Gané tiempo. Eso cuenta.

(Diana se voltea. Lo mira de arriba abajo con esa expresión suya que, después de tantos años, Glenn sigue sin descifrar.)

DIANA: Comes. Te cambias. Y esta tarde arreglas la puerta del establo.

(Glenn se sienta.)

GLENN: ¿Y si arreglo dos puertas? ¿Me das algo a cambio?

DIANA: No. Pero te queda la satisfacción de haberlo hecho.

(Glenn se ríe. Diana vuelve al fuego, casi sonriendo.)

NARRACIÓN: Él empujaba, ella no cedía, y en esa tensión vivían bastante bien.

(Johannes levanta la vista y mira a su padre con unos ojos azules demasiado fijos.)

(Glenn lo mira un rato. Baja la voz, hablándole solo a él.)

GLENN: ¿Qué miras?

(Johannes no responde. Vuelve la vista a la cuchara.)

NARRACIÓN: El niño hablaba poco. Glenn decía que había heredado el carácter de Diana. Diana decía que el de Glenn. Probablemente los dos tenían razón.

(Glenn come. Diana no se sienta. Come de pie, o después, o no come. Glenn lo ha notado. Nunca se lo ha preguntado.)

CORTE RÁPIDO — LA PUERTA DEL ESTABLO

(Tarde. Glenn intenta arreglar la puerta del establo. Lo hace mal, pero con el esfuerzo justo para que de lejos parezca que lo intenta. Diana lo observa desde atrás, con los brazos cruzados.)

DIANA: Te está quedando torcida.

GLENN: Está bien.

DIANA: Glenn.

GLENN: *(sin voltear)* Está bien así. Es rústico. Le da carácter.

DIANA: Carácter.

GLENN: ... Alma.

(Diana suspira. Se acerca. Le quita el martillo, como siempre. Glenn se aparta y la mira trabajar. Ella endereza la bisagra en la mitad del tiempo que a él le tomó deformarla.)

NARRACIÓN: Ahí volvía a recordar por qué la amaba.

DIANA: Listo.

GLENN: Te ha quedado perfecta.

DIANA: Hazme el favor y vete.

GLENN: *(sonriendo)* Me voy.

(Glenn se aleja. Antes de doblar la esquina, voltea y se queda mirándola. Ella no lo ve: está guardando las herramientas.)

NARRACIÓN: A veces, en momentos así, Glenn se preguntaba qué habría sido de su vida sin ella. La respuesta que empezaba a formarse no le gustaba. La enterraba rápido, daba media vuelta y se iba a la taberna.

CORTE RÁPIDO — EL CAMINO DE TIERRA

(Noche. Glenn camina solo por el sendero que se aleja del distrito. No tiene prisa. Se detiene frente a un charco de agua estancada. Ve su reflejo un momento: el pelo rojo, los hombros anchos, la cara de quien no sabe qué busca pero confía en poder reconocerlo una vez que lo vea.)

NARRACIÓN: No era infeliz; eso era lo más honesto que se podía decir de él. Pero en noches como esa la resaca le dejaba la sensación de que su vida era un lienzo enorme al que le faltaba el punto central.

NARRACIÓN: Y el universo aborrece el vacío.

(Llega a la curva del sendero, donde los árboles se tragan la luz de la luna. Y ahí, en la oscuridad, hay una mujer que no estaba antes.)

(FUNDIDO LENTO.)

CAPÍTULO 1 — GLENN

El encuentro con Juno. *Virginia. 1764. Irish District, Richmond. Noche.*

CORTE RÁPIDO — EL CAMINO DE TIERRA

NARRACIÓN: Otra noche desperdiciada. Había perdido lo poco que llevaba en los bolsillos. Salió por la puerta trasera de la taberna y buscó el sendero de tierra que acortaba el camino a casa por el bosque.

(Fondo: un camino de tierra oscuro. Árboles a los lados. Solo luz de luna filtrándose por las ramas.)

(Glenn camina solo. El frío es seco. Sus botas crujen sobre las hojas muertas: demasiado ruido para la inmensidad del silencio.)

NARRACIÓN: Había bebido menos de lo habitual. Eso lo sabía. Lo que no sabía era por qué el bosque parecía haber cambiado de dimensión esa noche.

(Se detiene. Mira hacia adelante.)

(En un recodo del camino, bajo un roble viejo que marca el lindero de una propiedad, hay una figura. Una mujer. Quieta, como si llevara mucho tiempo ahí.)

(Corte a: la figura de Juno en la oscuridad. Piel blanca, vestido oscuro. La textura del fondo cambia sutilmente: la noche se vuelve más densa, la luz de la luna se vuelve clínica, estancada.)

(Glenn parpadea. Sigue ahí.)

NARRACIÓN: Lo primero que pensó fue que era una prostituta. Lo segundo, que no lo era. Los dos pensamientos le llegaron a la vez, y el segundo ganó sin que el primero supiera por qué.

(La mujer no se mueve. Pero Glenn siente, sin explicación, que ella lo está mirando. Que lo ha estado mirando desde antes.)

(Glenn da un paso. Luego otro.)

NARRACIÓN: Cada paso le costaba más de lo normal, como si el suelo le mordiera las botas. Como en esos sueños donde corres y no llegas a ningún lado.

(Cuando por fin la tiene a un par de metros, ve su rostro.)

NARRACIÓN: Cabello negro. Piel de una blancura que le dolía mirar. Ojos de un color que no era de este mundo.

(A Glenn no le tiemblan las manos. Esa noche le tiemblan un poco.)

JUNO: Llevas rato caminando en círculos.

(La voz llega por un canal que no es el del oído. Glenn siente las palabras dentro de la cabeza, claras y nítidas.)

GLENN: *(por costumbre, la voz ronca)* Disculpa... no tengo dinero. Ya me iba a casa.

JUNO: No es ahí donde quieres ir.

(El viento arrecia de repente. Glenn no está seguro de lo que siente.)

GLENN: ¿Te conozco?

JUNO: No.

GLENN: ¿Debería?

(Juno lo mira. Algo en su expresión sugiere que la pregunta le parece tonta, pero menos aburrida que las de los siglos anteriores.)

JUNO: Eso depende de ti.

(Pausa larga.)

NARRACIÓN: Después, Glenn no podría decir cuánto tiempo estuvo ahí. Recordaba la voz. Recordaba el frío que venía de ella sin que lo tocara, un frío que no pertenecía a ningún cuerpo vivo. Recordaba haber pensado: esto es un sueño.

(Un susurro al oído, casi imperceptible, como si ella hubiera estado siempre a esa distancia.)

JUNO: Soy la reina de tus sueños.

(Glenn no se mueve. Ella tampoco.)

NARRACIÓN: No pasó nada esa primera noche. Ella le sostuvo la mirada un momento más, se volteó y se fue. Caminó hasta desaparecer. Glenn se quedó donde estaba.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Cuando por fin las piernas le obedecieron y llegó a casa, no recordaba el trayecto. Solo recordaba el árbol.

CORTE RÁPIDO — LAS CUATRO NOCHES

NARRACIÓN: La primera noche Glenn se dijo que había sido el alcohol. Una alucinación elaborada. La había tenido antes. Se acostó con la certeza de que por la mañana no se acordaría.

NARRACIÓN: Sí se acordaba.

(Imagen: la habitación a oscuras. Glenn en la cama, los ojos abiertos, mirando las vigas del techo. Diana duerme a su lado, dándole la espalda. Johannes respira entre los dos.)

NARRACIÓN: Estaba en su cama, con su familia, pero su cuerpo y sus pensamientos ya no pertenecían ahí.

NARRACIÓN: La segunda noche volvió al lindero, solo para confirmar que no había nadie. Que bajo el árbol solo había raíces. Sería rápido, solo para cerciorarse.

(Imagen: el camino de tierra. Glenn de pie frente al roble. No hay nadie. Solo el viento en las ramas muertas. Solo el frío.)

NARRACIÓN: Se quedó más tiempo del que dictaba la razón. Media hora. Quizás una. El camino seguía vacío y él no se iba.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Volvió a casa al amanecer, sin haber visto nada. Y regresó sintiéndose peor a como si la hubiera encontrado.

(Imagen: Glenn entrando a la cocina con las primeras luces. Diana, despierta, de pie junto a la estufa. No le dice nada. Glenn pasa a su lado sin mirarla y sube a acostarse.)

NARRACIÓN: La tercera noche intentó resistirse. Se quedó en la taberna decidido a emborracharse hasta perder las piernas. A las dos de la mañana lo había logrado.

NARRACIÓN: Y aun así fue al bosque, con la vista nublada, trastabillando por el whiskey.

(Imagen: El roble vacío otra vez.)

NARRACIÓN: Esta vez se dejó caer en la tierra, la espalda contra la corteza. Esperó, sin saber qué.

NARRACIÓN: Fue ahí donde empezó a entender lo que no quería entender. El problema no era ella. Si ella hubiera estado ahí, habría sido soportable: habrían cruzado palabras, o no, y habría un cierre. Lo que lo destruía era el árbol vacío. La posibilidad de que ella nunca hubiera existido. La posibilidad, peor aún, de que sí.

(Imagen: el estudio improvisado. Glenn frente al lienzo de la mujer de mediana edad, a medias. El pincel seco sobre la paleta. Mira el lienzo, inerte. Una hora. Dos. El lienzo sigue igual.)

NARRACIÓN: Dejó de pintar sin decidirlo. Dejó de comer sin notarlo. Dejó de hablar con Diana en algún momento que después no pudo ubicar. Se movía por la casa como alguien de paso en su propia vida.

NARRACIÓN: La cuarta noche fue al sendero sin hacerse ya ningún cuento. No se prometió confirmar nada. No se emborrachó antes. No se prohibió ir. Salió de casa como quien sale a trabajar.

NARRACIÓN: Iba a volver a ese árbol todas las noches del resto de su vida si hacía falta. Lo había aceptado esa misma tarde, sin drama, como un hombre acepta el diagnóstico de una enfermedad crónica.

(Imagen: el camino de tierra. Glenn se apoya contra el roble. Se deja resbalar hasta la tierra húmeda. No espera nada en particular. La mirada perdida hacia adelante.)

(Pausa.)

NARRACIÓN: No supo cuánto tiempo pasó así. Pero cuando por fin levantó la vista, ella estaba ahí.

(FUNDIDO)

CORTE RÁPIDO — LA COCINA

(Mediodía. Glenn sentado a la mesa. Delante, un plato con un trozo de cerdo que apenas ha tocado. Diana lo observa desde el otro lado de la habitación, con esa expresión suya: la del médico que ya sabe el diagnóstico y espera que el paciente hable primero.)

DIANA: Llevas cuatro días sin pintar las barbaridades de siempre.

GLENN: Estoy pensando.

DIANA: ¿En qué?

(No es una pregunta. Glenn lo sabe.)

GLENN: En nada importante.

(Diana no responde. Recoge el plato. Dice, de espaldas, con esa voz suya que no sube de tono pero llega a los huesos:)

DIANA: Glenn. No sabes mentir.

(Glenn no se defiende. Mira por la ventana. Afuera, Johannes examina una piedra con la concentración con que otro niño examinaría un tesoro.)

NARRACIÓN: Diana no insistió. No porque no quisiera saber, sino porque a esas alturas del matrimonio ya sabía lo suficiente. Lo que le faltaba era la clase de detalle que prefería no confirmar. Había aprendido por las malas que, con un hombre como Glenn, ciertas preguntas solo servían para que la respuesta te quitara el suelo de los pies.

(Glenn la observa de espaldas un momento. Abre la boca. La cierra. Se levanta arrastrando la silla.)

Sale por la puerta trasera.)

NARRACIÓN: Cuando él cruzó el umbral, Diana se quedó inmóvil un rato demasiado largo, mirando el plato como si ahí estuvieran las respuestas.

CORTE RÁPIDO — ESA NOCHE

(Fondo: el camino de tierra bajo el roble viejo. Oscuridad cerrada, solo la silueta de los árboles.)

(Glenn dobla el recodo sin ocultarse, sin fingir que va hacia otro lado.)

(Ella está ahí.)

JUNO: *(sin moverse, la voz como un eco desde algún lugar detrás de sus ojos)* Sabía que volverías.

(Glenn se detiene a dos pasos. Esta vez no hay ambigüedad en el frío que irradia, ni en la manera en que lo mira: como si ya hubiera decidido algo sobre él y el resto fuera trámite.)

GLENN: ¿Qué eres?

JUNO: Lo que necesites que sea.

GLENN: Eso no es una respuesta.

JUNO: No. Pero es lo único que te voy a dar esta noche.

(Juno da un paso hacia él. Glenn no retrocede.)

NARRACIÓN: Tuvo un momento de lucidez muy corto. Pensó en Diana. Pensó en Johannes con su piedra. Pensó que debería irse a casa. Los tres pensamientos le llegaron a la vez, y los tres los desestimó con la misma facilidad con que había desestimado miles de cosas buenas a lo largo de su vida.

(El entorno se desvanece en una negrura absoluta. El bosque desaparece.)

NARRACIÓN: Hubo un destello. Un dolor que no era físico, sino una reconfiguración de la consciencia. Creyó ver algo en la penumbra. Unos dientes afilados, el reflejo de algo que no pertenecía a este mundo.

NARRACIÓN: Luego, nada más.

(FUNDIDO A NEGRO)

CORTE RÁPIDO — EL DESPERTAR

NARRACIÓN: Cuando despertó, él era distinto. El mundo también.

(Primer plano: los ojos de Glenn abriéndose de golpe.)

NARRACIÓN: La luz del alba le resultó ofensiva de un modo que no recordaba haber conocido. El mundo sonaba demasiado alto, demasiado brillante, demasiado vivo. No entendía la agonía que le apretaba las vísceras. Solo sabía que el hambre que lo devoraba por dentro era una cosa nueva, una entidad propia, y que tenía nombre de mujer.

(FIN DE LA ESCENA)

CAPÍTULO 1 — GLENN

Intermezzo. Virginia. 1764—1780.

NARRACIÓN: Lo primero fue el ruido.

(El sonido empieza ahogado, con un filtro de paso bajo, como sumergido en agua. De pronto el filtro se corta. El sonido entra de golpe: agudo, múltiple, invasivo.)

NARRACIÓN: Glenn no sabía que el mundo sonaba así. Que la sangre propia, empujada por las venas, tenía el volumen de una conversación a medio metro. Que la madera de las casas crujía de noche como si se partiera. Que los insectos no zumbaban: gritaban, todos a la vez, en un idioma ininteligible.

NARRACIÓN: Las primeras noches se tapó los oídos. No sirvió de nada. El ruido no estaba en la habitación: estaba en su cabeza.

(Juno lo observa desde un rincón del cuarto. No se ríe. Al principio solo espera, con paciencia.)

JUNO: Pasa.

GLENN: ¿Cuándo?

JUNO: Cuando tenga que pasar.

NARRACIÓN: No le explicó lo del hambre. Quizás lo dio por obvio. Quizás se le olvidó, como uno olvida explicarle a alguien cómo respirar. Glenn tardó tres días en entender qué era ese nudo en el estómago que no se parecía en nada al hambre humana.

NARRACIÓN: Cuando lo entendió, ya era tarde.

CORTE RÁPIDO — UNA NOCHE CUALQUIERA

(Un callejón. Paredes de ladrillo sucio. Un hombre tirado en el suelo. Glenn de pie, mirándose las manos. Juno a dos pasos, limpiándose la comisura del labio con el pulgar.)

JUNO: ¿Mejor?

(Glenn no responde. Mira al hombre en el suelo. Mira sus manos. Vuelve a mirar al hombre.)

JUNO: Te acostumbras.

GLENN: No quiero acostumbrarme.

JUNO: Entonces vas a sufrir mucho.

(Glenn tiene una arcada. El cuerpo se dobla buscando expulsar algo, pero el estómago ya ha asimilado la sangre y se niega a devolverla. Juno lo mira con una expresión que en otra mujer pasaría por ternura.)

JUNO: Dale tiempo.

CORTE RÁPIDO — LA CASA

NARRACIÓN: Lo que nadie le había advertido (porque Juno no lo consideró necesario, o porque hacía siglos que no le importaba) era que el hambre no distingue. Que un recién convertido carece de los filtros que se desarrollan con los siglos. Que la gente que amas sabe igual que un extraño en un

callejón.

NARRACIÓN: Glenn tardó varios días en comprender por qué no podía acercarse a su propia puerta.

(Una calle familiar. Glenn se detiene a media cuadra. La ventana de su casa está iluminada. Diana se mueve detrás del cristal, haciendo algo que no se distingue desde afuera.)

(Glenn cierra los ojos. Respira.)

NARRACIÓN: Puede olerlos. Puede oír sus corazones. El de Diana, acompasado. El de Johannes, más rápido, más pequeño.

NARRACIÓN: Dos latidos. Así los reducía su nueva naturaleza. No eran una esposa y un hijo: eran dos sonidos dentro de una casa.

(Glenn aprieta la mandíbula. No avanza. No se va.)

NARRACIÓN: Pensó, con una claridad que le asqueaba, que nunca los había amado tanto como en ese momento. Y que nunca iba a poder decírselo.

NARRACIÓN: Se quedó un rato más. Luego se fue. Volvió la noche siguiente. Y la siguiente.

NARRACIÓN: Cada noche se detenía un metro más lejos, como si calculara la distancia exacta a la que el hambre aún le permitía conservar la cordura.

(Una de esas noches, Juno aparece a su lado. No la ha oído llegar. La mano que le pone en el hombro se siente como una piedra fría.)

JUNO: Sabes que no puedes entrar.

GLENN: Lo sé.

JUNO: Y sabes que no puedes seguir haciendo esto.

(Glenn no responde. Juno no insiste. Lo deja ahí un momento más y se aleja por la calle.)

(Glenn mira la ventana. Adentro, Johannes, con su andar torpe de dos años, tropieza y cae. El llanto llega amortiguado por el vidrio. Diana entra, lo levanta, lo consuela.)

(Cierra los ojos.)

NARRACIÓN: No entró.

NARRACIÓN: Se dijo que esa era la decisión difícil. Que merecía algún crédito por quedarse fuera. Pero sabía, en el único rincón humano que le quedaba, que eso no era un sacrificio. Era cobardía con otro nombre.

NARRACIÓN: Se fue al amanecer. No dejó nada. Ni una nota, ni un recado. No buscó a ningún conocido en común.

NARRACIÓN: Se repitió que, para ellos, era mejor así: como si hubiera muerto. La gente entierra a sus muertos y sigue adelante. Diana era joven y podría encontrar a otro. Y Johannes no se iba a acordar de él.

(Pausa.)

NARRACIÓN: No lo recordaría.

CORTE RÁPIDO — EUROPA

NARRACIÓN: Juno lo llevó lejos. Dijo que no había nada peor para un neófito que quedarse cerca de

donde había sido humano. En eso tenía razón.

(Una habitación en algún lugar de Europa. Lujo impersonal, del que se alquila por temporadas. Juno desvestida en la cama, hojeando un libro en un idioma que Glenn no entiende. Glenn junto a la ventana, de espaldas a ella, mirando la calle.)

JUNO: Vas a estar así toda la noche.

GLENN: No.

JUNO: Sí.

(Glenn no voltea.)

JUNO: Es aburrido, Glenn. Llevas semanas así.

GLENN: ¿Cuántas?

JUNO: No sé. ¿Importa?

NARRACIÓN: Glenn intentó calcularlo. No le venía un número. Eso era lo perturbador.

NARRACIÓN: El tiempo había empezado a comportarse de otra manera. Al principio intentó llevar la cuenta. Luego se rindió. Los días y las noches se confundían porque solo existían las noches, y todas eran iguales. Una semana en una ciudad. Tres en otra. Meses que pasaban sin que nadie se molestara en nombrarlos.

(Glenn al fin se voltea hacia Juno. Ella cierra el libro.)

JUNO: Ven.

GLENN: ¿Para qué?

JUNO: Qué más da, acércate.

NARRACIÓN: Todo daba igual.

CORTE RÁPIDO — UN RETRATO

NARRACIÓN: Había algo que hacía a veces, cuando ella no estaba. Algo que no había planeado la primera vez, y que al verlo terminado le produjo una sensación muy parecida al miedo.

(Otra habitación. Otra ciudad. Glenn frente a un caballete. Luz de vela, tenue. En el lienzo, una mujer rubia de expresión seria y ojos celestes.)

NARRACIÓN: No era Juno.

(Glenn se queda mirándola un buen rato. Luego cubre el lienzo con un paño.)

NARRACIÓN: La pintaba de memoria. Y cada vez que lo hacía, la memoria se corregía a sí misma. Sabía que las versiones más recientes eran menos ella. Que pronto estaría pintando la idea que tenía de Diana, y no a Diana.

(Pausa.)

NARRACIÓN: La siguió pintando de todos modos.

(Esconde el lienzo en un rincón oscuro, donde Juno no pueda encontrarlo.)

NARRACIÓN: Ese pequeño acto de privacidad era lo único verdaderamente suyo que le quedaba.

CORTE RÁPIDO — UNA DISCUSIÓN SIN VOLUMEN

(Otra habitación. Otro continente, probablemente. Juno de pie, gesticulando. Glenn sentado, los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha.)

NARRACIÓN: No oímos lo que dicen. La distancia es la justa para no entender el contenido, solo los gestos. Dos personas que ya no tienen nada nuevo que decirse y que, sin embargo, siguen hablando.

(Juno, eventualmente, se calla. Sale de la habitación. Glenn no levanta la cabeza.)

NARRACIÓN: Peleaban por cosas que se les olvidaban al día siguiente. Juno decía que Glenn había cambiado. Glenn decía que Juno nunca había sido como él creyó. Los dos tenían razón, y los dos sabían que tener razón no servía de nada.

NARRACIÓN: Había una pregunta que Glenn nunca le hizo: por qué lo había elegido a él. Sospechaba que la respuesta era decepcionante. Que había sido por aburrimiento, o por el color de su pelo, o por cualquier cosa igual de arbitraria.

NARRACIÓN: Pasar la eternidad siendo el resultado de un capricho era algo con lo que se podía vivir, mientras uno no lo supiera con absoluta certeza.

CORTE RÁPIDO — UNA CACERÍA

NARRACIÓN: Aprendió a cazar con Juno. No porque quisiera, sino porque no había otra opción.

(Un callejón en penumbra. Un hombre en el suelo. Glenn de pie a su lado. El hombre ronda los cincuenta. Lleva una argolla de matrimonio. Su rostro tiene una expresión que Glenn conoce íntimamente: la de quien acaba de perder un dinero que no tenía y ensaya, de camino a casa, la mentira que le dirá a su mujer.)

NARRACIÓN: Glenn lo mata. Rápido. Sin ceremonias.

(Juno observa desde la boca del callejón.)

JUNO: Bien. Estás mejorando.

(Glenn no se mueve.)

JUNO: Vamos.

GLENN: Tenía una esposa.

JUNO: *(sonriendo)* Todos tienen una esposa.

GLENN: Con hijos, a lo mejor.

JUNO: Sí, a lo mejor.

(Glenn la mira.)

GLENN: ¿No sientes nada?

NARRACIÓN: Juno se tomó un segundo para pensarlo. Era uno de los pocos momentos en que Glenn podía verla pensar de verdad.

JUNO: Al principio sí. Ya no.

GLENN: ¿Cómo lo hiciste?

JUNO: ¿Hacer qué?

GLENN: Dejar de sentirlo.

(Juno acorta la distancia. Le pone una mano en la mejilla, fría, como siempre.)

JUNO: No se deja de sentir. Lo que sientes tan solo se desgasta. Como todo.

GLENN: ¿Cuánto tiempo tiene que pasar?

JUNO: Depende.

GLENN: ¿De qué?

JUNO: De cuánto te resistas.

(Glenn aparta el rostro. Juno deja caer la mano.)

NARRACIÓN: Tenía razón. Se desgastaba. La primera vez lo había devastado. La décima, ya no. La número cien fue como lavarse las manos: un hábito higiénico, algo que había que hacer. Glenn no supo cuándo dejó de contar. Solo supo, una noche cualquiera, que la cuenta había desaparecido.

(Pausa.)

NARRACIÓN: La revelación lo horrorizó durante un minuto, al menos. Después, el horror también se desgastó.

CORTE RÁPIDO — LA GENTE QUE DEJÓ DE EXISTIR

NARRACIÓN: En algún momento de aquellos años, olvidó el rostro de Diana.

NARRACIÓN: No ocurrió de golpe. Fue una erosión de meses. Primero perdió la forma exacta de las manos. Después, la cadencia de la voz. Después, algún gesto. Una noche intentó recordar cómo sonaba su risa, y el sonido no acudió.

NARRACIÓN: Forzó la memoria de varias maneras. Lo único que le devolvió la cabeza fue el eco de la risa de Juno. Y eso era peor que el silencio.

(Glenn sentado en la oscuridad de una habitación alquilada, completamente inmóvil.)

NARRACIÓN: Esperaba sentir algo grande. Dolor. Culpa. Algo.

NARRACIÓN: No sintió nada.

NARRACIÓN: Eso le hizo comprender el tamaño exacto de su ruina. La tragedia no había sido la noche de la conversión, ni la madrugada en que huyó de su casa. La tragedia era esto: no poder recordar la risa de su mujer, y descubrir que le daba igual.

NARRACIÓN: A Johannes también lo perdió. El semblante del niño se borró. Solo sobrevivieron los ojos, porque los había pintado demasiadas veces. El resto del hijo era una silueta en blanco.

NARRACIÓN: Se dijo que era lo mismo que haberlos enterrado. Los viudos enterraban a sus familias, dejaban de llorar, seguían adelante, y nadie los culpaba.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Sabía que no era lo mismo.

CORTE RÁPIDO — ESPEJO

(Una habitación bien iluminada. Un espejo de cuerpo entero con marco tallado. Glenn de pie frente a él, vestido impecablemente para alguna cena, alguna función en la que no tiene ningún interés.)

(Se mira.)

NARRACIÓN: Llevaba ya quince años de inmortalidad. Más tiempo siendo esto que siendo marido. Más tiempo siendo esto que siendo padre.

NARRACIÓN: Esa parte de su vida empezaba a ser, estadísticamente, la menor. Y con el tiempo iba a ser la más pequeña de todas. Tan pequeña que un día se convertiría en un margen de error.

(Glenn se ajusta el cuello de la camisa. Se arregla el cabello. La imagen le devuelve a alguien que ha aprendido a reconocer como a sí mismo, aunque ya no se parezca en nada al hombre de antes.)

NARRACIÓN: Lo peor no era el cambio. Lo peor era que el cambio le sentaba bien.

CORTE RÁPIDO — JUNO RIENDO

(Un salón abarrotado. Una de esas fiestas de la alta sociedad europea a las que Juno insistía en arrastrarlo. Los dos sentados juntos en un sofá de época, mirando al frente, como espectadores.)

(Juno tiene una mano apoyada en el brazo de Glenn. Con la otra señala hacia adelante, hacia algo que ocurre fuera de plano. Alguien haciendo el ridículo, seguramente. Alguien que no sabe que lo observan.)

(Juno se ríe. Con ganas. La risa es real.)

(Glenn no. Mira en la misma dirección que ella, pero su expresión no se inmuta.)

NARRACIÓN: Ella lo hacía mejor que él. Esa era la verdad incómoda.

NARRACIÓN: Juno había entendido algo sobre esta existencia que Glenn quizás no llegaría a entender nunca. Algo sobre no resistirse. Sobre ceder al peso y dejar que el tiempo te convierta en lo que tiene que convertirte.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn llevaba quince años resistiéndose, y lo único que había conseguido era que el desgaste le doliera el doble. Iba a terminar en el mismo sitio que ella. Solo que más tarde, y mucho más cansado.

(Juno sigue riendo. Al final, Glenn asiente despacio y la imita, esbozando algo muy parecido a una sonrisa.)

NARRACIÓN: Esa era otra novedad: las sonrisas que salían solas, sin necesidad de sentirlas. El cuerpo aprendiendo a actuar por su cuenta.

CORTE RÁPIDO — LA VENTANA

(Una habitación en alguna ciudad de Europa. Atardecer. La ventana abierta de par en par, aunque no hace calor.)

(Juno de pie frente a ella, de espaldas a Glenn. Quieta de una manera irreconocible para él. Ni siquiera se apoya en el marco, solo está de pie.)

(Glenn entra buscando cualquier cosa: un abrigo, un sombrero. Algo intrascendente. Se detiene en el umbral.)

NARRACIÓN: La había visto hacer muchas cosas durante aquellos años. Reír a carcajadas en un salón. Desangrar a un hombre en un callejón. Vestirse para una cena como quien sabe que el mundo entero la espera.

NARRACIÓN: Lo que veía ahora no encajaba en ninguna de esas categorías. Era un cuadro mucho

más pequeño: una mujer mirando a la nada.

(Glenn guarda silencio. No porque quiera espiarla, sino porque le faltan las palabras.)

(Juno habla sin voltear. La voz es la de siempre, con un matiz distinto.)

JUNO: Creí que estabas abajo.

GLENN: Estaba.

(Pausa.)

GLENN: ¿Qué miras?

JUNO: Nada.

(Glenn se acerca un paso. Mira hacia afuera: no hay nada. Una calle vacía. Una farola apagada. Un perro callejero cruzando el empedrado.)

(Juno voltea.)

NARRACIÓN: Glenn nunca le había visto esa expresión. Y, sin embargo, la reconoció de inmediato. Fue como reconocer el sonido de un idioma extranjero sin entender una palabra.

NARRACIÓN: La grieta duró tres segundos. Después, Juno volvió a ser la de siempre.

(Se acerca. Le pone una mano fría en la mejilla.)

JUNO: *(con la ironía de costumbre)* ¿Me buscabas? Qué tierno.

(Glenn esboza una tenue sonrisa. Salen juntos de la habitación.)

NARRACIÓN: Glenn no volvió a preguntarle qué miraba. Supo, por instinto, que la respuesta volvería a ser "nada". Que había cosas que Juno miraba y que no estaban en la calle.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Tampoco le dio muchas vueltas. La noche siguió su curso. Los días también. Lo olvidó con la misma facilidad con que olvidaba todo lo demás.

CORTE RÁPIDO — UNA CONVERSACIÓN SIN IMPORTANCIA

NARRACIÓN: Una noche, Juno le hizo una pregunta. Tiempo después no lograría recordar cuál. Algo banal. Qué prefería para cenar, o qué opinaba de algún invitado.

NARRACIÓN: Y Glenn se dio cuenta, en mitad de su propia respuesta, de que estaba diciendo exactamente lo que Juno quería oír.

NARRACIÓN: La revelación no fue esa, sino la certeza de que llevaba años haciéndolo. Ya no sabía cuál era su opinión real sobre asuntos en los que antes habría tenido una postura firme.

(Glenn se calla a mitad de una frase. Juno lo mira.)

JUNO: ¿Qué?

GLENN: Nada.

JUNO: ¿Por qué te detienes?

GLENN: Se me olvidó lo que iba a decir.

(Juno acepta la respuesta sin darle relevancia. Vuelve a lo suyo.)

NARRACIÓN: Glenn pasó el resto de la noche intentando recordar qué opinaba él, realmente, sobre lo

que le habían preguntado. No lo logró.

CORTE RÁPIDO — EL CUADRO, OTRA VEZ

(La misma habitación que usa de estudio. Glenn de pie frente al caballete. Retira el paño oscuro. Desde el lienzo, la mujer rubia le devuelve la mirada.)

NARRACIÓN: La había pintado tantas veces que ya la conocía mejor como cuadro que como persona.
(Glenn sostiene el pincel en el aire. No traza línea alguna. Se limita a mirarla.)

NARRACIÓN: Esa noche comprendió algo que le había tomado años articular. El lienzo no era Diana. Era el único rincón del mundo donde todavía existía el hombre que se había casado con ella.

NARRACIÓN: Lo pintaba no para recordarla a ella, sino para no olvidarse por completo de sí mismo.
(Pausa.)

NARRACIÓN: El truco funcionó durante un tiempo, hasta que dejó de funcionar. Lo siguió pintando de todos modos.

(Glenn vuelve a cubrir el lienzo. Apaga la vela.)

CORTE RÁPIDO — LA INVITACIÓN

NARRACIÓN: Virginia. 1780.

NARRACIÓN: Regresó a Richmond sin Juno. Era una costumbre que mantenía de cuando en cuando, por asuntos burocráticos. Esta vez, algo sobre un traspaso de propiedades. Glenn no reparó en los detalles. Firmaba donde le decían que firmara.

(El despacho de su finca. Sobre el escritorio, un montón de sobres acumulados desde hacía semanas. Glenn los manipula con desgana.)

NARRACIÓN: Invitaciones, la mayoría. Glenn llevaba años recibéndolas en cada ciudad que pisaba. Siempre había alguien que había oído hablar de él y quería verlo con sus propios ojos. El "mítico" Sheridan.

(Abre los sobres. Los va descartando. Uno. Dos. Tres.)

(Se detiene en uno. Una tarjeta gruesa.)

NARRACIÓN: Holland. La recepción era esa misma noche.

NARRACIÓN: El apellido no le decía nada. Dejó la invitación sobre la mesa sin un motivo en particular. Aburrimento, quizá.

NARRACIÓN: Aceptó. Se vistió con su mejor sonrisa y subió al carruaje.

(FIN DEL INTERMEZZO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La fiesta de Holland. Virginia. 1780.

CORTE RÁPIDO — LA LLEGADA

NARRACIÓN: La mansión de John Holland era un exceso predecible. Candelabros sobrecargados, mármoles de importación europea y violines marcando el ritmo de una danza apresurada.

NARRACIÓN: Glenn había aceptado la invitación por pura inercia, que era lo único que lo desplazaba de un sitio a otro últimamente.

(Glenn cruza el umbral del salón principal. Las personas se giran a su paso, exceptuando uno que otro que no nota su presencia.)

NARRACIÓN: A lo largo de los últimos quince años, Glenn había aprendido la dinámica para entrar en habitaciones como aquella. No requería esfuerzo: la habitación se encargaba del resto.

(Un par de mujeres lo interceptan antes de que alcance a dar más pasos. Glenn les dedica un saludo de estricta cortesía. Una de ellas retiene su mano una fracción de segundo de más. Glenn desliza la suya con tal suavidad que ella no percibe cuándo la suelta.)

(Un hombre pequeño, rotundo y con las mejillas encendidas por el exceso de ron, se separa de uno de los corrillos. Avanza hacia Glenn con la determinación de un anfitrión cumpliendo su deber. Extiende la mano varios metros antes de llegar.)

NARRACIÓN: John Holland no disponía de mucha información sobre Glenn Sheridan. Sabía lo que manejaba el resto del condado: los rumores, la reputación financiera, las mujeres. Lo había invitado porque su esposa se lo sugirió, y porque exhibir a Sheridan en el propio salón era un sello de aristocracia para su propiedad.

MR. HOLLAND: *(riendo, con la mano ya en el hombro de Glenn)* Debo decirle, Sheridan, que su fama de noctámbulo le precede. Mi esposa estaba firmemente convencida de que usted era un mito, hasta que cruzó esa puerta.

GLENN: *(esbozando una sonrisa hueca y practicada)* El sol carece de sutileza, Mr. Holland. La noche es más generosa con hombres de mi naturaleza.

NARRACIÓN: Holland se rió con la risa de quien aplaude sin terminar de entender, por si acaso.

NARRACIÓN: Durante los siguientes minutos, Glenn cumplió con lo que el evento esperaba de él. Bebió sin ingerir. Escuchó sin oír. Llevaba tanto tiempo ejecutando esa rutina que su consciencia ya no necesitaba estar en la sala para sostenerla.

CORTE RÁPIDO — EL RECONOCIMIENTO

(Y entonces, lo ve.)

(Un sirviente joven, al fondo de la sala. Casaca negra. Una bandeja con copas de cristal. La cabeza inclinada en ese ángulo de las cabezas que llevan años sin recibir autorización para levantarse. Es apenas una silueta recortada contra la pared.)

(El sonido de los violines empieza a distorsionarse.)

GLENN: *(sin apartar la vista del chico)* El muchacho. El de cabello claro. ¿De dónde lo ha sacado?

MR. HOLLAND: *(echa un vistazo por encima del hombro, y se ríe)* ¿Le ha gustado el chico, Sheridan? Es uno de mis favoritos. Posee unos rasgos excepcionales, ¿no cree? Y muy silencioso. No pronuncia una palabra a menos que se le obligue a hacerlo.

GLENN: ...

MR. HOLLAND: ¿Le interesa?

GLENN: *(la calma intacta)* Llámelo, por favor.

MR. HOLLAND: ¿Lo quiere ver de cerca?

GLENN: Solo un momento.

(Holland levanta una mano. No la alza mucho.)

(El sirviente se aproxima. Se detiene a un metro de distancia y se inclina. La mirada en el suelo.)

NARRACIÓN: Glenn esperó a ver el rostro como un hombre aguarda un diagnóstico que se niega a recibir.

(El muchacho levanta la vista. Solo un instante. Lo hace sin permiso, como si algo en el aire le hubiera tirado de la barbilla hacia arriba.)

NARRACIÓN: Eran los mismos ojos azules que Glenn llevaba quince años pintando mal, de pura memoria, en estudios de mala muerte repartidos por tres continentes.

NARRACIÓN: La misma curva desafiante en el labio.

(El mundo de Glenn se inclina violentamente.)

NARRACIÓN: Y en ese segundo, Glenn entendió que el chico lo había visto a él primero. Que llevaba un buen rato observándolo. Que la posición exacta de Glenn en aquella sala había quedado registrada desde el instante en que cruzó la puerta.

(El chico baja la vista. La fracción de segundo se cierra.)

CORTE RÁPIDO — LA CONVERSACIÓN

GLENN: Es... es blanco.

(Pausa.)

GLENN: ¿Compró a un chico blanco como esclavo? ¿Como si fuera una res en un mercado?

MR. HOLLAND: *(emitiendo una pequeña risita)* Técnicamente, digamos que lo adquirí por la vía de la deuda. Pero en los suburbios irlandeses de Richmond, una moneda es una moneda.

MR. HOLLAND: Lo encontré hace unos quince años. Su madre era una mujer de la calle. Una criatura desesperada. Me lo vendió por un puñado de plata y la promesa de que yo lo alimentaría.

NARRACIÓN: Glenn oyó la palabra "*desesperada*" y el término quedó suspendido en el aire una fracción de segundo antes de alcanzar su cerebro.

NARRACIÓN: Contenía el peso de un invierno, y la llegada del siguiente. Contenía el valor exacto de un puñado de monedas de plata. Contenía a una Diana sola, dándole la espalda al niño por última vez.

NARRACIÓN: Glenn sabía que el muchacho, a un metro de distancia, estaba registrando cada maldita palabra.

GLENN: *(con la voz ahogada)* ¿Lo vendió?

MR. HOLLAND: No es que tuviera muchas alternativas, supongo. Dijo que el muchacho se llamaba Johannes. Me rogó que lo tratara como a un hijo.

(Holland se ajusta la casaca.)

MR. HOLLAND: Naturalmente, no lo hice. Pero mírelo: limpio, vestido, sirviendo copas a los mejores hombres de Virginia. Yo diría que le hice un favor a la mujer. ¿No le parece?

NARRACIÓN: Glenn no contestó. Ya no se encontraba en la habitación.

MR. HOLLAND: Imagino que, en algún momento de su juventud, usted solicitó los servicios de ella. El parecido físico es bastante llamativo, ¿verdad?

NARRACIÓN: Glenn no contestó porque, físicamente, era incapaz de hacerlo. El impulso de torcerle el pescuezo a Holland le subía en oleadas que tenía que contener y bloquear, una por una.

NARRACIÓN: Holland le estaba entregando, desde la total ignorancia, la traducción más brutal de los últimos quince años. En el condado, una mujer que vende a su hijo solo podía catalogarse de una manera.

NARRACIÓN: Diana no había sido eso. Había sido una mujer acorralada con un niño, en una época que no ofrecía infraestructura para mujeres solas, ejecutando la única transacción que garantizaba que el niño comiera. La cabeza de Holland no distinguía la causa del resultado. Y esa cabeza había funcionado, durante quince años, como la única biografía de Diana disponible en el mundo.

NARRACIÓN: Holland la había mantenido encasillada como ramera delante de Johannes durante toda la corta existencia del muchacho, con detalles que probablemente modificaba según el público del día.

NARRACIÓN: El chico no alteró la posición de la cabeza. Pero algo en la tensión del cuello mutó una micra.

NARRACIÓN: Glenn supo que el muchacho llevaba años escuchando variaciones de esa misma frase, que había aprendido a no oírla. Y supo que, esta vez, sí la había oído. No supo de dónde extrajo esa certeza. La constató como un hecho.

NARRACIÓN: Las oleadas de violencia siguieron viniendo. Glenn las contó. Una. Dos. Tres. Calculó, con la única parte del cerebro que aún operaba con frialdad, cuántas más podía contener antes de que el cuerpo se saltara los protocolos y actuara por su cuenta. La cifra fue: muy pocas.

(Glenn se gira hacia Holland. Sus ojos tienen una agudeza peligrosa.)

GLENN: Su nombre. Ahora.

(Holland parpadea, desconcertado. Por una fracción de segundo, algo en la postura de Glenn deja de ser del todo humano. Holland lo percibe sin saber qué percibe. Luego el espejismo se disuelve y Glenn vuelve a ser Glenn.)

MR. HOLLAND: Coltrane. Bueno, Coltrane Holland ahora.

(Holland esboza una sonrisa pequeña.)

MR. HOLLAND: El nombre se lo asignó mi esposa. Sostenía que "Johannes" no sonaba apropiado para el servicio de nuestra casa.

NARRACIÓN: Glenn registró la frase. La archivó entera.

NARRACIÓN: Traducida al lenguaje de los hechos, decía lo siguiente: hay una mujer en esta casa que vio entrar a un niño blanco en condición de esclavo, y a la que le pareció que el problema era el nombre.

GLENN: *(tono frío y plano)* Tengo que irme.

MR. HOLLAND: ¿Ya? Pero si los músicos apenas han empezado a—

(Glenn deposita la copa intacta en la mesa más cercana y emprende el camino hacia la puerta. No se despide de Holland. No se despide de absolutamente nadie.)

MR. HOLLAND: *(despachando al chico con un movimiento de mano)* Vuelve a tu trabajo.

COLTRANE: Sí, amo.

(Coltrane se inclina por última vez. Se da la vuelta. Se aleja portando la bandeja hacia el lado opuesto del salón.)

NARRACIÓN: Glenn vio la espalda alejarse. Registró que la inclinación con la que el muchacho se agachaba para servir era idéntica a la inclinación con la que Diana solía recoger cualquier cosa del suelo.

NARRACIÓN: Glenn dio media vuelta. No volvió a mirar hacia atrás. Pero podía sentir el peso de los ojos del muchacho clavados en su propia espalda. Era un odio denso, ensayado, contra un apellido que el chico llevaba tiempo escuchando circular por la casa, y al que esa noche, por fin, le pudo poner un rostro.

CORTE RÁPIDO — EL CARRUAJE

NARRACIÓN: Afuera, la temperatura de la noche lo golpeó de frente. Por primera vez desde que habitaba ese cuerpo, el inmortal sintió un frío genuino.

(Llega hasta su carruaje. El conductor lo mira, visiblemente confundido por la salida prematura. Glenn se aferra a la puerta de la cabina con una fuerza tan desmedida que la madera cruje.)

GLENN: *(para sí mismo, con una voz que no reconoce como propia)* Lo hallé.

(Pausa.)

GLENN: Hallé a nuestro Johannes.

NARRACIÓN: El "nuestro" le salió solo. Le hablaba a una mujer que llevaba años sin existir en su cabeza, y que acababa de materializarse otra vez a causa del pedazo de información que Holland había soltado.

NARRACIÓN: Glenn ya sabía lo que iba a hacer. Lo sabía desde el segundo en que vio el rostro del muchacho levantarse hacia él en el salón.

NARRACIÓN: Lo que no podía calcular todavía era el costo total de la operación.

(FUNDIDO A NEGRO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La transacción. *Virginia. ~1780. Días después de la fiesta.*

NARRACIÓN: Glenn no negoció. Los hombres como Holland no comprenden la negociación. Entienden una sola cosa, y Glenn había amasado esa cosa durante quince años en cantidades que ninguna vida mortal podría justificar. Le pagaría con ella, Holland aceptaría, y ninguno de los dos tendría que mirarse a los ojos mientras ocurría.

NARRACIÓN: Esa era la parte verdaderamente importante del cálculo. Lo demás era simple aritmética.

NARRACIÓN: Glenn no volvería a poner un pie en aquella mansión. No confiaba en lo que haría con Holland cerca. No confiaba en su propio cuerpo, que llevaba quince años obedeciéndole con precisión,

pero que esta vez no iba a acatar la orden de quedarse quieto.

NARRACIÓN: Envió a un intermediario.

CORTE RÁPIDO — LOS PAPELES

(La mansión Holland. El despacho. La luz del mediodía entra filtrada por una cortina que lleva días sin abrirse del todo. La "cámara" se mantiene en el umbral. Observamos la escena desde afuera, sin entrar.)

(MR. HOLLAND está sentado detrás del escritorio. EL INTERMEDIARIO, un hombre mayor, levita gris, una cartera de cuero bajo el brazo, permanece de pie frente a él. No se ha sentado. Tampoco se le ha ofrecido una silla.)

(El intermediario deposita un fajo de billetes sobre la madera. Lo hace con la eficiencia de quien cierra tratos donde la palabra no pesa.)

(Holland mira el fajo. Mira al intermediario. Vuelve a mirar el fajo.)

NARRACIÓN: La cantidad era excesiva. Holland la reconoció al primer vistazo, sin necesidad de contar.

NARRACIÓN: Llevaba veinte años comprando y vendiendo hombres, y tenía el instinto del joyero para las gemas: sabía, solo con mirar, cuándo un precio estaba distorsionado por algo ajeno a la mercancía.

MR. HOLLAND: *(ajustándose el cuello)* Es una cifra muy superior a la del muchacho.

(El intermediario no responde.)

MR. HOLLAND: Muy superior. Quiero decir, de manera considerable.

EL INTERMEDIARIO: *(con voz neutral)* Mi cliente ha hecho su oferta. Corresponde al vendedor aceptarla o rechazarla.

MR. HOLLAND: *(intentando esbozar una sonrisa)* ¿Puedo preguntar a qué obedece—

EL INTERMEDIARIO: No.

(Holland parpadea.)

NARRACIÓN: El verdadero comprador no se había dignado a aparecer. Y esa ausencia, traducida a dinero, era exactamente la cifra desorbitada que tenía sobre la mesa.

NARRACIÓN: Holland firmó esa misma tarde. Más rápido de lo que había firmado cosas más baratas.

NARRACIÓN: Algo en aquel intercambio le sugería que cualquier demora sería una pésima idea. No habría sabido explicar por qué, pero había aprendido a obedecer ese tipo de intuiciones.

(Un documento cambia de manos.)

(Detalle visual: el nombre en la cabecera es Johannes Sheridan. Está tachado con una línea gruesa de tinta. Encima, con la caligrafía elaborada de algún secretario, figura Coltrane Holland.)

(El intermediario pliega el documento por la mitad. Lo guarda en la cartera. Saluda con una inclinación de cabeza de mero trámite. Sale del despacho.)

(Holland se queda a solas, mirando el fajo de dinero.)

NARRACIÓN: Glenn no supo que la compra se había efectuado hasta que el intermediario regresó a la finca al anoecer. No le preguntó cómo había ido. No hacía falta. La cartera venía con el documento

de propiedad.

NARRACIÓN: Y con el documento, venía el chico.

CORTE RÁPIDO — LA LLEGADA

(La finca de Glenn. Anochecer. El carruaje se detiene en la entrada principal.)

(Glenn espera en el porche. No ha bajado los escalones. Mantiene las manos cruzadas a la espalda, una postura que no es suya, pero que le impide hacer algo estúpido con ellas.)

(COLTRANE baja del carruaje. Lleva la misma ropa con la que servía en la fiesta, salvo la casaca. Camisa de lino, pantalones bastos, botas, un hatillo. No trae equipaje. En la mansión Holland no había nada que le perteneciera.)

(Se queda de pie junto a la portezuela. Examina la casa. Mira a Glenn. Espera instrucciones.)

NARRACIÓN: Glenn había ensayado varias presentaciones durante las horas que duró el viaje. Ninguna sirvió. Todas eran variaciones de una bienvenida, y todas sonaban, proyectadas contra el silencio de la tarde, como el discurso ilegítimo de un hombre que ha perdido el derecho a pronunciarlo.

(Glenn baja los escalones. Despacio. Se detiene a un par de pasos de Coltrane, a una distancia más corta de lo cómodo.)

GLENN: Eres libre.

(Coltrane lo mira. No hay reacción en su rostro. Ninguna.)

GLENN: Quiero decir. Los papeles de propiedad. Ya están firmados. Eres un hombre libre.

COLTRANE: *(despacio)* ¿Señor?

GLENN: No. No me llames así.

COLTRANE: *(después de una pausa)* ¿Cómo debo llamarlo?

(Glenn abre la boca. La cierra.)

NARRACIÓN: Era la pregunta que llevaba temiendo desde la noche del carruaje, y para la que seguía sin tener respuesta.

NARRACIÓN: *Papá* era imposible. *Sheridan* era una crueldad. *Glenn* implicaba un nivel de intimidad para alguien que, técnicamente, había sido comprado esa misma tarde. Todas las opciones eran mentiras o heridas.

GLENN: *(por fin)* Glenn. Con eso basta.

(Coltrane asiente una sola vez. No pronuncia el nombre. Glenn sabe que no lo va a decir esa noche. Ni la siguiente. Ni la otra. Pero eso es un problema de otra índole.)

GLENN: Tu habitación está arriba. A la derecha del pasillo, la primera puerta. Alguien del servicio ya te dejó algo de ropa. Si no es de tu talla, lo mandamos a arreglar mañana.

COLTRANE: Gracias.

GLENN: No me agradezcas.

(Es demasiado cortante. Glenn se da cuenta nada más decirlo.)

GLENN: Quiero decir... No hace falta. No es... no es algo que haya que agradecer en esta casa.

(Coltrane lo mira un momento más, asimilando la extraña dinámica del nuevo amo. Luego sube los

escalones. Pasa a su lado sin rozarlo, y entra en la casa por primera vez.)

(Glenn se queda de pie en el porche durante un largo rato.)

NARRACIÓN: Había comprado a su propio hijo con la misma frialdad con la que se compra un caballo de carreras, usando el dinero que había acumulado durante quince años ejecutando actos que prefería no recordar.

NARRACIÓN: Y ahora que lo tenía, era incapaz de decirle por qué.

NARRACIÓN: Esa era la única parte de su logística que no había previsto: que el costo del silencio iba a doler más que todo lo demás.

(FUNDIDO A NEGRO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La convivencia. *Virginia. ~1780.*

NARRACIÓN: Coltrane se quedó. No porque Glenn se lo pidiera, sino porque era el procedimiento estándar cuando un hombre blanco compraba tu libertad y no sabías qué hacer con ella.

NARRACIÓN: Convivieron bajo el mismo techo durante un par de meses. Glenn carecía de experiencia conviviendo con alguien que no fuera Juno, y Juno no contaba: con ella la convivencia siempre había sido una coreografía de evasiones mutuas.

NARRACIÓN: Con Coltrane no había coreografía posible. Había, simplemente, una casa demasiado grande conteniendo a dos personas que no tenían la menor idea de qué hacer una con la otra.

NARRACIÓN: Al tercer día, Glenn le comunicó que en la finca dispondría de todo lo que necesitara. Libertad legal. Techo. Comida. Vestimenta. Y educación, si la solicitaba.

NARRACIÓN: Glenn se escuchó recitar las palabras y concluyó que sonaba exactamente como un capataz pasando revista a una lista de suministros. Coltrane asintió. Ninguno de los dos compró el discurso. Tampoco se molestaron en mencionarlo.

CORTE RÁPIDO — LAS LETRAS

(El estudio, por la tarde. Una luz inclinada entra por la ventana alta. GLENN y COLTRANE sentados frente a frente en una mesa larga. Entre los dos reposa un pliego con el abecedario escrito con la caligrafía tosca de Glenn.)

(Coltrane observa las letras con la misma concentración que aplicaba al servir una copa de vino sin derramarla.)

GLENN: *(señalando el papel)* Esta.

COLTRANE: A.

GLENN: La siguiente.

COLTRANE: B.

GLENN: Bien.

COLTRANE: Ya las sabía.

(Glenn levanta la vista y lo mira. Coltrane le sostiene la mirada sin desafiarlo.)

GLENN: ¿Dónde las aprendiste?

COLTRANE: Observando a los hijos de Holland cuando el tutor les daba clase. Miraba desde la puerta.

GLENN: ¿Cuánto tiempo llevas sabiendo leer?

COLTRANE: *(hace el cálculo)* Ocho años.

NARRACIÓN: Glenn asimiló el dato en absoluto silencio. Ocho años de escudriñar a través de rendijas y archivar lo que veía. Ocho años de absorber, en la clandestinidad, conocimientos cuyo acceso estaba prohibido bajo pena física.

NARRACIÓN: Glenn experimentó algo que no llegaba a ser orgullo, pero que tampoco estaba lejos: la constatación de que este muchacho había desarrollado métodos de supervivencia que él jamás había tenido necesidad de implementar.

GLENN: *(tras una pausa)* Entonces parece que no necesitas mi abecedario.

COLTRANE: No.

GLENN: ¿Qué necesitas?

(Coltrane desvía la vista y examina la biblioteca que se extiende hacia el extremo opuesto de la habitación: dos pisos de estanterías repletas de volúmenes. Era el inventario que Glenn había acumulado durante quince años, comprando lotes enteros de libros en cada ciudad europea donde el aburrimiento lo había asfixiado.)

COLTRANE: *(sin devolverle la mirada)* Tiempo.

CORTE RÁPIDO — LA BIBLIOTECA

(Una imagen estática. Sin diálogo.)

(Coltrane arrellanado en un sillón. A su izquierda, una pila de volúmenes que, estando él sentado, lo supera en altura. A su derecha, una segunda columna, mucho más baja: los que ya ha terminado. Un libro abierto sobre el regazo. La luz indica que lleva leyendo sin interrupción desde el amanecer.)

NARRACIÓN: Coltrane consumía los textos con la urgencia de quien ha operado bajo un déficit crónico de tiempo toda su vida.

NARRACIÓN: Leía a una velocidad que a Glenn le costó comprender al principio. No era impaciencia ni ansiedad. Era su velocidad base, y su velocidad base pertenecía a otra escala.

NARRACIÓN: Agotaba un volumen y abría el siguiente sin concederse pausas de asimilación. Filósofos griegos, textos latinos, tratadistas ingleses del siglo anterior. Un manual de navegación. Un herbario.

NARRACIÓN: Entre la pila, abrió una enciclopedia natural que había pertenecido al despacho de Holland y que Glenn había adquirido con el lote completo de la mansión, sin examinar qué había dentro. Coltrane la identificó de inmediato. No lo reportó.

NARRACIÓN: Glenn lo observaba desde la periferia. No se atrevía a interrogarlo sobre sus lecturas. Sospechaba que la respuesta sería o excesivamente larga, o humillantemente corta, y que en cualquiera de los dos casos él saldría perdiendo.

CORTE RÁPIDO — EL ESTUDIO

(El estudio de Glenn en la finca. Un espacio radicalmente distinto al improvisado de Richmond: tiene espacio, luz cenital, una distribución estructurada. Óleos montados en bastidores apoyados contra los muros. Bloques de mármol a medio desbatar. Una figura en arcilla, inconclusa, sobre un caballete. Una mesa extensa con bocetos en grafito, carboncillo, sanguina, temple. Todo el inventario a la vista.)

(Casi todo.)

(Coltrane atraviesa la entrada. Glenn le da la espalda, concentrado en un lienzo que, desde la puerta, no se alcanza a ver. Coltrane recorre la habitación con los ojos, sin tocar nada. Glenn nota su presencia, pero no se gira.)

COLTRANE: ¿Qué intentas transmitir?

(La mano de Glenn queda suspendida en el aire, el pincel a milímetros de la tela.)

GLENN: *(procesando la respuesta)* Me interesa plasmar emociones humanas. La realidad intrínseca de cada modelo. La circunstancia particular de cada uno. La estética del momento. Convertir la fealdad en virtud. Representar la esencia humana...

(Se interrumpe. Se corrige.)

GLENN: Mortal. La esencia mortal. Y extraer lecciones de ella.

(Coltrane no responde de inmediato. Fija la atención en un cuadro cualquiera: el retrato de una mujer de mediana edad, sentada, con las manos entrelazadas en el regazo. No es guapa ni está embellecida. Y sin embargo, pareciera devolverle la mirada al espectador, como si supiera más de lo que muestra.)

COLTRANE: *(señalando con un leve gesto)* ¿Qué hay debajo de esos paños?

(Glenn se gira por primera vez. Su mirada va a los tres bastidores apoyados contra la pared del fondo, velados por tela oscura. Son los únicos que no están expuestos en toda la sala.)

GLENN: Bocetos.

COLTRANE: ¿De quién?

(Una pausa que excede el tiempo de una respuesta casual.)

GLENN: De nadie en particular.

NARRACIÓN: Coltrane no presionó. Redirigió la atención hacia los cuadros que sí estaban a la vista. Glenn reanudó las pinceladas.

NARRACIÓN: Ninguno de los dos pronunció lo que ambos sabían de sobra: que los tres bocetos velados eran de Coltrane.

NARRACIÓN: Y que Glenn no se atrevía a destaparlos porque eso lo obligaría a averiguar qué había estado haciendo: si reconstruía un recuerdo que ahora estaba físicamente en esta sala; si pintaba ese rostro por primera vez con sus rasgos nuevos; o, peor, si a través del lienzo le reclamaba a su hijo algo que no sabía nombrar.

CORTE RÁPIDO — UNA NOCHE CUALQUIERA

(Tarde. Glenn se ajusta la casaca frente a un espejo en el vestíbulo. Se mira más tiempo del estrictamente necesario.)

(Coltrane en el umbral de la biblioteca, sosteniendo un libro.)

COLTRANE: ¿Vas a salir?

GLENN: Sí.

COLTRANE: *(volviendo la atención al texto)* Mm.

(Glenn se gira. Por un momento su postura sugiere que va a dar una explicación. Descarta la idea. Se acomoda el cuello de la camisa con precisión y sale por la puerta principal.)

NARRACIÓN: Glenn volvía siempre antes del amanecer. A veces con el olor de alguna mujer encima. A veces sin olor alguno.

NARRACIÓN: Coltrane no preguntaba. Glenn no se justificaba. Era el único pacto de la casa que ambos respetaban a rajatabla sin haberse sentado jamás a negociarlo.

NARRACIÓN: Glenn evaluó, más de una vez, dejar de traer mujeres al estudio. Concluyó que hacerlo equivaldría a admitir que le importaba cómo lo veía Coltrane, y ese costo era más alto que el de mantener la rutina. Así que prolongó las visitas, con la regularidad exacta para no tener que pensar si su sistema se había alterado.

CORTE RÁPIDO — UNA INSTRUCCIÓN TORPE

(La cocina. La noche siguiente. Coltrane de pie junto a la ventana. Glenn irrumpe, se sirve algo y se apoya en la mesa.)

GLENN: Oye, lo de anoche.

COLTRANE: ¿Qué cosa?

GLENN: Te retiraste a dormir sin cenar.

COLTRANE: No tenía hambre.

GLENN: Ya. Aún así. *(Una pausa para medir las palabras)*. Tienes que alimentarte. Alimentarte bien. Tres veces al día. ¿Sabes, no? Pues eso.

(Coltrane lo mira. No con sorna, sino con algo peor: con paciencia. Con la resignación de quien tiene que tolerar a un hombre que intenta ensamblar una máquina sin manual ni herramientas.)

COLTRANE: Bien.

GLENN: Bien.

(Glenn abandona la cocina. Coltrane queda inmóvil, mirando el lugar que acaba de desocupar.)

NARRACIÓN: En situaciones como aquella, Glenn se justificaba diciéndose que desempeñaba el papel lo mejor que podía. Que nadie le había enseñado a hacer esto, y que un movimiento torpe arrojaba mejor balance que no intentar nada.

NARRACIÓN: Estaba en lo cierto.

NARRACIÓN: Lo que se callaba era la otra parte: algo en él sabía, con dolorosa certeza, que si lo hubiera intentado quince años atrás (con el niño que había borrado deliberadamente de la memoria) la incompetencia habría sido exactamente la misma.

NARRACIÓN: Que quizá nunca iba a poder. Que este torpe y tardío amago de instrucción no reparaba ningún daño: solo confirmaba una quiebra ya consumada cuando de verdad importaba.

NARRACIÓN: Se decía a sí mismo, cuando nadie lo oía, que era un fraude. Una piltrafa. Y se lo decía con la naturalidad de quien ha aceptado un hecho inamovible.

NARRACIÓN: Luego se encerraba con una copa que no tocaba.

CORTE RÁPIDO — LA POSTERGACIÓN

(La biblioteca. Noche. Coltrane leyendo en el sillón. Glenn de pie junto a la chimenea, la vista fija en el fuego.)

(Transcurren varios minutos sin diálogo. El sonido de una página al pasar. El crepitar de los troncos.)

(Glenn abre la boca.)

(La vuelve a cerrar.)

NARRACIÓN: Hubo muchas noches así. Glenn llegaba al borde de decirlo. Formulaba la primera sílaba en la garganta. Y en el último instante se echaba atrás.

NARRACIÓN: Se justificaba con que le faltaba el momento adecuado. Que la ocasión propicia llegaría sola. Que cuando llegara, él sabría reconocerla.

NARRACIÓN: Siguió esperándola. Pasaron las semanas. Pasaron los meses. El momento no llegó nunca, y Glenn nunca tomó la decisión.

NARRACIÓN: Postergó la verdad para la eternidad. Tenía una, después de todo. Iba a sobrarle el tiempo.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Lo que necesitaba, lo que era incapaz de pedir en voz alta, era el perdón. Y como no tenía el coraje para pedirlo, tampoco podía permitirse el escenario en el que se lo concedieran.

NARRACIÓN: De modo que empaquetó las dos cosas (la confesión y el perdón) en el mismo cajón mental, lo cerró y tiró la llave.

CORTE RÁPIDO — LOS QUARTERS

(Noche. La finca. Al extremo opuesto del jardín, perfiladas en la oscuridad, las cabañas de los esclavos.)

NARRACIÓN: Glenn los había adquirido con la propiedad seis años atrás. No por necesitar mano de obra (no necesitaba asistencia para prácticamente nada), sino porque figuraban como activos en el contrato de compraventa y no se había molestado en exigir uno distinto.

NARRACIÓN: Los había ignorado desde la firma. Él jamás se acercaba a los barracones. Ellos no se aproximaban a la casa grande salvo que se les llamara. Esa era la transacción, y había operado en silencio durante años.

NARRACIÓN: Coltrane, en cambio, ubicó la posición exacta de las cabañas durante su primera semana en la finca. Empezó a ir hacia allá de noche. No pidió autorización. Nadie en la casa emitió una orden que se lo impidiera.

(La cámara lo acompaña. Camina entre las estructuras con el sigilo entrenado de quien sabe que no debe interrumpir. Se sienta sobre un tronco caído, a unos metros de la última puerta. Desde ahí, escucha.)

(Una voz de mujer cantando. Otra que se le une. Después, la de un hombre. Una melodía que no va dirigida a nadie; una pieza que lleva décadas repitiéndose en instalaciones mucho peores que aquella.)

(Coltrane cierra los ojos.)

NARRACIÓN: Uno de los escasos registros de felicidad que conservaba de la infancia era escuchar cantar a Annie. Solía decir que tenía voz de ángel, y no lo decía como metáfora, sino con la literalidad de un niño que aún no ha aprendido a relativizar lo importante.

NARRACIÓN: Pero Annie no estaba en estas casas. Annie seguía en la mansión Holland, a dos horas en carruaje. Seguía siendo una propiedad.

NARRACIÓN: Coltrane no había dejado de calcular por qué él tenía papeles de libertad y ella no. Lo que había anulado, definitivamente, era la expectativa de hallar una respuesta a esa pregunta con la que pudiera convivir.

NARRACIÓN: Acudía a escuchar a los esclavos de Glenn porque aquellas voces eran lo más cercano que tenía, en ese lado del condado, a los sonidos con los que había crecido.

NARRACIÓN: Pero el timbre de Annie no estaba allí. Esa era la parte que regresaba a comprobar cada noche: confirmar, en silencio, su ausencia.

(El canto prosigue. Coltrane no acompaña la melodía. Tampoco llora. Escucha, con la espalda demasiado recta. La postura no se le relaja ni en la oscuridad, ni cuando nadie lo vigila.)

CORTE RÁPIDO — LAS OLEADAS

(La misma noche. Unas horas más tarde.)

(Glenn sentado en el porche de la casa grande. Sostiene una copa intacta. Con la agudeza de su anatomía reciente, capta lo mismo que Coltrane escucha al otro lado del jardín.)

NARRACIÓN: Era la primera vez, en los seis años que llevaba como titular de la finca, que Glenn prestaba atención al sonido de sus propios esclavos. Lo admitió con una precisión que le resultó profundamente incómoda.

NARRACIÓN: Seis años. Jamás había pisado los barracones. Nunca había mirado los rostros. Ni siquiera se había tomado la molestia de contar cuántos individuos componían el lote.

NARRACIÓN: Tenía la cifra exacta, eso sí. Anotada en un libro de contabilidad que firmaba sin leer. El administrador se ocupaba de la gestión. El administrador tenía los datos.

NARRACIÓN: Esta noche, sin embargo, no se retiró al interior. Esta noche, por razones que se negó a clasificar, permaneció en el porche el tiempo suficiente para oír de verdad.

(Glenn cierra los ojos. Algo en esas voces le desgarran por dentro. No es un dolor en específico, sino el reconocimiento de que hay un tipo de voz humana que él había borrado de la memoria.)

NARRACIÓN: Todo lo que había bloqueado durante quince años se le volcó encima de golpe, en oleadas consecutivas. Glenn quedó paralizado en el asiento, con la vista fija en la nada, acorralado en sus propios recuerdos.

NARRACIÓN: Recordó, sin poder refrenarlo, aquellos tiempos en los suburbios irlandeses.

NARRACIÓN: La casita modesta. La parcela donde cultivaba maíz y piedras, intentando sobrevivir con el saldo de la cosecha.

NARRACIÓN: Recordó a la mujer que había tomado por esposa. La que lo hacía feliz con aquella personalidad suya tan peculiar: la mezcla de una sonrisa y un mal humor desquiciante, pero siempre justificado.

NARRACIÓN: Recordó los días divididos entre el sudor y los lienzos. Las noches en las tabernas,

desperdiciando el dinero en cerveza, en apuestas menores y en compañía barata para acortar la madrugada.

NARRACIÓN: Recordó a sus viejas amistades, tan arruinadas como él, y los buenos ratos cantando y maldiciendo a los ricos y a los esclavos negros que ellos jamás llegarían a poseer. Recordó las penurias, y las noches en que se acostaba con el estómago vacío para cederle su ración a su mujer y a su hijo.

NARRACIÓN: Sí. A él también lo recordó.

NARRACIÓN: Al pequeñín arisco que se había negado a parecersele en nada, y por el que, paradójicamente, sentía un orgullo inmenso. El niño que lloraba horas porque su hambre era insaciable, porque no aguantaba cuatro horas sin comer algo. Al que había visto dar sus primeros pasos y oído decir "papá" por primera vez.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Y ahora el niño era un hombre. Diecisiete años de vida y de supervivencia acumulada. Era él. El hijo idéntico a su madre. El que había desaparecido de su vida en el momento exacto en que empezó el sufrimiento.

NARRACIÓN: El mismo que ahora estaba al otro lado del jardín, escuchando el canto en completo silencio.

NARRACIÓN: Un muchacho lleno de un odio tan acumulado que Glenn podía olerlo desde el porche sin proponérselo.

NARRACIÓN: Pensó que merecía oír esa hostilidad. Que era el mínimo castigo que la noche le ofrecía, y que levantarse de la silla para esquivarlo sería una cobardía más en una lista ya bastante larga.

NARRACIÓN: Pensó también, por primera vez, que aquellas voces pertenecían a seres humanos. A personas.

NARRACIÓN: Su sistema había tardado seis años enteros en procesar algo tan obvio.

NARRACIÓN: Se quedó sosteniendo el pensamiento sin saber qué hacer con él. Al cabo de un rato comprendió que esa inoperancia también era, en sí misma, una respuesta.

(Glenn permanece sentado en la oscuridad. No se mueve hasta que el último eco del canto se extingue.)

CORTE RÁPIDO — LO QUE COLTRANE VE

(La biblioteca. La tarde siguiente.)

(Coltrane lee. Glenn entra a buscar algo: un libro, una excusa. El objeto es lo de menos.)

(Coltrane levanta la vista. Durante un segundo examina a Glenn como si lo viera por primera vez.)

(Glenn no se percata. Encuentra el libro. Sale.)

(Coltrane se queda con la vista fija en el umbral vacío.)

NARRACIÓN: Había una anomalía en Glenn que Coltrane llevaba semanas intentando clasificar.

NARRACIÓN: No era crueldad; Coltrane había sido educado en la crueldad, y esto no encajaba en los parámetros. No era frialdad tampoco, aunque a ratos la emulara. Era un fallo estructural mucho más raro.

NARRACIÓN: Era la impresión constante de que Glenn, en el sentido biológico en que los hombres

son hombres, no era del todo uno. De que albergaba algo dentro que no consumía oxígeno.

NARRACIÓN: De que, cuando la casa quedaba en silencio, Glenn se sumía en una inmovilidad que Coltrane solo había registrado en personas profundamente dormidas. O muertas.

NARRACIÓN: Había descartado la hipótesis varias veces. Se había dicho que eran proyecciones suyas, fatiga acumulada, que la mansión Holland le había descalibrado el sistema nervioso.

NARRACIÓN: Pero la noche anterior, oyendo el canto de los barracones, había detectado una frecuencia al otro lado del jardín. Una presencia que no se correspondía con la de un hombre escuchando. Algo que absorbía el sonido sin pertenecer a este mundo.

(Pausa.)

NARRACIÓN: No le asignó una etiqueta todavía. Carecía del vocabulario para clasificarlo.

NARRACIÓN: Pero lo archivó junto a las otras irregularidades que no cuadraban: los cuadros cubiertos, las salidas de madrugada, el silencio hermético que Glenn desplegaba ante cierto tipo de preguntas. Todo era parte de un rompecabezas cuyos bordes Coltrane aún no había terminado de encontrar.

NARRACIÓN: Sospechaba, sin tener aún los datos para confirmarlo, que ese rompecabezas contenía la clave principal: la razón exacta por la que un hombre, aparentemente desconocido, había liquidado una fortuna por un muchacho al que no le debía absolutamente nada.

(FUNDIDO A NEGRO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La resolución. *Virginia. ~1780. La finca de Glenn. Jardín exterior. Noche.*

NARRACIÓN: Coltrane llevaba algo más de dos meses en la finca. Glenn le había dado una habitación, ropa, comida y libertad de movimiento. Coltrane acusó recibo de todo ello con la misma expresión inescrutable con la que aceptaba cualquier orden.

NARRACIÓN: Y, cada noche, salía al jardín a mirar el bosque. Sin excepción. Siempre apuntando en la misma dirección.

NARRACIÓN: Glenn tardó varios días en advertir que aquel ángulo no era arbitrario. Una tarde, aprovechando que Coltrane no estaba en la casa, lo verificó con una brújula.

NARRACIÓN: El instrumento confirmó lo que ya temía: la línea era exacta. Desde el banco de piedra hasta la mansión Holland. Dos horas a caballo. Una noche entera, quizás, a pie.

(La noche es apacible. Las cigarras, la fricción del aire, un caballo lejano en el establo. COLTRANE sentado en un banco de piedra en los márgenes del jardín. La espalda recta, como de costumbre. Escrutando la oscuridad del bosque, como de costumbre.)

(Detrás de él, GLENN se aproxima. No es una aproximación amenazante: mantiene una distancia silenciosa. Porta una lámpara, más por cortesía que por necesidad: su visión nocturna es impecable; le da a Coltrane la oportunidad de detectar su llegada sin sobresaltos.)

(Es la clase de gesto que Glenn ha empezado a calcular en las últimas semanas. No todos le salen

según lo planeado.)

GLENN: *(en voz baja)* Es tarde, Coltrane. No deberías estar aquí fuera.

(Coltrane no gira la cabeza. Glenn aguarda. Como la respuesta no llega, lo intenta de nuevo.)

GLENN: ¿Qué te preocupa?

COLTRANE: *(sin voltearse, bajando la voz)* No puedo dormir.

GLENN: ¿Por qué?

(Una pausa. Coltrane parece evaluar si vale la pena dar la respuesta real o una fabricada. Decide, sin teatralidad, dar la primera. No por confianza, sino por ahorro de energía: sostener respuestas falsas cansa más.)

COLTRANE: El silbato del capataz. La tos en la humedad. Los gritos constantes. No puedo sacármelos de la cabeza.

NARRACIÓN: Coltrane no desvió los ojos del mismo punto. La culpa específica del superviviente que logró salir: la que no se salda con nada.

COLTRANE: Son todo lo que conozco.

(Una pausa.)

COLTRANE: ¿Por qué soy el único libre?

(Glenn detiene su avance a unos pasos del banco. No toma asiento. No se atreve: compartir el banco implicaría un nivel de familiaridad que ninguno de los dos ha autorizado todavía.)

GLENN: *(con una cautela que le resulta ajena)* Eres blanco. No merecías ser un esclavo.

(Coltrane, por fin, se voltea.)

(En su semblante hay algo que Glenn no había anticipado: no hay gratitud, no hay alivio. Hay dolor. Un dolor genuino, visceral y furioso.)

COLTRANE: *(con la voz saturada de esa rabia)* ¡Nadie merece ser un esclavo!

(Pausa.)

COLTRANE: ¡Nadie!

(Glenn no retrocede. Permite que la frase aterrice entera. Registra, con una precisión que le resulta incómoda, que es la primera vez en dos meses que Coltrane le alza la voz.)

COLTRANE: Sé que tienes suficiente oro e influencia para liberar al resto.

(Una breve pausa.)

COLTRANE: ¡A todos!

(Coltrane hace el amago de incorporarse, pero no llega a ponerse completamente de pie: su cuerpo aún no ha desaprendido la norma de no levantarse delante de un hombre blanco sin autorización. El ademán se queda a mitad de camino. Vuelve a tomar asiento.)

(Pero los ojos, esta vez, no bajan.)

COLTRANE: ¿Por qué solo yo?

(Glenn guarda silencio. Le es imposible entregarle la respuesta verdadera: la que requeriría abrir una confesión que mantiene bajo llave para el resto de la eternidad. Y la eternidad, por definición, no es

ahora.)

COLTRANE: *(tragando saliva, sosteniéndole la mirada)* Te lo ruego. A los de Holland.

(Una pausa mínima. Los ojos de Coltrane se desvían una fracción de segundo hacia los barracones del fondo del jardín.)

COLTRANE: A los de aquí también.

(Glenn no responde.)

NARRACIÓN: Glenn llevaba semanas tratando de formular una respuesta para alguna versión de esta pregunta. Sabía que acabaría llegando.

NARRACIÓN: Lo que no pronosticó fue la forma. No había previsto que Coltrane llegaría al punto de rogarle. A él. Al hombre que acababa de comprarlo.

(Glenn inhala el aire de la noche.)

NARRACIÓN: Cualquier argumento que pudiera esgrimir ahora pertenecía a un nivel de conversación que todavía no estaba dispuesto a sostener.

(Coltrane lo analiza un momento más. Luego, muy despacio, redirige la vista hacia el bosque. El movimiento destila una resignación antigua: la de un cuerpo que ha suplicado demasiadas cosas a demasiada gente, y al que no le han concedido ninguna.)

(En ese movimiento, simple, sin intención, apenas un cuerpo girándose sobre un banco de piedra, la camisa de lino se desplaza. El tendón del cuello se tensa. La tela cede sobre el hombro izquierdo.)

(Glenn lo ve.)

(Es solo un fragmento. Una franja mínima de piel entre el cuello de la camisa y el nacimiento del brazo. Pero basta para revelar dos marcas paralelas, una encima de la otra. Gruesas, blancas contra la piel clara, con esa textura brillante que es exclusiva de las quemaduras de tercer grado que han cicatrizado mal.)

NARRACIÓN: No eran recientes. Eran antiguas. Databan, probablemente, de cuando Coltrane tenía doce años. O diez.

NARRACIÓN: La edad suficiente para que un capataz dictaminara que un chico de tez blanca, pero con la actitud de haber sido criado por una mujer negra, requería una corrección pública que dejara claro a toda la plantación cuál era su lugar.

NARRACIÓN: Glenn las había visto antes. No esa noche: a lo largo de los dos meses. De refilón, cuando Coltrane se aseaba en la parte trasera de la cocina, o se cambiaba de camisa en las tardes de calor. Las había visto, y había apartado los ojos de inmediato. Las había registrado sin procesarlas.

NARRACIÓN: Esta vez fue incapaz de apartar la vista.

(Coltrane, absorto en el bosque, no se percata.)

NARRACIÓN: Existía un catálogo minucioso de cicatrices en las espaldas de los esclavos, y Glenn, que había invertido quince años en ignorar las espaldas de los esclavos de su propia finca, terminó de memorizarlo aquella noche. Estaba el surco que dejaba el látigo común. La abrasión irregular del látigo anudado. Y el relieve del hierro candente. Tres tipologías distintas. Cada una con su firma de autor.

NARRACIÓN: La marca de Coltrane llevaba la firma del hierro.

NARRACIÓN: Glenn dedujo que un superior en la mansión Holland había determinado, años atrás, que el muchacho blanco necesitaba un recordatorio más severo que el resto. Porque los demás tenían el

tono de piel que dejaba que la cicatriz se confundiera con las sombras del cuerpo. Él no. En él, el marcaje tenía que resaltar. Tenía que ser un mensaje legible.

NARRACIÓN: Y, en ese instante, Glenn comprendió que llevaba dos meses dueño de esa información y eligiendo, deliberadamente, no hacer nada con ella. Que había comprado a su hijo, lo había traído a su finca, le había dado una habitación, ropa y una biblioteca, y había seguido "cenando" frente a él cada noche sin atreverse a preguntar qué demonios le había pasado dentro de aquella mansión.

NARRACIÓN: Esa omisión también era una forma de cobardía. La más cómoda de todas.

(Coltrane sigue mirando el bosque. Ignora lo que Glenn acaba de ver.)

(Vuelve a hablar. El volumen ha descendido varios tonos, declarando una carga que ha soportado en soledad demasiado tiempo. Vuelve a alzar la vista hacia Glenn.)

COLTRANE: Annie está esperando un hijo.

(Glenn se queda absolutamente inmóvil.)

NARRACIÓN: Glenn intentó preservar un semblante neutral. Un músculo en su mandíbula se tensó sin que su cuerpo lograra impedirlo.

NARRACIÓN: En realidad, ya lo sabía. Había interceptado el eco de esa información en la mente de Coltrane días atrás y, como hacía con tantas otras cosas, había optado por ignorarlo.

NARRACIÓN: Pero escucharlo en voz alta era otra magnitud. Escucharlo en voz alta clausuraba cualquier vía de escape.

COLTRANE: *(en voz baja, vibrando con una desesperación muy contenida)* Y sé, en lo más profundo, que ese hijo no es de John Holland.

(Una pausa.)

COLTRANE: Lo creo con certeza. Es mío.

(Glenn permaneció en silencio varios segundos.)

NARRACIÓN: La distancia entre ambos se tensó como algo que lleva demasiado tiempo al límite sin llegar a romperse.

NARRACIÓN: Glenn pensó muchas cosas en esos segundos. Pensó en Annie, una mujer a la que no conocía, y de la que solo había registrado el nombre hurgando en los pensamientos de Coltrane en los raros instantes en que el muchacho bajaba la guardia. Pensó en el hijo que estaba en camino, y en el hijo que tenía de pie frente a él. Pensó en la cicatriz del hierro.

NARRACIÓN: Pero, por encima de todo, pensó (con una nitidez que llevaba semanas aguardando su turno) que el veredicto ya estaba firmado.

NARRACIÓN: La decisión la había tomado en el porche, la noche en que escuchó cantar a los esclavos. La había ratificado hacía un momento, cuando la tela de lino se deslizó sobre el hombro de Coltrane. La confesión sobre Annie era, sencillamente, la última pieza del expediente. No la que inclinaba la balanza: la que le otorgaba permiso para ejecutar lo que ya estaba decidido de todos modos.

NARRACIÓN: Esta vez no habría prórrogas. Esta vez el instante existía. El instante era ahora.

(Finalmente, Glenn le dio la espalda a Coltrane y emprendió la marcha hacia la cochera.)

(No corrió. Caminó. Pero fue un caminar que no admitía negociación.)

COLTRANE: *(sorprendido, poniéndose en pie de un salto)* ¿Ahora?

(Glenn no se detuvo.)

COLTRANE: ¿En serio? ¿Qué vas a hacer?

(Glenn frenó en seco. Solo un segundo. No giró el cuerpo. Mantuvo la cabeza ligeramente ladeada, en la postura del que evalúa algo en la distancia. No la pregunta de Coltrane: cuántas horas de oscuridad útil le quedaban a la noche, y si necesitaba llevar alguna herramienta.)

GLENN: *(girando el rostro apenas lo suficiente para que Coltrane le vea el perfil)* Espérame en el carruaje.

(Glenn reanudó la marcha.)

COLTRANE: *(alzando el tono, atravesado por una inquietud inédita en él)* ¿Vas a hablar con él?

(Glenn respondió con una voz plana, sin énfasis, que resultó infinitamente peor que un grito.)

GLENN: No vamos a hablar, Coltrane.

(Coltrane se quedó clavado junto al banco de piedra, viendo la espalda de Glenn desvanecerse en la penumbra.)

NARRACIÓN: No lo llamó. No intentó detenerlo.

NARRACIÓN: Una parte de él, muy honda, que no iba a reconocer hasta mucho después, ya había deducido lo que Glenn iba a hacer. Y sabía que no quería detenerlo.

NARRACIÓN: Esa parte también era él. Y era la que iba a tener que vivir con lo que viniera.

(FUNDIDO A NEGRO LENTO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La masacre y la liberación. *Virginia. ~1780. La finca Holland y sus alrededores. Noche.*

NARRACIÓN: No hubo negociación. Glenn había dicho que no iban a hablar. Cumplió su palabra.

CORTE RÁPIDO — EL CARRUAJE

(El carruaje detenido en la curva del sendero, justo antes de que la finca aparezca en el campo visual. Glenn descende. Coltrane permanece dentro. No intercambian una sola palabra. El reparto de roles se asumió sin debate.)

NARRACIÓN: Coltrane había obedecido. Subió al carruaje primero y aguardó. Toda una vida obedeciendo sin preguntar no se desaprende en dos meses.

NARRACIÓN: Pero esta vez la obediencia se le mezcló con algo más opaco: la sospecha de que, en alguna capa muy profunda, él también quería hacer ese viaje.

NARRACIÓN: Lo que Glenn iba a ejecutar no era un acto de pasión. Había dispuesto de quince años para extirparse el gusto por la pasión. Lo que cultivó en su lugar era más eficiente: una precisión clínica que le permitía cualquier tarea sin que el pulso le temblara.

NARRACIÓN: Y le bastaba con sus manos. Eran su único patrimonio en materia de dones, y hacía tiempo que había concluido que no necesitaba acumular ninguno más. Mientras otros como él invertían

años en aprender a desplazar objetos con el pensamiento, a doblar el fuego con la voluntad, o a entrar en la mente ajena para desordenarla, Glenn se había conformado con el caudal inicial: una fuerza bruta de métrica imposible de verbalizar, y dos manos adiestradas para aplicarla.

NARRACIÓN: Esa noche, eso iba a ser más que suficiente.

(Glenn camina por el sendero. Paso constante. Sin prisa.)

CORTE RÁPIDO — LA MANSIÓN

(La mansión Holland erguida en la noche. Casi todas las ventanas con luz. La familia probablemente sigue cenando, o preparándose para dormir. La rutina inalterable, por última vez.)

(Glenn empuja la puerta principal, que cede sin resistencia. En el vestíbulo, un mayordomo gira la cabeza al oír la intrusión.)

(No alcanza a pronunciar una palabra.)

NARRACIÓN: Lo primero que Glenn aprendió de su nueva fuerza, en aquellos primeros meses, fue que los cuellos humanos no tenían la firmeza que él había supuesto.

NARRACIÓN: En la granja había asumido que los huesos de un hombre ofrecerían la misma resistencia que los de las reses que ayudaba a despiezar. Un trabajo de sierra. Estaba equivocado. El cuello de un hombre adulto cedía con menos esfuerzo del que exige partir una rama. La primera vez que lo comprobó, se horrorizó. Después, no.

NARRACIÓN: Esa noche tampoco sintió horror.

(Glenn sigue por el pasillo. El capataz sale de un despacho lateral, alertado por un ruido casi imperceptible. Glenn no altera el ritmo. Lo intercepta. Lo neutraliza en un movimiento, y sigue caminando.)

CORTE RÁPIDO — LA COCINA

(La cocinera asoma la cabeza para evaluar la procedencia del ruido. Se detiene en el umbral y lo ve.)

(Glenn la observa un instante. Después desvía la mirada al fondo, donde tres esclavos: dos mujeres y un hombre viejo con las manos enharinadas, han quedado petrificados frente a la mesa.)

(Glenn vuelve a clavar los ojos en la cocinera. Luego se queda absolutamente inmóvil, escrutando a los tres del fondo. No les dirige la palabra. No hace ningún gesto. Solo los mira.)

NARRACIÓN: Glenn les dedicó el tiempo justo. Sin capacidad técnica para sumergirse más allá de la capa más superficial de una mente, leyó solo ese primer recubrimiento. Registró lo que necesitaba. Los esclavos permanecieron anclados, las manos sobre la mesa, mudos.

NARRACIÓN: Glenn no había entrado en la casa por ellos. Si algo había sobrevivido intacto a los años de fingirse un granjero borracho, era su instinto para distinguir a quién le debía qué. Y el hombre que esa noche requería el saldo de la deuda estaba en otra parte de la mansión.

CORTE RÁPIDO — EL DESPACHO

(Mr. Holland en su despacho. Levanta la vista del papeleo. Descubre a Glenn en el umbral.)

(No alcanza a ponerse en pie.)

(Glenn lo alza de la silla con una sola mano, por el cuello de la camisa. No para hacerle daño aún,

sino para establecer contacto visual.)

(Dos segundos.)

NARRACIÓN: Glenn no necesitó decir nada. Holland no encontró nada que pudiera ayudarle. La conversación terminó sin haber empezado.

NARRACIÓN: Holland expiró asimilando dos certezas. La primera: que el margen de beneficio que había sacado por el muchacho rubio era, al fin y al cabo, un error de cálculo imperdonable. La segunda: que la intuición que semanas atrás le había aconsejado firmar la venta deprisa y sin preguntas iba a quedar registrada como la última intuición útil de su existencia.

(Glenn suelta el cuerpo, que cae al suelo convertido en una masa inservible.)

CORTE RÁPIDO — LA ALCOBA PRINCIPAL

(Mrs. Holland se despierta. Ha oído algo. Enciende una vela. Se asoma, en camisón, a la oscuridad del pasillo.)

(Glenn la aguarda en el extremo opuesto.)

(Ella no grita. La mano que sostiene la palmatoria empieza a temblar.)

NARRACIÓN: Glenn no la consideraba inocente.

NARRACIÓN: Había deducido, cruzando el comentario que el marido dejó caer en la fiesta con las lecturas superficiales que hizo de él, que Mrs. Holland era la verdadera arquitecta del sufrimiento diario. Ella borraba los nombres originales para asignar nomenclaturas de esclavo. Ella le había quitado a Johannes su identidad para imponerle "Coltrane".

NARRACIÓN: Tenía la certeza de que ella misma había ordenado forjar, cuando el niño tenía ocho años, el primer par de grilletas a su medida. Glenn había logrado proyectar la imagen: ella, sentada con calma frente al muchacho, midiéndole el diámetro de la muñeca y exigiéndole al herrero que dejara margen para crecer.

NARRACIÓN: Glenn no hablaba con las personas a las que estaba a punto de liquidar. Pero con ella, durante un segundo entero, sopesó hacer una excepción.

NARRACIÓN: Venció la disciplina.

(La vela cae. Se apaga al impactar contra el suelo.)

CORTE RÁPIDO — EL ROBLE

(El roble centenario, en el límite sur de la propiedad. El mismo árbol bajo el cual los Holland recibían a sus invitados en los meses cálidos. El mismo del que, según lo que Glenn había extraído del entorno, habían colgado a más de un esclavo a modo de corrección.)

(Glenn llega hasta el tronco cargando los dos cuerpos, uno sobre cada hombro, como un jornalero con dos sacos de grano. Los deposita en la hierba.)

(Extrae del bolsillo interior de su abrigo dos tramos de soga. Los había anudado él mismo en el pescante, durante el trayecto, mientras Coltrane permanecía dentro de la cabina en mutismo absoluto.)

(Lanza el primer extremo sobre la rama más baja y resistente. Fija el anclaje. Alza a Mr. Holland por el cuello y lo deja suspender. La rama cruje, protesta, pero aguanta. Las ramas de ese roble estaban hechas para tolerar tensiones mayores.)

(Repite con el segundo cuerpo. Termina. Da un paso atrás. Comprueba el resultado.)

NARRACIÓN: Glenn no había dejado margen a la improvisación. Colgarlos del roble figuraba en su plan desde hacía semanas. El árbol les pertenecía a ellos; a partir de esa madrugada le pertenecería a sus muertos, y así seguiría todos los años que le quedaran de ser un árbol.

CORTE RÁPIDO — EL FUEGO

(Glenn vuelve hacia la residencia principal. Se desvía al granero. Descuelga uno de los faroles de la entrada. Lo abre. La llama parpadea, viva.)

(Lo inclina y apoya el borde contra un montón de paja seca. Se queda mirando un par de segundos: lo justo para certificar que la combustión ha empezado. La paja es altamente volátil.)

(Sale antes de que el calor sea un inconveniente. Reanuda la marcha hacia la casa.)

NARRACIÓN: El fuego no pidió ayuda más allá de la primera chispa.

NARRACIÓN: La paja vieja, las vigas reseca por décadas de verano, las cortinas pesadas, los manteles importados, las maderas lustradas con cera año tras año: la mansión Holland no sabía que llevaba toda su existencia preparándose para arder.

NARRACIÓN: Glenn solo vino a recordárselo.

(Cruza el vestíbulo otra vez. Acerca la llama a los bajos de la cortina del comedor. A las flores secas de un jarrón. Sube por la escalera principal y la acerca a la ropa de cama de la alcoba de Mrs. Holland, todavía revuelta como ella la dejó al levantarse unos minutos antes.)

(Glenn sale por la puerta principal, con la parsimonia de quien acaba de dar por concluida la jornada.)

CORTE RÁPIDO — LOS QUARTERS

(Los habitáculos de los esclavos, al otro extremo de la propiedad. Un niño se despierta sobresaltado. Su madre le presiona la mano contra la boca. "Shhh". Pasos pesados sobre la grava. Una puerta que se abre.)

(Un anciano sale al patio. Levanta la vista hacia la mansión. Y, en un segundo, lo entiende todo.)

(El anciano cierra la puerta a sus espaldas. No vuelve a entrar. Se queda plantado en medio del patio, el rostro iluminado, con una expresión que nadie en su larga vida le había visto.)

(A su alrededor, las puertas empiezan a abrirse, una tras otra. Al principio con lentitud asustada. Después, con la certeza creciente de que lo que ocurre ahí fuera no es un sueño. Ni una pesadilla.)

PRIMERA IMAGEN

(CG: La explanada delantera de la finca. En segundo plano, la mansión ardiendo: luz naranja violenta recortada contra el negro de la noche. A un costado, bañadas por el resplandor, las ramas bajas del roble sostienen dos formas oscuras que cuelgan inmóviles.)

(En primer plano, los esclavos emergiendo a campo abierto: cuerpos en silueta, rostros iluminados a medias. Un hombre que se tapa la boca con las dos manos, sin saber aún si lo que va a expulsar es una carcajada o un grito. Una mujer con un bebé apretado contra el pecho, mirando arder la mansión con los ojos secos. Un niño pequeño que no comprende lo que presencia, pero que está aprendiendo. Una anciana que cae de rodillas contra la tierra: no por miedo.)

(Y al fondo de todo, en el límite del patio, una figura de pie, inmóvil, impecable, dando la espalda al fuego.)

(Glenn.)

NARRACIÓN: Glenn no corrió. No gritó. En medio del caos absoluto, era el único en calma.

NARRACIÓN: Los esclavos salieron a la noche. Algunos echaron a correr por los campos. Algunos rieron histéricos. Otros lloraron. La mayoría no sabía qué se suponía que debía sentir.

NARRACIÓN: Algunos interrumpieron la huida al distinguir la silueta del árbol, y se quedaron contemplando los cuerpos con una expresión que no tiene nombre en ningún idioma.

NARRACIÓN: Una de las esclavas más viejas se acercó al roble. No llegó a tocar los cuerpos. Se plantó frente a ellos, con las manos en las caderas, y evaluó la escena un largo rato. Después asintió una sola vez, como quien da un asunto por cerrado, y se alejó sin mirar atrás.

NARRACIÓN: Otros pasaron de largo. Muchos corrieron hacia el linde del bosque y no aminoraron. Glenn no interceptó a ninguno. Su tarea esa noche era de otra categoría.

CORTE RÁPIDO — EL CARRUAJE

(Coltrane abre por fin la portezuela. Desciende. El conductor no lo mira. Lleva suficientes años a sueldo de Glenn para saber que hay madrugadas en que el trabajo exige mirar a otra parte.)

(Coltrane empieza a caminar hacia el resplandor naranja. No corre. No es capaz. Su cuerpo todavía no sabe acelerar el paso sin permiso expreso de un amo.)

NARRACIÓN: Lo que Glenn había omitido plantearse, en todas las fases de su plan, era si el muchacho querría o no presenciar el resultado. Lo dio por sentado: él, en su lugar, habría querido verlo. Todavía le resultaba casi imposible trazar la línea entre lo que él habría deseado y lo que su hijo deseaba de verdad.

CORTE RÁPIDO — LA EXPLANADA

(Coltrane cruza la última curva del sendero que desemboca en el claro. Se detiene en seco.)

(Lo que tiene delante arde en perfecto orden.)

(Las decenas de esclavos se mueven en pequeños grupos, sin patrón, por toda la explanada. Algunos intentan acercarse a él al reconocerlo. Otros están demasiado conmocionados para ir a ninguna parte.)

(Y en el centro mismo del cuadro, recortada contra el fuego, está ella.)

CORTE RÁPIDO — ANNIE

(Annie lo encuentra primero. Se acerca caminando, sin correr. Va descalza. Lleva una manta sobre los hombros. El volumen del vientre se le marca bajo la tela.)

(Coltrane la reconoce y el cuerpo se le paraliza.)

(Ella se detiene a pocos pasos.)

(Se quedan así un momento. Cada uno calculando si su propio cuerpo recuerda aún cómo hacer lo que jamás les fue permitido delante de la mansión.)

Annie da el primer paso. Coltrane el segundo.)

NARRACIÓN: Lo que ocurre a continuación no tiene la elegancia de un reencuentro. Es torpe. Annie levanta una mano hacia el rostro de él y la deja suspendida un segundo, indecisa, como si lo que va a tocar no coincidiera con el muchacho que conocía.

NARRACIÓN: Coltrane no espera a que se decida. La toma por los hombros y la atrae hacia sí.

(Se abrazan.)

NARRACIÓN: Es breve. Y es duro. El vientre de Annie se interpone entre ambos y los dos lo notan. Coltrane le palpa los huesos de la espalda, más afilados de como los recordaba. Annie percibe en él algo que no figuraba en su memoria: una densidad desconocida, una manera distinta de respirar.

(Se separan.)

SEGUNDA IMAGEN

(CG: Annie y Coltrane en la explanada. Ella con la manta sobre los hombros, el vientre marcado bajo la tela, los ojos clavados en él. Él con la cabeza ligeramente inclinada hacia ella, las manos a medio camino entre el cuerpo de ella y el suyo, sin saber dónde dejarlas. Detrás, lejos, el resplandor del fuego. El incendio no los toca todavía: les llega como un calor al borde de la piel.)

NARRACIÓN: No fue un abrazo sostenido. No hubo margen para ello.

NARRACIÓN: Aquella madrugada creyeron que era un comienzo. Proyectaron los meses por venir, la criatura a punto de nacer, la finca de Glenn como un perímetro donde cabía una vida. Acababan de abrazarse por última vez sin saberlo. Y esa ignorancia, vista en perspectiva, fue un acto de piedad.

ANNIE: *(en voz baja)* Cole. ¿Qué pasó?

(Coltrane no responde.)

(Annie gira la cabeza, lentamente. Recorre la escena completa: el granero, la mansión en llamas, los grupos desperdigados. Y al final, sin querer, los ojos se le detienen en el árbol.)

(Se queda fija en él.)

NARRACIÓN: Annie no había acumulado muchas imágenes en su vida; existir dentro de un radio minúsculo era parte de ser esclava. Pero había visto lo suficiente.

NARRACIÓN: Había visto colgar a otros hombres de ese mismo roble, en años distintos, por faltas distintas. Al mirar las dos figuras de ahora, dedujo de inmediato que detrás operaba la misma técnica. Sabía exactamente cómo se hacía. La única diferencia era que esta vez los colgados eran los Holland.

NARRACIÓN: Un hombre que quiere liberar esclavos organiza una fuga. Uno que busca venganza usa un arma de fuego. Uno que incendia una propiedad termina con quemaduras o ceniza en la ropa. Y ninguno levanta a dos adultos hasta una rama alta, él solo, en plena noche, sin un solo rastro de fatiga.

NARRACIÓN: Nada de lo que Annie tenía delante era obra de un hombre.

(Annie vuelve a clavar la vista en Coltrane. Lo escruta como si midiera cuánto de todo esto le era conocido de antemano.)

NARRACIÓN: Si la había dejado sola en la finca Holland previendo que esto iba a ocurrir. Si, debajo de todo ese silencio, seguía siendo el chico que se acostaba a su lado en la caballeriza.

(Coltrane baja el rostro. No puede sostenerle la mirada.)

CORTE RÁPIDO — EL PIE DEL ÁRBOL

(Coltrane avanza. Annie no lo sigue. Se queda donde está.)

(Él llega al pie del tronco. Levanta el rostro y observa.)

NARRACIÓN: Clavó los ojos en el roble. No los apartó en mucho tiempo.

NARRACIÓN: Lo que sintió no tenía etiqueta en su archivo. No era alivio: el alivio presupone que el dolor concluye, y aquel no iba a concluir. No era venganza: la venganza la ejecuta uno mismo, y él no había ejecutado nada. No era justicia: hacía demasiado que no creía en ella.

NARRACIÓN: Lo más cerca que estuvo de clasificarlo fue años después, en una frase que nunca le dijo a nadie: que durante un minuto, bajo aquel árbol, una parte de él dejó de pesar.

NARRACIÓN: Le habían descolgado un lastre que llevaba años cargando. Y al descolgarlo descubrió que debajo no había lo que esperaba. No había paz. Había algo más rancio, más difícil de cuantificar, y ese peso no se iba a descolgar jamás.

NARRACIÓN: Pero durante un minuto creyó que sí. Creyó que el ciclo había terminado.

NARRACIÓN: Y ese fue el minuto exacto en que el último fragmento humano de su interior se despidió, sin que él alcanzara a notar la salida.

CORTE RÁPIDO — LA TRÍADA

(Annie se acerca por la espalda. No se pone a su lado. Se coloca ligeramente detrás. No como sumisión, sino por otro motivo: porque aún no ha decidido si quiere estar a su lado, detrás de él, o lejos de él.)

(El "detrás" es la única posición desde la que puede seguir observándolo sin verse forzada a decidir.)

(Glenn entra en el encuadre. Avanza sin prisa. Cruza la explanada con la naturalidad de un propietario que la ha recorrido cientos de veces, aunque sea su primera vez en el terreno. Se detiene a espaldas de ambos.)

TERCERA IMAGEN

(CG: La tríada. Coltrane en primer término, de cara al roble. Annie un paso atrás, ignorando el incendio para fijar la vista en el perfil de Coltrane; su semblante es puro horror teñido de una resolución aún innombrable. Al fondo, Glenn, cerrando el grupo. Impecable. Sin una sola mota de ceniza en la ropa. Le dirige a Coltrane una de esas miradas suyas que no conceden información. Luego eleva la vista hacia el árbol.)

(Ninguno de los tres pronuncia palabra.)

(No es necesario.)

NARRACIÓN: Annie supo, sin que nadie se lo confirmara, que el muchacho que tenía delante ya no era el que había conocido. Que aquella madrugada había terminado de alterarlo. Y que ella no sabía si podría convivir con eso.

NARRACIÓN: Existió, alguna vez, una versión de Glenn Sheridan (el granjero bebedor de Richmond, el que despilfarraba lienzos pintando modelos en cuartuchos de mala muerte) que se habría sentido profundamente asqueado ante esta escena.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Esa versión llevaba quince años dilapidada.

(El incendio sigue consumiéndose al fondo. La imagen estática se prolonga en pantalla unos segundos más de lo tolerable.)

(FUNDIDO A NEGRO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La conversión. *Virginia, ~1780.*

NARRACIÓN: La investigación de las autoridades duró menos de una semana. Revuelta de esclavos, concluyeron.

NARRACIÓN: Los amos colgados, la mansión convertida en cenizas, los esclavos desaparecidos. La suma cuadraba sin necesidad de hacer más cálculos. Caso cerrado.

NARRACIÓN: Era la explicación más conveniente para todos los implicados. En la Virginia de 1780, eso bastaba.

CORTE RÁPIDO — LA DISTRIBUCIÓN

NARRACIÓN: La casa se reordenó sola en los primeros días.

NARRACIÓN: Annie fue ubicada en la habitación del primer piso, la que daba al jardín del este. La mejor de la finca después de la del propio Glenn: una ventana grande, una cama amplia, una puerta con cerrojo por dentro.

NARRACIÓN: Glenn la había mandado preparar antes del amanecer. Coltrane no había tenido que pedírselo.

NARRACIÓN: Annie no le agradeció el cuarto. Pero lo recorrió con los ojos de una joven que descubre, después de toda una vida, lo que significa poder cerrar una puerta por dentro.

NARRACIÓN: Coltrane se quedó en su cuarto del ala oeste. Glenn en el suyo, en el ala norte. Las otras mujeres eligieron, por costumbre, dos habitaciones en la planta de servicio.

NARRACIÓN: Los hombres se acomodaron en el pabellón anexo, junto a las casas de los antiguos esclavos de Glenn. Gente que llevaba años esperando una noche como la del incendio sin saber que la esperaba.

NARRACIÓN: Era la primera vez en seis años que la finca tenía gente real habitándola. La calma que Glenn había confundido con una virtud arquitectónica resultó ser ausencia.

(Pausa.)

NARRACIÓN: El reparto entre los tres se asentó sin que nadie tuviera que articularlo.

NARRACIÓN: Annie no entró en el cuarto de Coltrane. Coltrane no cruzó el umbral de Annie. Glenn no entró en ninguno de los dos. Cada cual permaneció en su casilla, sin invadir la de las otras piezas.

NARRACIÓN: Glenn observó el arreglo durante varios días sin entender qué le incomodaba.

(FUNDIDO A NEGRO)

CORTE RÁPIDO — EL UMBRAL DE LA COCINA

(Una noche cualquiera. La cocina de la finca.)

(Annie está sentada a la mesa. Tiene el pelo recogido con un trapo. Pela algo: patatas, manzanas; eso es lo de menos. Coltrane le habla en voz baja, inclinado sobre la madera. Glenn los oye desde el umbral.)

(Annie se ríe.)

(Es una risa breve, sin ruido. Le ilumina el semblante medio segundo y se apaga sola.)

(Pero la risa existió.)

(Coltrane sonríe.)

NARRACIÓN: Glenn los miró desde el umbral el tiempo suficiente para registrar el cuadro completo.

NARRACIÓN: Los dos jóvenes en la cocina. Ella, embarazada de seis meses. Él, con diecisiete años, aprendiendo a moverse dentro de una casa que no pertenecía a nadie como él. La luz de las velas temblando sobre sus contornos.

NARRACIÓN: Era, quizá, la primera vez desde que dejó Richmond que veía algo así de cerca. Una vida posible. Imperfecta, recortada.

NARRACIÓN: Exactamente la clase de cosa que un hombre que no fuera él habría sabido custodiar.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn dio media vuelta en el pasillo sin hacer ruido. La decisión ya estaba tomada y no admitía testigos.

CORTE RÁPIDO — LA INVITACIÓN

(Esa misma noche.)

(Glenn está de pie en el umbral del cuarto de Coltrane. No llama. Espera a que Coltrane levante la vista del libro.)

(Coltrane la levanta.)

GLENN: Acompáñame.

COLTRANE: ¿Dónde?

GLENN: A mi estudio.

(Coltrane cierra el libro. Lo deja sobre la cama con un marcador intercalado: el gesto metódico de quien sabe que no va a volver a abrirlo en toda la noche.)

NARRACIÓN: En los meses que llevaba en la casa, Coltrane había aprendido una norma que ninguno de los dos había enunciado: Glenn no cruzaba la puerta de su cuarto. El pelirrojo no había aprendido aún a quedarse a solas con él sin interponer un libro, un lienzo, alguna excusa física.

NARRACIÓN: Que esa noche estuviera parado en su umbral, rompiendo la regla, anunciaba algo.

(Coltrane se levanta y lo sigue.)

CORTE RÁPIDO — EL ESTUDIO

(El estudio de Glenn. Una sola lámpara encendida.)

(Paredes cubiertas de libros, un caballete tapado con una sábana en una esquina, dos butacas enfrentadas sobre una mesa baja. No hay fuego en la chimenea. Es octubre y la habitación está fría. A Glenn ya no le afecta la temperatura, y no se le cruza por la cabeza que a Coltrane sí.)

(Glenn cierra la puerta.)

NARRACIÓN: La cerró despacio, estirando los últimos segundos antes de lo que venía.

NARRACIÓN: Coltrane lo notó. Había pasado la infancia en la mansión Holland aprendiendo a leer las demoras de los amos.

(Glenn se gira hacia la habitación. Coltrane permanece de pie cerca de las butacas, con las manos cayendo a los lados, sin saber dónde ponerlas.)

GLENN: Siéntate, por favor.

COLTRANE: *(no obedece)* ¿Para qué me has llamado?

NARRACIÓN: Glenn había ensayado este momento, y lo había ensayado mal. El discurso preparado durante semanas se le escurrió en el instante de ir a buscarlo.

GLENN: Para hablar.

NARRACIÓN: Sonó torpe. Hueco.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Cerró los ojos un segundo, sin proponérselo. Cuando los abrió, la demora se había agotado.

GLENN: Acércate un poco, por favor.

(Coltrane no mueve un músculo.)

COLTRANE: ¿Qué eres?

NARRACIÓN: Glenn no la había previsto. Había anticipado todas las preguntas posibles de un ex-esclavo. Esa no.

(Glenn no responde. Con nada.)

(Coltrane no aparta los ojos de su rostro.)

NARRACIÓN: En unos segundos Glenn entendió que Coltrane lo había sabido siempre. Que un muchacho capaz de sobrevivir a la mansión Holland sabía oler a los depredadores mucho antes de nombrarlos.

NARRACIÓN: Y entendió que ya no tendría que explicarle nada. Que ese ahorro de palabras lo pagaría Coltrane, no él.

(Glenn se queda inmóvil. Coltrane también.)

NARRACIÓN: El muchacho buscaba otra cosa. Una validación que el silencio nunca iba a darle.

(Pausa muy larga.)

(Coltrane da un paso hacia Glenn.)

GLENN: *(casi inaudible)* Esto no tiene por qué ocurrir.

COLTRANE: Lo sé.

NARRACIÓN: No era cierto. Sí tenía que ocurrir. El único que aún no lo entendía era Glenn, y terminó

de entenderlo ahí.

GLENN: Puedo dejarte en paz.

COLTRANE: No.

(Pausa.)

COLTRANE: Hazlo.

NARRACIÓN: La cara que le devolvía Coltrane no era la de quien pide algo. Era la de alguien que lleva años sabiendo que las cosas que le ocurren no piden permiso, y que su único margen de voluntad es decidir si se opone o no.

NARRACIÓN: Glenn podía leer lo que había debajo de ese rostro. Lo había hecho mil veces: sobre desconocidos, sobre deudores, sobre el propio Holland. Podía saber con exactitud si esto era lo que Coltrane quería.

NARRACIÓN: No lo hizo.

NARRACIÓN: Se refugió en la ignorancia. Si iba a convertirlo, lo haría sin preguntarle a su mente lo que sus oídos no querían escuchar.

NARRACIÓN: Coltrane no se opuso.

NARRACIÓN: Glenn habría preferido que se opusiera.

(FUNDIDO)

CORTE RÁPIDO — DESPUÉS

(La misma habitación. El nivel de aceite de la lámpara ha bajado, atenuando la luz.)

(Coltrane está sentado en una de las butacas. Quieto. Inerte.)

NARRACIÓN: Glenn hizo lo que consideró que debía hacer, con la repulsión de quien sabe exactamente lo que está bebiendo.

NARRACIÓN: Era la sangre más cercana a la suya que probaría jamás. Un sabor que reconoció sin quererlo y que se esforzó de más en no recordar.

NARRACIÓN: Cuando se detuvo, Coltrane todavía respiraba. Apenas, pero respiraba. Era todo lo que la conversión exigía. El cálculo de drenaje había sido exacto: ni un mililitro de más, ni uno de menos.

NARRACIÓN: Después vino la devolución de la sangre. Un intercambio que le resultó igual de repugnante.

(Coltrane abre los ojos.)

NARRACIÓN: Ya no eran los ojos de Diana.

NARRACIÓN: Glenn no había contado con esa pérdida. Llevaba meses cruzándose con esos ojos por los pasillos, topándose con el último resto de su esposa en la cara de su hijo, hasta que la visión dejó de causarle dolor.

NARRACIÓN: La cara seguía siendo la misma. La mirada le pertenecía ya a otra criatura.

NARRACIÓN: Y lo que esa mirada absorbía también era distinto. Glenn no necesitaba leerle la mente: lo había vivido él mismo, años atrás, bajo un árbol.

NARRACIÓN: Las sombras tomando bordes. Una hoja en el jardín, a treinta pasos, devolviéndole la

mirada con un detalle en sus nervaduras que el ojo humano no alcanzaba. El mundo estrenando una forma entera de existir.

NARRACIÓN: Glenn le concedió el tiempo necesario para mirar.

(Pausa.)

GLENN: *(desde el otro extremo)* Tienes hambre.

NARRACIÓN: No era una pregunta. Coltrane no contestó. Pero sí tenía hambre: una clase de hambre que no había sentido nunca y que reconoció al instante, como si la esperara desde antes de nacer.

GLENN: Vamos.

CORTE RÁPIDO — LA CACERÍA

(La escena queda en negro. No hay imágenes.)

NARRACIÓN: Salieron por la puerta trasera, para no despertar a Annie. Coltrane no quería alterarla; Glenn prefería que no lo viera bajo la luz de esa noche. Por una vez, los intereses de ambos coincidieron.

NARRACIÓN: De lo que pasó en las horas siguientes, ninguno volvería a hablar. Nunca. No era vergüenza: era prudencia operativa. Nombrarlo lo habría vuelto un hecho cimentado.

NARRACIÓN: Preferían que la noche quedara reducida a lo que era: un tramo largo y oscuro, una tutela metódica que Coltrane no había pedido y que Glenn impartió por obligación.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Volvieron a la finca antes del alba.

CORTE RÁPIDO — EL ESTUDIO, OTRA VEZ

(Glenn a solas. La lámpara está apagada. La habitación en penumbra absoluta.)

(Está sentado en la misma butaca que ocupó Coltrane un par de horas atrás. Las manos en el regazo. No se las ha lavado. Habría sido incongruente hacerlo: en su nueva existencia no hay mancha que no desaparezca sola con las horas.)

NARRACIÓN: Pensó, por primera vez en mucho tiempo, en el rostro de su madre. No supo por qué.

NARRACIÓN: Coltrane se había retirado a dormir como duermen los recién convertidos, que es como duermen los que acaban de morir un poco.

NARRACIÓN: Glenn lo sabía por experiencia. Él había dormido así una vez, y Juno lo había mirado desde un rincón sin hacer ningún ruido.

NARRACIÓN: A él, esta noche, no lo contemplaba nadie.

NARRACIÓN: Durante años había imaginado que hacerle a otro lo que Juno le hizo a él sería un instante de cierta concordancia cósmica.

NARRACIÓN: Hasta esta noche no entendió que lo que sintió Juno al convertirlo no se parecía en nada a esto. A ella la había movido un impulso frívolo, casi distraído. Lo suyo era de otra categoría.

NARRACIÓN: Había transferido el peso. Llevaba más de tres lustros cargando algo nefasto y sin nombre, y esta noche, sin decirlo, sin saber del todo por qué ahora, se lo había asestado a Coltrane.

NARRACIÓN: Coltrane no lo había pedido. Ni siquiera tenía con qué medir lo que recibía. Pero lo

recibió. Glenn lo había soltado, y todo lo que se suelta acaba golpeando algo.

(Pausa.)

NARRACIÓN: La habitación se sentía más vacía que unas horas antes.

NARRACIÓN: Glenn, también.

(FUNDIDO A NEGRO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

Las dos despedidas. *Virginia. ~1780-1782.*

(Una noche cualquiera. Una semana después de la masacre.)

(Glenn pasa por el pasillo contiguo a la cocina. Iba a otro sitio, pero se detiene en el umbral sin haberlo decidido. La escena ya empieza a volverse cotidiana: Annie sentada a la mesa, pelando una fruta. Coltrane enfrente, con un taburete vacío marcando la distancia, hablándole en voz baja sobre nada en particular, solo para mantener el aire en movimiento.)

(Annie se ríe. Es una media risa. Se le ilumina el rostro medio segundo y se apaga. Coltrane sonríe.)

NARRACIÓN: Glenn los miró desde el umbral con una atención que a él mismo lo pasmó. Estaba intentando entender qué tenía delante, y le costaba.

NARRACIÓN: Un muchacho con siete días de inmortalidad, sentado a metro y medio de la mujer que amaba. Una mujer embarazada de seis meses.

NARRACIÓN: Una mujer cuya sangre le llegaba a Coltrane por la fricción del vestido, por la onda de calor que ella desplazaba en el aire al moverse.

NARRACIÓN: Y Coltrane no se había movido. Le hablaba en voz baja, con la concentración de quien sostiene un objeto frágil. Y Annie le devolvía una media sonrisa.

NARRACIÓN: Glenn pensó, sin haberlo planeado, en Diana.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Pensó en la madrugada en que se había marchado de la casa con nada más que lo que llevaba puesto. En que no se acercó a la cuna a despedirse del niño. En que ni siquiera se atrevió a intentar decirle adiós a Diana.

NARRACIÓN: Le había entregado a Juno, durante las primeras semanas, una versión más limpia: que había huido para proteger a Diana. Por no arriesgarse a hacerle daño. Por amor.

NARRACIÓN: Juno había asentido sin creerle. Había pasado siglos viendo a hombres recién convertidos contarse versiones nobles de su propia huida.

NARRACIÓN: La verdad era más simple: no se había quedado porque le faltó el coraje. Permanecer al lado de Diana siendo lo que era habría exigido un aguante que él, entonces, no tenía. Se había marchado porque irse era más fácil que intentarlo.

NARRACIÓN: Coltrane, en cambio, se había quedado.

NARRACIÓN: Coltrane, que tenía siete días de inmortal, que no había pedido nada de esto, estaba

sentado a metro y medio de Annie, conteniéndose, sosteniéndole la mirada cuando ella se reía. Hacía, sin que nadie le hubiera dicho que era posible, exactamente lo que Glenn no había intentado siquiera.

(Pausa larga.)

(Glenn se aparta del umbral antes de que ninguno de los dos lo vea. Baja al estudio. Se sienta en la butaca sin abrir ningún libro.)

NARRACIÓN: Llevaba dieciséis años creyéndose, sin haberlo dicho nunca en voz alta, que su huida había sido una forma de nobleza. Que un hombre menos noble se habría quedado a hacer daño.

NARRACIÓN: Coltrane acababa de desmontar esa estructura sin proponérselo.

NARRACIÓN: La información llegaba demasiado tarde. Para Diana, para él, para todo. Pero llegaba.

NARRACIÓN: Y Glenn, que había aprendido a archivarlo todo, descubrió que no tenía ningún cajón donde guardar esto.

(FUNDIDO A NEGRO)

CORTE RÁPIDO — LA CONVERSACIÓN QUE GLENN NO DEBERÍA OÍR

(Tres semanas después. Glenn en su estudio. Una sola vela encendida. Un libro abierto que no está leyendo.)

NARRACIÓN: La oyó sin querer. Los oídos de los inmortales no se apagan, y Glenn nunca había desarrollado la disciplina de ignorar lo que no le correspondía escuchar.

NARRACIÓN: Annie y Coltrane estaban sentados afuera, en el banco al borde del jardín. Hablaban en voz baja, con el sosiego de quienes ya han dejado de tener prisa por terminar las cosas.

NARRACIÓN: Glenn captó dos palabras y supo de inmediato que no debía captar más.

NARRACIÓN: Las dos palabras fueron: *qué eres*.

NARRACIÓN: Cerró el libro. No para dejar de oír (sabía que no había manera), sino por una clase de respeto que llevaba mucho tiempo sin practicar. Era la conversación de Coltrane, no la suya.

NARRACIÓN: La oyó entera, de todas formas.

NARRACIÓN: Annie no preguntaba para condenar. Preguntaba para confirmar lo que ya sabía. Glenn había evaluado demasiadas voces en su vida para no distinguir una pregunta que busca respuesta de una que busca un cierre. La de Annie era la segunda.

NARRACIÓN: Cuando Coltrane no contestó, aquella falta de respuesta cerró la conversación.

NARRACIÓN: Después oyó otra cosa. Annie diciendo algo sobre criar al niño lejos. Coltrane, sin contestar. Annie diciendo algo sobre no odiarlo. Coltrane, sin contestar.

NARRACIÓN: Y luego, lo que Glenn no esperaba.

NARRACIÓN: Annie, ahogando un grito.

NARRACIÓN: Era demasiado breve para reconstruir la escena desde el estudio. Pero era, eso sí lo identificó, un grito de horror. No de miedo. De horror. Annie acababa de reconocer algo.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Fuera lo que fuese, había confirmado la sospecha que ella llevaba semanas albergando. A Glenn no le importaba qué había sido. Le importaba el efecto.

NARRACIÓN: La decisión que aquella mujer había estado aplazando en silencio durante tres semanas acababa de tomarse, y a él le iba a tocar firmar un cheque antes de que despuntara el alba.

(FUNDIDO A NEGRO)

CORTE RÁPIDO — LA COCHERA. MADRUGADA

(Glenn está de pie en el interior de la cochera. La luz aún no asoma. Hay tres mujeres en el patio: Annie, otra con un bulto y una tercera con un hatillo. Annie lleva poco. Todo lo que posee cabe en una bolsa de tela.)

(Coltrane está fuera, a unos quince metros, manteniendo la distancia. No se ha movido. Glenn lo observa desde la penumbra con la impresión privada de estar viendo a un caballo joven al que han partido por la mitad, y que sigue de pie porque aún no lo sabe.)

(Glenn se acerca a Annie. Le tiende un sobre. No es voluminoso, pero contiene lo justo. Ha corroborado el cálculo dos veces durante la noche.)

GLENN: *(en voz baja, sin ceremonias)* Para el viaje. Y para los primeros meses.

(Annie mira el sobre. Después lo mira a él. Glenn sostiene la mirada sin esperar nada: ni agradecimiento, ni reproche.)

(Annie lo toma. No da las gracias.)

ANNIE: *(sin alzar la voz, señalando apenas con la mirada hacia donde está Coltrane)* ¿Cuánto tiempo lleva así?

NARRACIÓN: Glenn entendió la amplitud de la pregunta sin pedir aclaraciones. Cuánto tiempo lleva siendo lo que es. Cuánto tiempo me has dejado vivir con *eso* bajo el mismo techo sin avisarme.

GLENN: Tres semanas.

(Annie asiente, muy despacio.)

ANNIE: ¿Y usted?

NARRACIÓN: Glenn estuvo a punto de mentir. Era lo más fácil: un número creíble, una historia sobria, y cerrar el asunto.

NARRACIÓN: Pero la mujer ya tenía un pie fuera, y Annie no era de las que esparcían información: era de las que se la llevaban a la tumba.

GLENN: Dieciséis años.

NARRACIÓN: Visto desde afuera, Annie pareció no reaccionar. Lo procesó.

NARRACIÓN: Glenn vio los engranajes en movimiento. Una mujer acostumbrada a hacer cuentas calladas para sobrevivir, y vio el momento exacto en que las cuentas le cuadraron.

NARRACIÓN: Dieciséis años. Coltrane tenía diecisiete. Su madre lo había vendido a los Holland poco antes de cumplir los dos.

NARRACIÓN: Y un hombre con dieciséis años de inmortal que aparece una sola noche en una fiesta del condado, identifica a un esclavo cualquiera entre cien sin haberlo visto nunca, paga la deuda sin regatear y se lo lleva a su casa... ese hombre no era un comprador casual.

NARRACIÓN: Era otra cosa.

NARRACIÓN: Annie no lo dijo en voz alta. La vio guardarlo del modo en que las mujeres como ella

guardaban las cosas peligrosas: en un sitio cerrado, que iba a permanecer cerrado hasta el fin de sus días.

ANNIE: *(mirando hacia la distancia donde está Coltrane, pero sin mirarlo)* Cuidelo.

GLENN: *(sin pensar)* Lo haré.

NARRACIÓN: Lo dijo demasiado rápido. Con demasiada sinceridad. Hacía lustros que no afirmaba nada sin hacerlo pasar antes por tres filtros, y ese "lo haré" había salido por su cuenta.

NARRACIÓN: Annie lo notó. Y notó que, pronunciado con esa desnudez, era lo único de aquella finca que iba a llevarse y considerar verdaderamente útil.

ANNIE: *(asiente una sola vez)* Que Dios le ayude, entonces.

NARRACIÓN: No lo dijo con sarcasmo; ya no le quedaba energía para eso. Lo dijo con la literalidad de una mujer que cree en Dios y reparte bendiciones a quien las pueda necesitar, sin importar si las merecen o no.

NARRACIÓN: Glenn no recordaba la última vez que alguien le había hablado de Dios sin ironía. Tardó un segundo de más en procesar que la frase iba en serio.

NARRACIÓN: Cuando lo aceptó, ya era tarde para responder. Annie se había dado la vuelta y caminaba hacia las otras dos mujeres.

CORTE RÁPIDO — ÚLTIMA IMAGEN

(Coltrane fuera de la cochera, manteniendo la distancia. Glenn dentro, en la penumbra. Las tres mujeres alejándose por un camino de tierra. Annie no voltea. Las otras dos sí, una vez. El amanecer abriéndose en el horizonte como una herida lenta.)

NARRACIÓN: Coltrane no se movió hasta que las figuras desaparecieron tras la curva. Glenn no salió de la cochera.

NARRACIÓN: Los dos se quedaron así, separados por el espacio entero del patio, mucho más tiempo del que cualquiera de ellos habría sabido justificar.

(FUNDIDO A NEGRO)

CORTE RÁPIDO — LA CASA, DESPUÉS

NARRACIÓN: Glenn había vivido a solas con Juno durante quince años. Sabía lo que era compartir espacio con alguien sin convivencia real.

NARRACIÓN: Vivir con Coltrane era otra cosa, y la diferencia era simple: con Juno había sido el alumno. Con Coltrane, sin haberlo elegido, se había vuelto el maestro. Y a un maestro se lo observa.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Los meses pasaron en interrogatorios escalonados.

NARRACIÓN: Coltrane no presionaba. Dejaba caer las preguntas en intervalos irregulares: dos en una misma noche, ninguna en cinco días, una aislada en la biblioteca, tres seguidas durante una caminata por el bosque.

NARRACIÓN: Lo hacía con la misma técnica silenciosa con la que había aprendido a robar vocabulario desde la puerta del aula de los hijos de Holland. Cada pregunta era barata de formular y cara de responder. Glenn lo notó al cabo de un mes. Coltrane lo había sabido desde el primer día.

COLTRANE: *(una noche, sin contexto previo)* ¿Cuántos años tenías cuando te convirtieron?

GLENN: Treinta y cinco.

COLTRANE: ¿Y cuántos tienes ahora?

(Una pausa.)

GLENN: Los mismos.

(Coltrane lo mira un momento.)

COLTRANE: ¿Quién lo hizo?

GLENN: *(sin desviar la vista)* Nadie que conozcas.

COLTRANE: ¿Sigue con vida?

(Una pausa más larga.)

GLENN: Sí.

COLTRANE: ¿Dónde vive?

GLENN: En Europa.

COLTRANE: ¿Sabe que existo?

NARRACIÓN: Glenn tardó en responder. Era la primera pregunta de la noche para la que no tenía una maniobra evasiva ya formulada.

GLENN: No.

COLTRANE: ¿Vas a decírselo?

GLENN: No lo creo.

COLTRANE: ¿Por qué no?

GLENN: *(con una neutralidad que funcionaba como respuesta)* Porque no creo que sea de su incumbencia.

NARRACIÓN: Coltrane asintió despacio. No para aceptar; para registrar.

NARRACIÓN: Glenn había empezado a reconocer ese gesto. La cantidad de expedientes que Coltrane acumulaba empezó a inquietarlo, pero de una manera lenta, sin urgencia, porque ya no le quedaban urgencias.

NARRACIÓN: Glenn no tenía una vida humana que defender. Durante quince años su vida entera había sido Juno; ahora el espacio vacío se llenaba con la presencia de Coltrane. No era exactamente vivir, pero tampoco era nada.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Era, descubriría Glenn una madrugada, una calma que no había experimentado nunca. La clase de calma que se confunde con la felicidad cuando se lleva demasiado tiempo sin ser feliz.

NARRACIÓN: Le costó admitirlo, porque validar esa calma lo obligaba a admitir demasiadas otras cosas que aún prefería mantener en la oscuridad.

(FUNDIDO A NEGRO)

CORTE RÁPIDO — LA SEÑAL

NARRACIÓN: Llevaban poco más de un año funcionando así cuando la señal llegó.

NARRACIÓN: Era una noche cualquiera de finales del verano. Había "cenado" con Coltrane (los dos ejecutaban la coreografía de sentarse a la mesa sin probar bocado, únicamente para darle forma al día) y luego se había retirado al porche con una copa de licor que llevaba meses siendo un objeto simbólico.

NARRACIÓN: Coltrane estaba en su banco de piedra habitual, al borde del jardín, mirando hacia la línea del bosque.

NARRACIÓN: Una luna a la mitad. Aire tibio. El olor lejano de los caballos en el establo. Glenn se permitía, en veladas así, un grado de inactividad mental que en otras épocas habría clasificado como un peligro estructural y que ahora se parecía a una simple labor de mantenimiento.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Y entonces, sin previo aviso, la consciencia de Glenn abandonó el porche.

NARRACIÓN: No del todo. El cuerpo seguía anclado donde había estado un segundo antes, copa en mano. Pero la atención se había desprendido de la carne y estaba en otra parte.

NARRACIÓN: La sensación era la de los sueños lúcidos de su vida biológica: uno seguía percibiendo la acústica de la habitación y habitaba otro espacio al mismo tiempo.

NARRACIÓN: El otro lugar era un bosque.

NARRACIÓN: Árboles que no pertenecían a Virginia. La luz era distinta: más al norte, más fría, más antigua. Una residencia al fondo, apenas insinuada entre las ramas, con la silueta de las construcciones de piedra europeas que él había dejado de registrar en su memoria hacía tiempo, porque mirarlas le resultaba inconveniente.

NARRACIÓN: Y luego llegó el resto. Sin nombre y sin forma.

NARRACIÓN: Décadas de un residuo acumulado en silencio. Una desesperación que no era explosiva ni escandalosa, sino casera: la asfixia de quien ya se cansó de albergar esperanza y no ha encontrado nada con qué reemplazarla.

NARRACIÓN: Glenn lo descifró porque era real, y lo real todavía lograba perforarlo a pesar de los dieciséis años que llevaba vaciándose por dentro. Lo entendió por debajo del análisis, en ese estrato donde las cosas que alguna vez fueron verdaderas siguen reconociéndose entre sí.

NARRACIÓN: Juno.

(Pausa larga.)

NARRACIÓN: La transmisión duró un par de segundos. Quizá menos. Cuando se cortó, Glenn retornó al porche con la sacudida del que despierta de un sueño que se sentía real hasta el instante exacto de despertar.

NARRACIÓN: La copa seguía intacta en su mano. No había derramado una gota: la carne había mantenido la postura en ausencia del piloto.

NARRACIÓN: Tan paralizado quedó que, al cabo de unos minutos, registró algo que nunca antes había captado con semejante nitidez.

NARRACIÓN: Desde el otro extremo del jardín, con la cabeza girada, Coltrane lo estaba observando.

COLTRANE: *(desde el banco de piedra, sin alterar el volumen)* ¿Sucedó algo?

GLENN: *(sin mover un músculo)* No.

COLTRANE: ¿Estás seguro?

GLENN: Sí. Estoy bien.

(Una pausa.)

COLTRANE: Como quieras.

NARRACIÓN: Coltrane no insistió. Cualquier otro habría repetido la pregunta un par de veces más. Él solo guardó el dato para otra ocasión.

NARRACIÓN: Glenn se levantó al cabo de un rato largo. Dejó la copa sobre la mesa. Atravesó el jardín y pasó a centímetros del banco, sin pronunciar palabra. Coltrane no levantó la vista.

(FUNDIDO A NEGRO)

CORTE RÁPIDO — EL ESTUDIO. MADRUGADA

(Glenn sentado frente al escritorio. Una sola vela. Papel, tinta, pluma. No escribe: piensa. Sostiene la pluma suspendida en el aire.)

NARRACIÓN: Glenn no había vuelto a Europa desde la noche de la invitación de Holland. Habían pasado dos años.

NARRACIÓN: No lo había evitado por miedo. Lo había evitado por una vergüenza retroactiva que no se permitía examinar: huir a Europa había sido, en su momento, la única herramienta eficaz para no mirar hacia atrás. Y volver implicaba tener que mirar.

NARRACIÓN: Pero Juno estaba allí, en algún punto de un mapa del que él carecía de coordenadas. Y acababa de emitir algo que en quince años de convivencia no había emitido jamás.

NARRACIÓN: Juno no pedía. Juno tomaba. O se aburría, o se reía, o daba media vuelta y se marchaba. Pedir era una falla organizacional de los débiles.

NARRACIÓN: Que hubiera emitido una solicitud (y aquello, sin una sola palabra, había sido inequívocamente una solicitud) significaba que había ocurrido algo catastrófico. Algo que ella era incapaz de resolver sola.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn consideró ignorarlo. Dejar pasar la madrugada. Dejar pasar la semana. Permitir que la estática se diluyera en el tiempo. Pensó en regresar al ritmo administrativo de las cenas en blanco y las preguntas aplazadas. En quedarse, en resumidas cuentas, exactamente donde estaba.

NARRACIÓN: Y entonces constató, como quien constata una ley física, que ya le era imposible.

NARRACIÓN: La transmisión lo había sacado de su letargo, y de un despertar así no se vuelve voluntariamente al sueño anterior.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Bajó la mano. Apoyó la pluma sobre el papel. Empezó a escribir.

NARRACIÓN: No a Juno. A su contable en Filadelfia.

(FUNDIDO A NEGRO)

NARRACIÓN: Tardó once días en organizar lo que debía organizarse. Cuentas. Documentos. Dos cartas a deudores en Boston a quienes Glenn iba a permitir, por única vez en su existencia, que no le devolvieran el dinero.

NARRACIÓN: Remitió instrucciones estrictas al contable: durante su ausencia, Coltrane respondería por la propiedad, y los hombres de negocios del condado tendrían que tratar con él exactamente como si trataran con el propio Glenn Sheridan.

NARRACIÓN: La finca podía mantenerse en pie sin él. De eso estaba seguro. De lo que no estaba seguro era de si Coltrane podría mantenerse en pie dentro de ella.

NARRACIÓN: Finalmente, le dirigió la palabra la noche del undécimo día.

CORTE RÁPIDO — EL ESTUDIO. NOCHE

(Glenn está de pie junto al escritorio. Coltrane en el umbral. Una sola lámpara encendida. Glenn no le ha pedido que pase, y Coltrane no ha pasado. Por la rigidez de su postura, Glenn deduce que el muchacho anticipó esta conversación mucho antes de ser convocado.)

GLENN: Tengo que irme...

(Coltrane no parpadea.)

GLENN: ... A Europa.

(Pausa.)

COLTRANE: ¿Cuándo te marchas?

GLENN: Pasado mañana. Sale un barco desde Norfolk.

COLTRANE: ¿Cuánto tiempo vas a estar allá?

(Glenn evalúa las variables. No hay ninguna a la vista.)

GLENN: No lo sé.

NARRACIÓN: Coltrane había aprendido a enmascararlo casi todo. Pero quedaba una franja finísima, justo debajo de los ojos, donde las emociones afloraban un instante antes de ser archivadas. Glenn había aprendido a vigilar esa franja.

COLTRANE: ¿Es ella?

NARRACIÓN: Glenn había anticipado la pregunta durante once días, y aun así la precisión del disparo lo desarmó un segundo.

GLENN: Sí.

COLTRANE: ¿Está en peligro?

GLENN: *(despacio)* Tampoco lo sé.

COLTRANE: Pero crees que sí.

GLENN: Así es.

(Pausa.)

COLTRANE: ¿Vas a volver?

GLENN: Sí.

COLTRANE: ¿Cuándo?

GLENN: Eso aún no lo sé.

NARRACIÓN: Coltrane asintió. El mismo asentimiento aséptico de siempre.

GLENN: La finca es tuya mientras quieras ocuparla. Mi contable en Filadelfia tiene instrucciones precisas. Los hombres del condado ya saben que en mi ausencia tú respondes por todo. Si llegas a necesitar algo—

COLTRANE: (*cortándolo*) No voy a necesitar nada.

NARRACIÓN: Glenn exhaló un leve resoplido. Era cierto. Coltrane había aprendido a no necesitar nada de nadie desde hacía muchísimo tiempo. La libertad jurídica solo le había servido para confirmar un viejo hábito de supervivencia.

(*Una pausa. Los dos miran en direcciones distintas, evitándose.*)

GLENN: Coltrane.

(*El aludido levanta la vista.*)

NARRACIÓN: Glenn quiso añadir algo. La frase que llevaba once días intentando articular, la que quizá volvería más soportable la próxima década, o el resto de la eternidad.

NARRACIÓN: Pero esa noche carecía de forma. Rebuscó en el archivo y extrajo lo único que tenía a mano.

GLENN: ... Cuídate.

NARRACIÓN: Era pobre. Miserable. Glenn lo supo en el momento exacto de escucharse. Coltrane también. Los dos decidieron, por acuerdo tácito, ignorar la magnitud del fracaso.

COLTRANE: (*asiente una sola vez*) Que tengas un buen viaje.

NARRACIÓN: Era la frase de un mayordomo. Coltrane la había usado cientos de veces en el vestíbulo de la mansión Holland para despedir a los invitados de sus amos. La empleaba ahora a propósito.

NARRACIÓN: Glenn entendió el golpe y reconoció que se lo había ganado a pulso.

NARRACIÓN: Salió del estudio sin una palabra más. Coltrane se quedó en el umbral, erguido. No lo siguió con la vista.

NARRACIÓN: Glenn caminó por el pasillo sin mirar atrás, que era la única manera que conocía de marcharse de los sitios.

NARRACIÓN: Cuando huyó de Virginia la primera vez, dieciséis años atrás, había creído oír a Diana llamándolo desde muy lejos. Esta vez no hubo ningún reclamo. La casa se sumió en el silencio en que Coltrane la había mantenido siempre.

(*FUNDIDO A NEGRO*)

CAPÍTULO 1 — GLENN

El caballero roto. *EUROPA. ~1785*

CORTE RÁPIDO — EL VIAJE

(*En algún punto del océano Atlántico.*)

NARRACIÓN: El barco era de los lentos. Glenn lo había elegido a propósito. Tenía cuatro semanas por

delante y no había dispuesto de tanto tiempo para sí mismo en un par de años. Las usó para no pensar.

NARRACIÓN: El problema con el no-pensar, cuando uno lleva lustros siendo lo que él era, es que tiene texturas. El no-pensar de las fiestas y las partidas de naipes no se parecía al de los hoteles, mirando techos en ciudades cuyos nombres se olvidaban al día siguiente. Y ninguno de los dos se parecía al de a bordo, porque el océano no deja desentenderse del todo: es indiferente y, aun así, no te suelta.

NARRACIÓN: Glenn lo sabía desde la travesía de ida, la primera, la que hizo con Juno. Pero esta vez el agua tenía otro peso. Arrastraba a dos personas en su cabeza, no a una, y las dos estaban en hemisferios opuestos.

(Pausa.)

NARRACIÓN: La señal volvió en la duodécima noche.

CORTE RÁPIDO — EL CAMAROTE

(De noche. La madera del barco cruje. La vela apagada: Glenn no la necesita. Está acostado, vestido, con los ojos abiertos. No ha dormido desde Norfolk.)

NARRACIÓN: La transmisión llegó sin previo aviso, como la primera vez. La diferencia fue que ahora Glenn supo qué era antes de que se desplegara, y eso bastó para bajar las defensas que había alzado sin darse cuenta.

NARRACIÓN: Volvieron las imágenes: el bosque, la residencia, la luz norteña. Pero esta vez había más.

NARRACIÓN: Décadas de un inventario que Glenn ni siquiera había imaginado. Una mujer encerrada sin paredes. No era la Juno que reía en las fiestas, ni la que apartaba el rostro, hastiada, cuando él se quejaba durante el primer año. Era una mucho más antigua, oculta debajo de todas las demás Junos, capa sobre capa, como un objeto enterrado en los cimientos de sucesivas casas.

NARRACIÓN: Y al fondo, colándose en las imágenes, algo que Glenn no supo nombrar. No una persona: el sitio donde una persona debería estar, y donde no había nada que él pudiera reconocer. Lo rozó apenas, el tiempo justo para saber que no quería volver a rozarlo, y la transmisión se cortó antes de mostrárselo entero.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn pensó, brevemente, en Coltrane. Lo pensó como se piensa en una puerta que uno se ha dejado entornada al salir: con una mezcla de irritación y de alivio. Volveré, se dijo. No será por mucho tiempo.

NARRACIÓN: Esa frase iba a volver. *No será por mucho tiempo.* Y cada vez que volviera, lo haría con la vergüenza con que se recuerda una apuesta perdida por exceso de confianza.

NARRACIÓN: Pero esa noche Glenn solo abrió los ojos en la oscuridad, oyó crujir la madera bajo el peso del agua y empezó a contar cuántos días le quedaban hasta tierra firme.

NARRACIÓN: El océano siguió siendo indiferente.

(FUNDIDO A NEGRO)

NARRACIÓN: Glenn pasó cerca de dos años buscándola sin saber del todo qué estaba haciendo.

NARRACIÓN: Se subió a un barco y cruzó el océano. Se dijo que volvía a Europa porque era más vieja que América y, por tanto, más hospitalaria para su tipo de problema. Era una explicación. No era

la verdadera.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Las rarezas llegaron sin ser invitadas. Caminaba por una calle de París cuando le asaltó el olor de un perfume que Juno usaba a veces. En Praga, en una posada, le pareció oír su risa en un pasillo, hasta que recordó que Juno jamás pondría un pie en esa clase de sitios.

NARRACIÓN: A la tercera o cuarta vez entendió lo que ocurría. No era su memoria recordándola por accidente. Era ella, enviando fragmentos.

CORTE RÁPIDO — LA SEÑAL

(Una habitación de alquiler en algún sitio del norte. Glenn sentado en una cama estrecha, vestido. Sin deshacer: no acostumbra dormir.)

NARRACIÓN: La primera imagen era un bosque de coníferas, sin nada en especial. Pero traía un detalle que Juno jamás habría diseñado: la luz caía sesgada, como si la luna no terminara de penetrarlo. Un bosque en el que nadie se había adentrado en siglos.

NARRACIÓN: Glenn descifró la señal así: Juno le pedía ser encontrada y, al mismo tiempo, le suplicaba que no lo hiciera. Dudaba que la propia Juno hubiera sabido formularlo mejor.

(Glenn se levanta. Se queda de pie, mirando por la ventana una calle vacía.)

NARRACIÓN: Una señal tan abstracta admitía mil lecturas, y casi ninguna exigía su intervención.

NARRACIÓN: Glenn salió esa misma noche.

CORTE RÁPIDO — EL BOSQUE

(Glenn camina entre los árboles. De noche. Luna menguante.)

NARRACIÓN: Encontrar el bosque le llevó tres semanas, por puro descarte. Ninguno se parecía al de Juno, hasta que una noche dio con él. No solo por la luz transversal: por una advertencia que su instinto disparó y que su mente, como de costumbre, decidió ignorar.

NARRACIÓN: Avanzó entre los troncos con la paciencia táctica que había aprendido cazando con Juno. Pero por debajo operaba algo más antiguo, casi animal: el campesino irlandés que aún sabía reconocer cuándo había pisado propiedad ajena.

(Glenn se detiene y levanta la vista.)

NARRACIÓN: A doscientos metros, entre los árboles, una casa de muros anchos. Sin ostentación, sin luces. Pero supo, sin examinarla, que dentro había alguien, o algo, despierto.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Y entonces, antes de dar un paso más, sintió la presencia.

NARRACIÓN: No se parecía a ninguna que conociera. La de Juno era densa, pero familiar; la de otros como él la había sentido antes. Esta estaba en otra escala. Arcaica, sin prisa, como algo que lleva milenios mirando el tiempo desde fuera. Un ser con plomo en lugar de huesos.

NARRACIÓN: Lo más inquietante era su inercia: una quietud de fondo de océano, inmóvil bajo una masa de agua incomprensible. Algo que no se movería a menos que valiera la pena.

(Pausa.)

NARRACIÓN: La mente de Glenn le dictó una orden clara. *Vete*. Vete sin mirar atrás. Olvida el bosque y las señales, porque lo que respira ahí dentro no opera bajo ninguna regla que hayas aprendido en toda tu existencia.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn llevaba ignorando el "vete" de su propio cuerpo desde antes de morir. Era una vieja virtud humana: la valentía descalabrada, la imprudencia que se disfraza de nobleza, que la conversión no había borrado. Solo cambiado de caligrafía.

NARRACIÓN: Se dijo que Juno estaba allí, y que si le había enviado una señal, era porque lo necesitaba. Era la lógica de los caballeros tontos.

NARRACIÓN: Siguió andando.

CORTE RÁPIDO — LA HABITACIÓN

(INTERIOR. Sala de muros anchos. Suelo de piedra. Una mesa baja. Dos sillas de madera oscura. Pocos adornos, de origen inidentificable para cualquiera nacido en el último milenio.)

(AISON está sentado frente a la mesa, leyendo un manuscrito antiquísimo apoyado en las rodillas. Túnica oscura, sandalias. El cabello, blanco, le cae sobre los hombros. No son canas.)

(JUNO está de pie, unos pasos detrás de la silla de Aison. Ni cerca ni lejos. Como un satélite en órbita.)

(GLENN entra. Se detiene en el umbral.)

NARRACIÓN: Lo primero que vio no fue a Aison, sino a Juno.

NARRACIÓN: No quedaba en ella nada de la mujer que se reía a carcajadas, ni de la que le había dicho "soy la reina de tus sueños" con el aplomo de quien se cree regente de la noche. Era una Juno menor, reducida, que llevaba demasiado tiempo así como para volver a completarse.

NARRACIÓN: Glenn entendió en ese segundo que ella llevaba un tiempo incalculable en ese estado, mucho antes de las señales. La llamada de auxilio del patio de Virginia había sido, simplemente, la primera vez en siglos que se permitía reconocer que algo andaba mal.

NARRACIÓN: La rabia le llegó a Glenn como un eco dilatado.

(JUNO levanta la vista. Ve a Glenn en el umbral. Su cara se transforma.)

NARRACIÓN: El rostro de Juno hizo lo que pudo en el escaso margen que tuvo. Glenn lo leyó entero, de un vistazo: una advertencia repetida con énfasis distintos. *No. No, no, no. ¿Qué haces? Date la vuelta. Vete.*

NARRACIÓN: Y debajo, otra frase más oscura que Glenn aún no estaba en condiciones de procesar. *Lo siento. No te dije quién era. No te dije qué era. Todo esto es mi culpa.*

(AISON sigue leyendo. No ha levantado la vista.)

(Glenn al fin repara en AISON. Un hombre que podría tener treinta años, o cualquier edad. Bien parecido, de una manera serena y antigua que a Glenn no le interesa.)

NARRACIÓN: Lo que sí registró fue la falta de color. La piel no se leía como piel humana. El cabello parecía blanco desde el momento de la concepción. Y los ojos, fijos en el manuscrito, tenían una descoloración que Glenn no había visto jamás, ni en humanos ni en otros como él.

NARRACIÓN: Cualquiera con un mínimo de instinto habría leído esa rareza como la última

advertencia. Glenn ya había dejado de contar las advertencias de esa noche.

GLENN: *(avanzando un paso, alzando la voz hacia Juno)* Ven.

(Pausa.)

GLENN: Salgamos de aquí.

NARRACIÓN: Llevaba semanas ensayando la intervención. Tenía argumentos preparados, amenazas calibradas. No articuló ninguno frente a la densidad de aquella habitación.

(JUNO cierra los ojos un instante. Un gesto de pura resignación.)

GLENN: *(a Juno, negándose a mirar a Aison)* Vámonos. Ahora. Lo que sea que te retenga aquí no importa. Lo arreglamos después. Ven.

NARRACIÓN: Juno no se movió. Ya sabía lo que iba a ocurrir y calculaba, en el último rincón funcional de su mente, cómo administrar los daños del después.

GLENN: *(subiendo el tono, equivocándose más)* Juno, ¡mírame!

(AISON no levanta la vista. Sus ojos descoloridos siguen recorriendo el texto.)

AISON: *(sin alterar el ritmo, los ojos pasando a la línea siguiente)* Cállate.

NARRACIÓN: La palabra cayó en la sala al mismo tiempo que el ojo izquierdo de Aison terminaba la oración y bajaba al próximo renglón. No parpadeó. No marcó la página. Nada indicó que su atención se hubiera interrumpido.

NARRACIÓN: Lo que más iba a dolerle a Glenn no fue el acto, sino no valer lo suficiente para que el otro levantara la vista. Era una sola palabra, dicha en el tono con que se le ordena a un perro callejero que deje de ladrar.

NARRACIÓN: No funcionó. Glenn abrió la boca para dar una orden más.

(No alcanza a pronunciarla.)

NARRACIÓN: El sonido llegó primero, y no vino de afuera, sino de dentro del propio Glenn. Un sonido para el que ningún organismo está preparado, y que sin embargo su cuerpo produjo. Lo oyó resonar desde su propia caja torácica, con la acústica de quien lo escucha desde la habitación de al lado.

NARRACIÓN: El dolor llegó con retraso. Durante una fracción de segundo, el ruido de su propia destrucción le resultó sencillamente curioso.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Después, el dolor verdadero. Y luego, el suelo.

NARRACIÓN: Glenn no registró la caída. Recordaba haber estado de pie, recordaba estar en el suelo, sin puente entre ambos estados.

(GLENN en el suelo. Boca arriba. La mejilla aplastada contra la piedra fría. No puede moverse. Ningún hueso responde. Solo el cráneo parece haber quedado intacto.)

NARRACIÓN: Glenn intentó hacer inventario. El viejo reflejo de un campesino: comprobar qué partes seguían funcionando después de una pelea, para saber cuáles llevar al curandero.

NARRACIÓN: Empezó por los pies. No respondieron. Las piernas tampoco. Las costillas ya no tenían forma de costillas. Los brazos no estaban. *Los dedos...*

(Aison pasa una página. El roce del papel es nítido en el silencio.)

(Pausa.)

NARRACIÓN: Entonces Glenn vio a Juno. Desde el suelo, en una secuencia fragmentada: primero sus pies avanzando hacia él, después sus rodillas doblándose. Por último, su rostro entrando en el campo visual desde arriba.

NARRACIÓN: Juno no había planificado el movimiento. Y sin embargo se había movido.

NARRACIÓN: Esa era la anomalía. En los siglos que llevaba orbitando alrededor de Aison, había aprendido a no moverse sin calcularlo antes, a pasar cada gesto por una aduana interna que medía si Aison lo autorizaría. Esta vez la aduana se disolvió. El cuerpo actuó, y la mente fue informada del desacato un segundo después.

(JUNO se arrodilla junto a Glenn. Le pone una mano trémula en el rostro.)

JUNO: *(en voz baja, casi para sí)* Estúpido. Estúpido. Estúpido.

NARRACIÓN: Una vez por él, por haber venido. Una por ella, por haber mandado la señal. La tercera ya sin destinatario.

(Detrás de Juno, AISON alza la vista. Observa a la pareja un segundo. Retoma la lectura.)

NARRACIÓN: Juno lo miró un rato. No le estaba pidiendo permiso. Llevaba siglos pidiéndolo, convencida de que ese permiso era lo que la mantenía en la casa. Esta vez lo miró como se mira un objeto del que uno está a punto de desprenderse.

(Aison no vuelve a alzar la vista.)

NARRACIÓN: Al arrodillarse junto a Glenn, Juno había dejado suspendida en el aire (justo sobre la silla vacía donde llevaba siglos de pie) la versión de sí misma que había habitado esa casa. La que se incorporara iba a ser otra mujer. Lo decidió mientras lo atendía.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Deslizó las manos bajo su espalda y sus corvas. Lo levantó, sorprendida un instante por su ligereza.

(Camina hacia la puerta.)

NARRACIÓN: En el umbral, Juno se detuvo un instante. No se volteó.

NARRACIÓN: Era el último gesto que ejecutaría bajo ese techo, y no pensaba hacerlo mirando a Aison. Mirarlo al salir habría significado reconocer que la despedida le pertenecía a él. Y Juno había decidido que la despedida se la debía a sí misma.

NARRACIÓN: Salió hacia el bosque cargando a Glenn .

(Pausa.)

NARRACIÓN: Aison pasó otra página.

(FUNDIDO A NEGRO.)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La enfermera. *EUROPA. ~1785–1786.*

NARRACIÓN: Juno había sido muchas cosas a lo largo de los siglos. Hija. Fugitiva. Viuda de una boda que no llegó a ocurrir. Criatura. Amante. Espejo. Reina de salón.

NARRACIÓN: Enfermera, solo una vez, con un moribundo.

NARRACIÓN: Lo sería una segunda vez.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Lo haría con una torpeza rigurosamente interna. Sus manos sabían moverse, pero su instinto no. Iba a equivocarse con todo el cuerpo presente.

CORTE RÁPIDO — LA CASA EN EL BOSQUE

NARRACIÓN: Era una casa pequeña que Juno le había comprado a un campesino arruinado dos siglos atrás, en uno de esos arranques con los que un inmortal con fortuna llena su mapa de lugares a los que no piensa volver.

NARRACIÓN: Esa noche, al fin, volvió. Y lo hizo cargando un saco de huesos con forma de hombre.

(EXTERIOR. NOCHE. Un claro entre coníferas. La casa: muros de piedra baja, techo de paja, una sola chimenea. La ventana sin luz, porque no hay nadie para encenderla.)

NARRACIÓN: Juno empujó la puerta con el codo. La madera cedió. La cerradura llevaba dos siglos siendo un simple adorno de hierro.

(INTERIOR. Penumbra. Una cama de madera tallada. Una mesa baja. Una silla. Una chimenea apagada. El aire denso por el polvo acumulado en siglos.)

NARRACIÓN: La cama estaba ahí desde el principio. Juno se la había encargado a un ebanista italiano cuando todavía pensaba que iba a usar la casa. Nunca la usó. El mueble había quedado esperando a un huésped que nadie se había molestado en convocar.

NARRACIÓN: Esa noche, dos siglos después, el huésped llegó.

(JUNO entra. Carga a GLENN en brazos. Lo deposita sobre la cama con la minuciosidad que se le tiene a un objeto muy frágil. Todavía no es el cuidado de un cuerpo amado: es el apremio de quien sostiene algo a punto de romperse completamente.)

NARRACIÓN: Le acomodó los brazos a los costados. Le enderezó las piernas. Hizo lo que intuyó que tenía que hacerse con un cuerpo en el estado en el que Aison había dejado el de Glenn.

NARRACIÓN: Lo hizo con la cautela inexperta de una mujer a la que nunca se le permitió acercarse a una cuna, intentando armar a un niño demasiado grande.

(JUNO se queda de pie junto a la cama. Mira a Glenn. No se sienta.)

NARRACIÓN: Tampoco sabía sentarse. No de esa manera. No a velar.

(Pausa larga.)

NARRACIÓN: Aprendería.

CORTE RÁPIDO — LO QUE NO ESTÁ EN EL MANUAL

NARRACIÓN: Lo primero que aprendió fue que un inmortal con todos los huesos astillados no se cura solo.

NARRACIÓN: Aprendió que se cura con sangre. Mucha sangre. Cantidades que rebasaban con creces lo que un cuerpo sano pediría para mantenerse. El drenaje actuaba distinto cuando el objetivo era la reconstrucción y no la simple manutención.

NARRACIÓN: Aprendió, también, que iba a ser ella quien tuviera que traerla. No tenía a nadie en quien delegar.

(EXTERIOR. NOCHE. Un sendero. Juno regresa cargando un cuerpo humano. Lo lleva al hombro sin esfuerzo, como quien acarrea un saco de grano. Entra a la casa. Lo deja caer al lado del lecho con un golpe sordo.)

JUNO: Bebe.

(Glenn no se mueve. Sus ojos buscan los de ella. El cuerpo entero se niega todavía a obedecer orden alguna.)

JUNO: No me hagas tener que hacerlo por ti.

(Pausa.)

GLENN: *(la voz apenas un hilo)* Lo siento.

NARRACIÓN: Juno resopló. Decidió no comentar que, en la práctica, estaba ejerciendo de madre por primera vez en su vida. Habría sonado absurdo.

NARRACIÓN: Pero asumió la carga. Había descubierto que las tareas que se ejecutan sin ponerles una etiqueta se cumplen igual, y a veces hasta mejor.

(Imagen: Juno inclinada sobre Glenn, una mano sosteniéndole la nuca con cuidado, la otra acercando algo que el plano no muestra. Glenn bebe con un esfuerzo visible, cerrando los ojos.)

NARRACIÓN: Glenn no recordaría casi nada de aquellas primeras semanas.

NARRACIÓN: Recordaría el olor de la sangre, que resultaba extrañamente distinto cuando uno la consumía sin haber tenido que cazarla.

NARRACIÓN: Recordaría el techo de la casa y la grieta de una viga que dibujaba una forma parecida a una rama de pino.

NARRACIÓN: Recordaría a Juno entrando y saliendo del cuarto en intervalos horarios que no parecían responder a ninguna lógica.

NARRACIÓN: Pero recordaría, por encima de todo, una sola cosa: que Juno, durante todas aquellas semanas, no le habló de nada que no fuera estrictamente práctico.

NARRACIÓN: No le dijo que lo sentía. No le dijo gracias. No pronunció una sola palabra que pudiera registrarse como un ajuste de saldos entre ellos.

NARRACIÓN: Eso, cuando Glenn tuvo tiempo de pensarlo después, fue lo que más lo sostuvo. Que Juno no estuviera tratando de liquidar ninguna deuda. Que el cuidado, por primera vez en su existencia, no fuera una transacción.

CORTE RÁPIDO — EL PRIMER MOVIMIENTO

NARRACIÓN: *Una mañana, en algún punto difuso del segundo mes, Glenn movió un dedo.*

(INTERIOR. La habitación es la misma. Afuera, un tinte grisáceo confirma que es invierno. JUNO está sentada en la silla. Sus manos pálidas trabajan en un bastidor, trazando un bordado de una complejidad exquisita, punto tras punto, en silencio absoluto.)

(GLENN está tendido boca arriba, como siempre. Y de pronto: el dedo índice de su mano izquierda se levanta unos milímetros en el aire y vuelve a caer sobre la manta.)

GLENN: Mira.

(Juno detiene la aguja. Levanta la vista. Lo ve.)

JUNO: ¿Lo has hecho a propósito?

GLENN: Creo que sí.

JUNO: Hazlo otra vez.

(Glenn lo intenta. El dedo no responde. Lo intenta de nuevo. Tampoco. A la tercera contracción, el dedo obedece y se mueve.)

JUNO: *(sin sonreír, pero con un matiz nuevo en la voz)* Bien.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn cerró los ojos. Para un hombre tendido con el esqueleto hecho añicos, en una cama prestada, dentro de una casa en un bosque que no conocía, esa sola palabra tuvo el peso de un tratado de paz.

CORTE RÁPIDO — LA PREGUNTA QUE LLEVABA VEINTE AÑOS

NARRACIÓN: Glenn lidiaba con una pregunta que se había estado haciendo desde poco después de su conversión. La había mantenido escondida detrás de otras más manejables, como, por ejemplo, por qué él no había podido acercársele a Diana, pero Coltrane sí había podido quedarse a un metro de Annie.

NARRACIÓN: La pregunta de fondo era más pequeña, pero mucho más insidiosa. Era esta: *¿Por qué yo?*

NARRACIÓN: Glenn la había contestado de muchas maneras a lo largo de esos veinte años, y todas de forma errónea. Que había sido por sus facciones. Que había sido por el cabello: ese rojo que llamaba la atención en las tabernas. Que había sido una cuestión de calendario.

NARRACIÓN: O que había sido por nada. Esa había sido siempre la peor de las respuestas posibles: haber sido el resultado de nada.

NARRACIÓN: Esa noche en particular, en algún punto no especificado del cuarto mes, Glenn se atrevió a formular la pregunta en voz alta.

(INTERIOR. NOCHE. La habitación. La chimenea encendida: una de las pocas concesiones de Juno al confort; no al suyo, al de la habitación misma. GLENN está sentado contra el cabecero de madera, los brazos sobre las mantas. Aún no puede caminar, pero ya puede sostenerse sentado durante varias horas. JUNO está en la silla. No borda. Mira el fuego.)

GLENN: ¿Por qué yo?

(Juno no aparta la vista del fuego. Tarda en contestar.)

JUNO: Llevaba tiempo esperando esa pregunta.

GLENN: ¿Cuánto tiempo?

JUNO: Más o menos el mismo tiempo que tú.

(Pausa.)

GLENN: ¿Y ya sabes la respuesta?

JUNO: Casi.

NARRACIÓN: Era la respuesta más honesta que nadie le había dado, y Glenn no la entendió del todo.

NARRACIÓN: Que Juno dijera "*Casi*" significaba que solo poseía la mitad de la respuesta. La otra mitad, la herida real que había provocado su decisión, era incapaz de verla.

NARRACIÓN: Pero le entregó la mitad que tenía, lo cual ya era más de lo que cualquier persona le había dado antes.

JUNO: Te vi en una taberna. No fue la primera vez que te vi. Llevabas meses ahí, tú y tus amigos. Pero esa noche me fijé en ti.

GLENN: ¿Por qué?

JUNO: Porque te reías como alguien que ya no tenía nada que perder.

(Pausa.)

GLENN: No es cierto.

JUNO: Sí lo es. La risa es lo último que se va. Cuando te ríes de la forma en que reías esa noche, es porque ya no queda nada detrás.

NARRACIÓN: Glenn quiso protestar. No pudo: sabía que era cierto, aunque no lo hubiera querido ver entonces.

NARRACIÓN: La Diana de aquella época ya se encontraba agotada. El pequeño Johannes de esos días ya intuía la ausencia que habitaba en su padre. Y él mismo se reía en las tabernas con una intensidad que lograba engañar a los demás, pero no a sí mismo.

(Pausa.)

JUNO: No te elegí por capricho, si es lo que querías saber.

GLENN: *(aliviado)* Sí.

JUNO: Te elegí porque vi algo en ti que reconocía. Algo específico.

GLENN: ¿Qué era?

(Juno tarda. Lo piensa. Se gira y, por primera vez en la noche, lo mira.)

JUNO: Que ibas a poder cargar con lo que te iba a pasar. La mayoría no puede. Se quiebran en los primeros años. Tú no lo hiciste.

NARRACIÓN: Glenn no contestó. Era cierto: no se quebró. Aunque estuvo a escasos milímetros de hacerlo. Dejó que la respuesta se asentara en la habitación.

NARRACIÓN: Lo que Juno no dijo, porque no sabía ponerlo en palabras, era el resto.

NARRACIÓN: Que necesitaba elegir a alguien después de siglos de haber sido, ella misma, elegida. Que el verbo "convertir", en su boca, quería decir algo radicalmente distinto que en la boca de Aison.

NARRACIÓN: En la boca de Juno significaba "ser la causa de". Y para alguien que llevaba dos siglos y medio siendo únicamente el efecto, ser causa de algo era tan urgente como respirar.

NARRACIÓN: Eso Glenn no lo iba a oír esa noche, ni ninguna otra. Pero la mitad que sí oyó le bastó.

NARRACIÓN: Le bastó que Juno hubiera visto algo. Le bastó que ese algo tuviera nombre, aunque el nombre fuera vago. Le bastó saber que su eternidad no había dependido del color de su cabello.

NARRACIÓN: Esa noche Glenn se permitió cerrar los ojos como los cierra un inmortal exhausto: el cuerpo quieto, la mente apagándose por tramos. Era la primera vez en años que lo hacía sin el peso de la pregunta solapada en la nuca.

(Pausa.)

NARRACIÓN: La pregunta no se fue del todo. Solo se redujo un poco. Consideró que eso era todo lo que podía pedir.

CORTE RÁPIDO — LO QUE JUNO NO HABÍA DICHO NUNCA

NARRACIÓN: La reciprocidad llegó dos meses después, sin previo aviso.

(INTERIOR. Tarde. Glenn ya puede caminar, aunque despacio. Está sentado en el suelo frente a la chimenea. Es una decisión inusual, considerando que tiene una cama y una silla, pero a veces los cuerpos en convalecencia eligen el suelo porque el suelo no exige equilibrio. Juno está sentada junto a él. Los dos miran el fuego.)

GLENN: ¿Cómo te encontró?

(Juno tarda en entender. Cuando comprende, cierra los ojos un momento.)

JUNO: ¿Hablas de Aison?

GLENN: Sí.

(Pausa larga.)

JUNO: Yo me estaba muriendo.

NARRACIÓN: Era la frase más desnuda que Juno había pronunciado sobre sí misma en doscientos cincuenta años. A lo largo de ese tiempo la había contado de muchas maneras: adornada, ironizada, escondida en chistes mundanos. Pero nunca así, sin envoltorio.

JUNO: La peste. En Francia. Era joven. Estaba tirada en una calle, en un rincón. Apestaba como si ya estuviera muerta. Y entonces apareció él.

GLENN: ¿Y qué te dijo?

JUNO: Me preguntó si quería vivir.

GLENN: ¿Qué le respondiste?

JUNO: Le dije que sí.

(Pausa.)

JUNO: He pasado más de dos siglos y medio preguntándome si fue la respuesta correcta.

NARRACIÓN: Glenn no contestó. Sabía mejor que nadie que no había nada que decir. Que había preguntas que un inmortal le hace al fuego, y no a otro inmortal.

NARRACIÓN: Pero hizo una cosa que Juno, en doscientos cincuenta años, no había recibido nunca: le tomó la mano.

NARRACIÓN: No lo hizo con dramatismo. La tomó como se toma la mano de alguien sentado al lado

de uno frente a una chimenea: sin más implicaciones que la existencia misma del gesto.

NARRACIÓN: Juno miró ambas manos entrelazadas con genuina curiosidad. Como si observara un fenómeno desconocido, que no había experimentado antes y que estaba ocurriendo con total independencia de su voluntad.

NARRACIÓN: No la retiró. Y eso, para una mujer que llevaba siglos calculando cada gesto, fue lo más parecido a un experimento.

(Pausa larga.)

NARRACIÓN: Se quedaron así hasta que la chimenea pidió más leña. Cuando Juno se levantó para echarla, soltó la mano de Glenn con la naturalidad de quien asume que volverá a recogerla más tarde.

NARRACIÓN: Y Glenn entendió, sin necesidad de confirmarlo, que así sería.

CORTE RÁPIDO — EL BORDADO

NARRACIÓN: La pieza se terminó una tarde de marzo, seis meses y once días después de la primera puntada. Juno cortó el hilo con los dientes. Miró el bastidor el tiempo justo para confirmar que el trabajo estaba concluido, y lo dejó sobre la mesa sin más ceremonia.

(GLENN está de pie por primera vez en mucho tiempo. Camina aún con cierta rigidez, pero camina. Se acerca a la mesa y mira la tela.)

NARRACIÓN: Lo que vio fue un intrincado campo de flores diminutas sobre un fondo oscuro. Decenas. Cientos, quizá. Cada una resuelta con una paciencia que Glenn no sabía ni empezar a evaluar.

NARRACIÓN: Reconoció algunas (las margaritas, las violetas) e ignoró los nombres del resto. Lo que sí supo, sin haber visto nunca una pieza semejante, fue que estaba mirando algo que no se producía en ningún sitio al que él hubiera tenido acceso en su vida.

GLENN: Juno.

JUNO: ¿Qué?

GLENN: ¿Qué es esto?

(Juno levanta la vista. Evalúa la tela en su totalidad. La toma con un movimiento rápido y eficiente y la dobla. Se la tiende a Glenn.)

JUNO: Puedes quedártelo.

GLENN: ...

JUNO: Pero no te hagas ideas. No lo hice pensando en ti. Solo necesitaba mantener las manos ocupadas.

NARRACIÓN: Glenn recibió la tela con las dos manos, porque algo en el peso de la pieza (que era físicamente ligera) le exigía usar las dos manos. No supo qué decir. Optó por el silencio.

NARRACIÓN: Lo que Glenn no sabía, y lo que nunca llegaría a confirmar, era que esa era la primera pieza que Juno le entregaba deliberadamente a alguien en toda su existencia.

NARRACIÓN: No la había abandonado en un sillón, ni se la había cedido por descuido a alguna doncella de paso. Estaba siendo entregada, con la mano extendida, mirando al otro a los ojos, y pronunciando la palabra *quédatelo*.

NARRACIÓN: Todas las obras anteriores de Juno se habían esparcido por el mundo a través del abandono o la indiferencia. Esta, no.

NARRACIÓN: Por supuesto, Juno tampoco lo formuló jamás en esos términos. Tras entregar la tela, se volvió hacia el fuego, porque las llamas empezaban ya a menguar, y los troncos, después de todo, no se echaban solos.

CORTE RÁPIDO — LA CASA SIN PACIENTE

NARRACIÓN: Poco más de seis meses después de la noche de los huesos, Glenn caminó hasta la puerta sin sostenerse en nada.

NARRACIÓN: La empujó con el codo, como había visto hacer a Juno. La madera cedió. La cerradura seguía siendo un mecanismo inservible.

(EXTERIOR. ATARDECER. El claro entre coníferas. Glenn está de pie en el umbral. Juno, a sus espaldas, permanece dentro de la casa.)

JUNO: ¿Adónde vas?

GLENN: A ver si todavía sé caminar.

JUNO: Ya sabes que sí.

GLENN: Déjame confirmarlo.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn caminó. No mucho: unos cien pasos, en línea recta, hasta el tronco del primer árbol. Tocó la corteza con la mano, como un niño que toca la pared al final de una carrera. Luego dio la vuelta.

NARRACIÓN: Cuando llegó de regreso a la puerta, Juno seguía ahí.

JUNO: Estás listo.

(Glenn asiente.)

(Pausa.)

NARRACIÓN: Ninguno de los dos articuló lo que ambos sabían: que "listo" significaba algo más que estar curado. Significaba que la cabaña, a partir de ese instante, dejaba de tener justificación operativa. Que un enfermo curado es, por definición, un huésped que se marcha. Y que un huésped que no se marcha es algo distinto: una categoría para la que ninguno de los dos tenía una definición disponible.

NARRACIÓN: Glenn no se fue ese día. Ni al siguiente.

NARRACIÓN: Pero ambos sabían que la partida era un hecho.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Se marcharían varias semanas después. Recorrerían el camino juntos hasta el primer cruce, y luego tomarían direcciones opuestas.

NARRACIÓN: Juno volvería a las capitales y a los salones, recogiendo desde fuera el hilo de lo que había dejado en pausa el día que arrastró a Glenn hacia el bosque. Glenn iría a otro sitio, todavía sin saber exactamente a cuál.

NARRACIÓN: La casa se quedó vacía. La cama de madera tallada se quedó esperando, otra vez, a un huésped que no iba a llegar por siglos. La cerradura seguiría siendo inútil.

NARRACIÓN: Lo que no se quedó atrás, ni en la casa ni en ninguno de los dos, fue lo otro. Lo otro lo cargaron consigo el resto de sus respectivas existencias.

NARRACIÓN: Glenn no volvió a sufrir bajo el peso de su pregunta. Y Juno no volvió a soltar la mano de nadie asumiendo que podría recogerla más tarde.

NARRACIÓN: Fue el vínculo más profundo que iban a tener. Y los dos, en estricto silencio, lo sabían.
(*FUNDIDO A NEGRO.*)

CAPÍTULO 1 — GLENN

Glenn al fin está solo. *EUROPA. Siglo XIX*

NARRACIÓN: Hay una clase de soledad que se elige y una clase de soledad que se hereda. La de Glenn, esa primera mañana después del cruce de caminos, era de la segunda clase.

NARRACIÓN: A primera vista parecía libertad: tenía un cuerpo que volvía a obedecerle. Tenía dinero suficiente para cruzar fronteras sin dar explicaciones. Tenía las dos lenguas con las que se había criado y un par más a medio aprender.

NARRACIÓN: Y sobre todo, no tenía a nadie esperándolo en ningún sitio. Para un hombre que llevaba veinte años calculando la hora exacta de sus regresos, esa ausencia se sintió, durante los primeros meses, como haberse quitado una carga de encima.

NARRACIÓN: Lo que tardó en notarse fue el otro lado del asunto. El problema de soltar todas las cargas es que uno olvida que la carga era también el contrapeso. Y un cuerpo sin contrapeso, aunque al principio parezca más ligero, termina con el tiempo girando solo sobre su propio eje.

(*Pausa.*)

NARRACIÓN: Glenn pasó casi todo el siglo XIX así.

CORTE RÁPIDO — EL CRUCE DE CAMINOS

(*Un camino del norte. Amanece sin entusiasmo. Hay barro en las roderas y dos pares de huellas que se separan ahí mismo: las de Juno hacia el este. Las de Glenn hacia el sur.*)

(*Juno se detiene un momento. No mira atrás. Glenn tampoco. Habían agotado todo lo que tenían que decirse durante los seis meses anteriores, y los dos sabían que cualquier cosa que añadieran ahora sería mero adorno.*)

JUNO: (*sin voltear*) Escribeme.

GLENN: ¿A dónde?

JUNO: Hallarás la manera.

NARRACIÓN: Era la frase más generosa que Juno sabía pronunciar, y Glenn la reconoció como tal. Significaba que ella confiaba en que él la encontraría, y que ella, por su parte, no iba a dejarse encontrar fácilmente. Un pacto de búsqueda y resistencia disfrazado de despedida.

(*Glenn asiente aunque ella no lo ve. Se ajusta el cuello del abrigo. Empieza a caminar.*)

NARRACIÓN: A los cien pasos cayó en cuenta de que era la primera vez en su existencia que caminaba sin un destino ni una persona aguardando del otro lado.

NARRACIÓN: Era una libertad concreta.

NARRACIÓN: Le duró unos diez minutos.

CORTE RÁPIDO — LA PRIMERA OFICINA

(Una ciudad portuaria del norte. Año indeterminado, finales del siglo XVIII tirando ya al XIX. Glenn ha alquilado una habitación encima de una imprenta. Se ha hecho con una mesa, una lámpara, dos sillas, un libro mayor y una pluma. Una oficina estrictamente funcional. Fea, sin paliativos.)

(GLENN está sentado tras la mesa. Frente a él, un HOMBRE de unos cuarenta años, prestamista o algo de esa calaña, suda visiblemente.)

EL HOMBRE: Le aseguro que la suma estará completa para fin de mes.

GLENN: Estará completa esta semana.

EL HOMBRE: Es imposible.

GLENN: *(tranquilo)* Es imposible para usted.

NARRACIÓN: Glenn había descubierto, con la sorpresa de un hombre que a los cincuenta años descubre tener buen oído para un idioma que nunca ha estudiado, que poseía un talento específico para esto.

NARRACIÓN: El talento estaba en la quietud. La fuerza la tenía cualquier matón de muelle; lo raro era la capacidad de quedarse sentado, mirando, sin alterar un solo músculo, mientras al otro le pasaba por dentro todo lo que tenía que pasarle.

NARRACIÓN: Era porque estaba un poco muerto. Solo un muerto puede sostener una pausa así.

NARRACIÓN: Los vivos siempre acaban llenando el silencio con algo, aunque sea con un suspiro, porque tienen un reloj en contra. Glenn ya no lo tenía.

NARRACIÓN: Los hombres como el que ahora sudaba enfrente sentían la diferencia sin poder catalogarla. Entendían que la persona del otro lado de la mesa no parecía tener prisa, ni miedo, ni nada en juego. Eso era lo que los descomponía.

GLENN: Esta semana. Lo reitero para dejar constancia.

EL HOMBRE: *(después de una larga pausa)* Esta semana.

(Glenn asiente.)

NARRACIÓN: No le levantó la voz a ese hombre. No tuvo que hacerlo casi nunca con ninguno. Le bastaba con sentarse y esperar. Era casi indecente lo bien que se le daba.

(Pausa.)

NARRACIÓN: E igualmente obsceno lo poco que le costaba.

CORTE RÁPIDO — EL MÉTODO

NARRACIÓN: Glenn aprendió temprano que el oficio tenía pocas reglas, pero que ninguna admitía margen de excepción.

NARRACIÓN: La primera era no aparecer enfadado. El enfado era un recurso de aficionados. Un hombre que se enfada está pidiéndole al otro que le tenga miedo, y los hombres que piden miedo casi siempre acaban no recibéndolo. Glenn no pedía nada. Eso era lo aterrador.

NARRACIÓN: La segunda era no amenazar con lo que no estaba dispuesto a ejecutar. Las amenazas vacías eran como cheques sin fondos: tarde o temprano alguien iba a ir al banco a cobrar. Glenn nunca emitió un cheque sin fondos.

NARRACIÓN: La tercera era no intervenir en persona si podía evitarlo. No por delicadeza, sino por eficiencia operativa. La presencia de Glenn durante un acontecimiento era un dato comprometedor que la operación no requería. Cualquier borracho podía partirle un brazo a otro hombre. Glenn no contrataba matones borrachos. Contrataba hombres metódicos, les asignaba una buena paga, y se iba a otra ciudad cuando hacía falta.

NARRACIÓN: La cuarta, y la más importante, era no dejar deudas vivas. Si un hombre le debía dinero, o ese dinero entraba, o ese hombre dejaba de existir. No había una tercera categoría.

NARRACIÓN: Esto, aunque sonaba bárbaro, era en realidad la parte más limpia del oficio. Otros prestamistas vivían de la deuda renovada, de los intereses prorrogados, de la angustia perpetua del deudor. Glenn no. Glenn no quería angustia. Quería cierre.

NARRACIÓN: Toda cuenta se cerraba en una fecha límite, y a partir de esa fecha ya no existía. Era casi una ética de trabajo, si uno la miraba desde un determinado ángulo. No desde cualquier otro.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn no se molestaba en mirarla desde otro ángulo.

CORTE RÁPIDO — LAS ARMAS

NARRACIÓN: Lo de las armas le llegó por accidente, como casi todo lo que acabaría definiendo su fortuna.

NARRACIÓN: Un cliente, incapaz de pagar en moneda, le ofreció un cargamento de fusiles de avacarga que tenía guardado en un almacén de Amberes. Glenn aceptó pensando que los revendería en una semana y se quitaría el problema de encima.

NARRACIÓN: Tardó tres días. Triplicó la cifra de la deuda original.

NARRACIÓN: Lo pensó esa noche, sentado en una posada, fumando con la mirada fija en el techo. Pensó: *esto es más fácil que el dinero.*

NARRACIÓN: Pensó: *el dinero es una idea que un país puede dejar de respaldar mañana. Un fusil no. Un fusil es un fusil. Pesa lo mismo aquí que en cualquier otro lugar. Siempre hay alguien que lo quiera, en algún sitio, por alguna razón que a mí no me concierne.*

NARRACIÓN: Esa última frase fue la que le selló el oficio. *Por alguna razón que a mí no me concierne.* La adoptó como un mantra administrativo, extensión natural de su norma de no preguntar.

NARRACIÓN: Cuando un comprador venía a preguntar el precio, Glenn daba el precio. Cuando pagaba, entregaba. No averiguaba a quiénes iban a apuntar los fusiles, ni en qué guerra, ni bajo qué bandera. El siglo era pródigo en guerras y banderas. Siempre había una nueva. Siempre había compradores nuevos.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn había sido un campesino irlandés. Había crecido viendo a su padre regatear por una vaca. Lo de los fusiles, pensándolo en frío, era exactamente igual a lo de la vaca, solo que con más ceros. No había mayor diferencia.

NARRACIÓN: Eso fue lo que se dijo a sí mismo.

NARRACIÓN: Se lo dijo durante mucho tiempo. Y se lo creyó casi siempre.

CORTE RÁPIDO — LOS PROXIES

NARRACIÓN: La primera vez que Glenn no apareció en persona para una negociación importante, se sintió expuesto. No duró mucho. Una semana después, se sintió aliviado. Luego, simplemente, se olvidó de que alguna vez había sido necesario estar presente.

NARRACIÓN: Para el año mil ochocientos treinta tenía cinco hombres respondiendo por él en cinco ciudades. Para mil ochocientos cincuenta tenía catorce.

NARRACIÓN: Ninguno conocía a los demás. Ninguno había visto a Glenn en años. Algunos no estaban completamente seguros de que existiera: recibían instrucciones por carta, remesas por valija, indicaciones de itinerario por mensajero. Hacían lo que se les pedía. Cobraban bien.

NARRACIÓN: Glenn aprendió, durante esos años, que no hay nada más eficiente para el ejercicio del poder que una ausencia bien organizada.

NARRACIÓN: Un hombre presente puede ser herido, sobornado, leído. Una ausencia no. Una ausencia solo puede ser obedecida.

NARRACIÓN: Para alguien que, por naturaleza, ya habitaba a medio camino entre la presencia y la ausencia, fue un descubrimiento casi cómodo. Casi natural. Como si el oficio se hubiera diseñado para criaturas como él, y los humanos solo lo hubieran estado imitando torpemente desde hacía décadas.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Esa era una de las cosas que Glenn pensaba a veces, sentado a solas frente a la chimenea de alguna villa que le pertenecía y a la que no había vuelto en dos años. Que el dinero, la deuda y la amenaza eran inventos humanos emulando, con dificultad, algo que los muertos hacían sin esfuerzo.

NARRACIÓN: Que él, simplemente, operaba con ventaja. Que no era un mérito. Era una desigualdad estructural.

NARRACIÓN: Eso último, lo de la desigualdad estructural, era la clase de pensamiento que un Glenn más joven habría rechazado por desagradable. Este Glenn lo aceptó con una ligereza que él mismo notó.

CORTE RÁPIDO — LA AUDIENCIA

(Un despacho privado. Finales de siglo. Probablemente Bruselas, o Viena. La luz es la misma en todas esas ciudades. Cortinas pesadas. Un fuego bajo en la chimenea. Lámparas de gas. La mesa de GLENN, demasiado limpia, es el indicio claro de que casi todo el trabajo ya se ha hecho antes de llegar a ella.)

(Glenn fuma. Firma un documento. No levanta la vista cuando se abre la puerta.)

(Dos HOMBRES de abrigo oscuro entran trayendo a un tercero. Es KAUFMANN: cincuenta años, un buen traje arruinado, cuatro días sin afeitarse. Ni atado ni libre. Lo depositan en la silla frente a la mesa. Los dos hombres dan dos pasos atrás y se quedan flanqueando la puerta. No salen.)

(Glenn termina de firmar. Luego levanta la vista.)

GLENN: Señor Kaufmann.

KAUFMANN: Señor.

GLENN: Llevo varios días debiéndole esta conversación. Le pido disculpas por la demora.

NARRACIÓN: Que un hombre como Glenn pidiera disculpas por la demora solía descomponer al interlocutor. La cortesía era una forma de violencia. Glenn lo sabía y la usaba, sin cinismo.

KAUFMANN: No tiene importancia, señor.

GLENN: La tiene para usted. Ha pasado los últimos cuatro días en una habitación sin ventanas. Estoy seguro de que no ha sido cómodo.

KAUFMANN: He estado en sitios peores.

GLENN: *(sin sonreír)* No lo dudo.

(Pausa.)

GLENN: ¿Sabe por qué está aquí?

KAUFMANN: Tengo una idea.

GLENN: Me gustaría oírla.

KAUFMANN: *(despacio)* Por la operación de marzo.

GLENN: Sea más específico.

KAUFMANN: Por la decisión que tomé, en marzo, sin consultarle.

GLENN: Esa formulación es demasiado generosa con su persona, señor Kaufmann. Reformúlela.

(Pausa larga. Kaufmann respira por la nariz.)

KAUFMANN: Por haberle desobedecido en marzo.

GLENN: Mejor.

NARRACIÓN: Al exigir la corrección, Glenn le estaba enseñando a aquel hombre, en los últimos minutos lúcidos que iba a tener antes de que se le cerrara la garganta de miedo, a llamar a las cosas por su nombre. Una pedagogía, la única que Glenn ofrecía ya en esos años, y solo en esta clase de circunstancias.

KAUFMANN: Señor Sheridan, si me permite—

GLENN: No use mi apellido. Nadie lo hace. No es un buen momento para empezar a hacerlo.

KAUFMANN: Disculpe.

GLENN: No tiene por qué disculparse, solo se lo estoy explicando.

(Pausa.)

GLENN: Continúe.

KAUFMANN: Llevo doce años a su servicio.

GLENN: Once años y siete meses, según el contrato. Continúe.

KAUFMANN: He trabajado bien para usted.

GLENN: *(ladeando la cabeza)* En general, sí.

KAUFMANN: Lo de marzo fue una decisión apresurada. Tenía información parcial, y—

GLENN: La información era completa. El mensajero que mandé a Lyon le entregó a usted los seis sobres. Tengo el recibo firmado por su mano. Lo que usted tenía era prisa, no información parcial. Y la

prisa, en su caso, costó dieciocho mil francos y la confianza de un cliente que llevaba cuarenta años haciendo negocios con esta casa.

GLENN: Le doy otra oportunidad.

(Kaufmann cierra los ojos. Glenn espera: no tiene prisa.)

KAUFMANN: *(en voz baja)* Tengo esposa.

GLENN: Lo sé.

KAUFMANN: Tengo cuatro hijos.

GLENN: Ajá.

KAUFMANN: ¿Sabe cómo se llaman?

GLENN: No.

NARRACIÓN: Era una pregunta que llegaba siempre, en algún momento, en estas conversaciones. El hombre acorralado intenta volverse, ante los ojos del otro, en algo más que una entrada en un libro mayor. Ofrece una mujer específica, hijos específicos, edades, oficios, creyendo que el detalle lo defenderá. Nunca lo defendía.

KAUFMANN: Helene. Y los niños son Friedrich, Maria, Anna y el pequeño se llama Otto.

GLENN: No recuerdo habérselo preguntado.

KAUFMANN: Se lo he dicho de todos modos.

GLENN: Ya.

(Pausa.)

KAUFMANN: ¿Le da igual?

NARRACIÓN: Era una buena pregunta. Glenn mismo se la había formulado a Juno varias veces, hace decenios. No podía ofrecerle la respuesta correcta, pero sí algo parecido.

GLENN: No me da igual, señor Kaufmann. Es, de hecho, todo lo contrario.

KAUFMANN: *(confundido)* ¿Cómo?

GLENN: Si me diera igual, podría ser flexible. La indiferencia, contrariamente a lo que se cree, es lo que da margen de maniobra. La disciplina no la da.

GLENN: Yo no puedo permitirme tratar de manera distinta a un hombre que tiene cuatro hijos y a uno que vive solo con su perro. En el momento en que lo permitiera, mañana lo sabrían los demás, y la siguiente decisión no la tomaría yo: la tomaría el primero que adivinase qué argumento me ablanda.

(Pausa.)

GLENN: Y a partir de ahí, mi negocio se acaba en seis meses. Y con él, los sueldos de varios cientos de hombres como usted, que también tienen Helenes y Friedrichs en sus casas. Eso es lo que me importa. No sus hijos. Los de otros.

KAUFMANN: Eso es una racionalización.

GLENN: Lo es. No veo el problema.

(Pausa larga.)

NARRACIÓN: Kaufmann hizo dos cosas en los segundos siguientes. La primera fue mirar a Glenn

como uno mira un edificio que comprende que no va a poder escalar. La segunda fue dejar caer los hombros, porque ya no había a quién seguir convenciendo.

KAUFMANN: ¿Hay una manera de pagarlo?

GLENN: Por supuesto.

KAUFMANN: ¿Cómo?

GLENN: Con lo que le sucederá ahora.

NARRACIÓN: Glenn no especificó. No hacía falta: lo que le iba a pasar lo sabían los hombres del fondo de la habitación, lo sabía Glenn, lo iba a saber Kaufmann en cuestión de minutos. Decirlo en voz alta no iba a cambiar nada.

GLENN: Solo le pido un último favor.

KAUFMANN: *(con un eco de ironía amarga)* Por supuesto.

GLENN: No se resista. No le servirá de nada y solo alargará lo inevitable.

KAUFMANN: *(después de una pausa)* De acuerdo.

GLENN: Gracias, señor Kaufmann.

NARRACIÓN: El "gracias" lo dijo en serio. Era la única parte de la conversación que no era estrictamente necesaria.

(Glenn hace un gesto pequeño con dos dedos. Los dos hombres se acercan. Kaufmann se levanta sin que tengan que tocarlo. Camina hacia la puerta entre ellos. Antes de salir, se gira un momento.)

KAUFMANN: ¿Va a acordarse de mi nombre la semana que viene?

GLENN: *(sin levantarse)* No, señor Kaufmann.

KAUFMANN: *(derrotado)* Bien.

NARRACIÓN: La palabra "bien" salió de la boca de Kaufmann en el mismo tono exacto en el que Juno la había usado, años atrás, el día en que Glenn había logrado mover un dedo por primera vez después de tener el esqueleto entero hecho pedazos.

NARRACIÓN: Lo notó. No se le había concedido permiso para notar cosas así desde hacía décadas, pero las notaba igual.

NARRACIÓN: Lo cual no significaba, para nada, que fuera a hacer algo con ellas.

(Kaufmann sale. La puerta se cierra. Glenn permanece sentado.)

(Pausa larga.)

NARRACIÓN: Lo único que hizo Glenn esa tarde fuera del procedimiento previsto fue lo siguiente.

NARRACIÓN: Cuando los hombres del fondo volvieron, una hora después, a confirmar que todo había seguido su curso, Glenn ya tenía sobre el escritorio una hoja con instrucciones detalladas: una asignación mensual, modesta pero suficiente, a una cuenta a nombre de Helene Kaufmann, viuda, sin remitente.

NARRACIÓN: Que se mantuviera durante veinte años. Que no llevara nombre ni firma. Que si alguno de los Kaufmann (Friedrich, Maria, Anna, Otto) preguntara alguna vez quién la enviaba, la respuesta oficial fuera: "un acreedor de su padre que prefería liquidar la deuda".

(Le entrega la hoja al hombre. El hombre la lee. Levanta las cejas, milímetro y medio, antes de

devolverlas a su sitio original.)

EL HOMBRE: ¿Algo más, señor?

GLENN: No. Váyanse.

NARRACIÓN: Cuando se quedó solo, Glenn aplastó el cigarro en el cenicero y encendió otro. No miró por la ventana. No se levantó. No fue al espejo. Se quedó sentado durante una hora exacta, que midió por las campanadas.

NARRACIÓN: Esa hora no se la confesó a nadie. No tenía a quién. Y aunque hubiera tenido a alguien, jamás la habría llamado por su verdadero nombre: *duelo*.

NARRACIÓN: Y el duelo, en el patrimonio interno del Glenn de aquellos años, era una columna peligrosa que él bajo ningún concepto se permitía abrir. Así que no se entretuvo en ella.

NARRACIÓN: La hora terminó. La tinta no se había secado. Se sirvió un brandy que no iba a beber y siguió firmando los papeles que tenía pendientes desde la mañana.

NARRACIÓN: Si alguien le hubiera dicho a Glenn esa noche "lo que hiciste hoy se va a sumar al resto", Glenn habría asentido educadamente y no habría sabido qué se le estaba diciendo.

CORTE RÁPIDO — EL EXTRAÑO EN LA NOCHE

(Una calle cualquiera. Una ciudad cualquiera. Tarde de invierno, ya casi noche.)

(Glenn camina sin prisa. Lleva un abrigo bueno, de los que absorben la luz.)

(En el portal de un edificio cerrado hay un HOMBRE sentado en el suelo. Cincuenta y pico, harapos, una manta sobre las rodillas, un perro flaco al lado. Le ha pedido limosna a tres personas antes de que pase Glenn. Las tres han seguido de largo.)

(Glenn se detiene.)

GLENN: Buenas tardes.

EL HOMBRE: *(parpadea, no acostumbrado a que le hablen)* Buenas.

GLENN: ¿Hace mucho que está usted aquí?

EL HOMBRE: *(con cierta sospecha)* ¿Es usted de la policía?

GLENN: No.

EL HOMBRE: ¿Es usted cura?

GLENN: *(con una sonrisa minúscula)* Tampoco.

EL HOMBRE: ¿Entonces qué le importa?

GLENN: Buen punto.

(Glenn se acuclilla. La manera en que lo hace, sin arrugar inútilmente el abrigo, sin tocar el suelo con la rodilla, indica que ha aprendido a ponerse a la altura de hombres como este sin hacer aspavientos.)

GLENN: Le hago una propuesta. Le pago una cena caliente y un trago. Usted me cuenta cómo acabó aquí. ¿Le parece?

EL HOMBRE: *(con una pausa larga)* ¿Y si la historia no le gusta?

GLENN: La cena se paga por adelantado. La historia es un extra.

NARRACIÓN: El hombre dudó unos segundos más, calculando la oferta. Glenn esperó sin presionarlo.

NARRACIÓN: Era exactamente la misma quietud con la que esperaba la rendición de los prestamistas; pero esa quietud, dirigida hacia un mendigo en un portal, producía un efecto colateral distinto.

NARRACIÓN: El hombre, que había olvidado lo que era ser esperado por alguien, asintió.

CORTE RÁPIDO — UNA TABERNA. UNA HORA DESPUÉS

(El hombre come como un animal. El perro, debajo de la mesa, espera las migas. Glenn lo mira sin impaciencia, fumando.)

NARRACIÓN: La historia que el hombre le contó esa noche tenía las partes esperables (un trabajo perdido, una mujer enferma, un médico caro, un préstamo, otro préstamo) y una parte que Glenn no esperaba.

NARRACIÓN: El hombre había sido relojero. Había fabricado relojes pequeños, de bolsillo, con mecanismos que él mismo se había inventado. Tenía las manos arruinadas ya, pero las explicaba con una vivacidad que el resto del relato no contenía. Glenn lo escuchó sin interrumpir.

NARRACIÓN: Cuando el hombre terminó, Glenn sacó de un bolsillo interior una cantidad considerablemente mayor de lo que correspondía a una cena con historia. La dejó sobre la mesa.

EL HOMBRE: Es demasiado.

GLENN: Quizá.

EL HOMBRE: ¿Por qué?

GLENN: *(despacio)* Porque me gustó la parte de los relojes.

NARRACIÓN: Glenn se levantó. Se ajustó el abrigo. Antes de salir, le dejó al perro la carne de su propio plato, que no había tocado.

NARRACIÓN: Ya en la calle, caminando hacia su carruaje, registró un pensamiento en el que no quiso detenerse mucho rato: que esa noche, escuchando a un relojero arruinado hablar de mecanismos, había estado más despierto que en todos los meses anteriores.

NARRACIÓN: Era un dato que le haría dudar de todo su oficio si se permitía mirarlo de frente.

NARRACIÓN: No se lo permitió. Subió al carruaje. Le dijo al cochero la dirección de la villa.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Aun así, durante años, en distintas ciudades, repitió el experimento. Una cena, una historia, un sobre con dinero. No ayudaba a la misma persona dos veces.

NARRACIÓN: Fue, durante todo el siglo, el único hábito que no producía dividendos ni protegía territorio. La única columna del libro mayor que iba siempre en negativo y que él nunca se molestó en cuadrar.

NARRACIÓN: Si le hubieran preguntado por qué lo hacía, no habría sabido contestar. Si le hubieran preguntado a Coltrane, Coltrane probablemente lo habría resuelto en una sola frase; pero a Coltrane no se lo iba a preguntar nadie y, en cualquier caso, Coltrane no estaba.

CORTE RÁPIDO — LAS PRIMERAS PAREDES

(Una villa en algún sitio del centro de Europa. Salones vastos. Glenn, solo, con un cigarro, recorriendo las paredes recién pobladas de obras.)

NARRACIÓN: Compró el primer cuadro porque la pared estaba vacía y el vacío le molestaba.

NARRACIÓN: Compró el segundo porque el mercader con el que había tratado le había caído en gracia.

NARRACIÓN: Compró el tercero porque empezaba a entender que los lienzos tenían un mercado propio, y que ese mercado obedecía a leyes que él ya conocía de sobra: oferta, escasez, deseo, paciencia.

NARRACIÓN: Para el quinto cuadro, había dejado de pensar en las paredes. Empezaba a pensar en los cuadros.

NARRACIÓN: Glenn estaba aprendiendo a mirar cuadros con la atención con la que otro hombre miraría un campo o una mujer. Estaba aprendiendo a quedarse media hora inmóvil frente a un retrato que no hubiera salido de sus propias manos. Estaba aprendiendo a estudiar a personas pintadas por terceros.

(Pausa.)

NARRACIÓN: De qué le iba a servir esa destreza, Glenn no lo sabía. Asumió que no le serviría para nada.

NARRACIÓN: La mayoría de las cosas que un inmortal aprende no le sirven para nada.

CORTE RÁPIDO — LA CARTA NO ESCRITA

(Un escritorio. Una lámpara. Papel limpio. Tinta. Pluma. Glenn sentado, con la pluma en la mano. Mira el papel con una expresión que no es la de quien no tiene nada que decir, sino la de quien tiene demasiado y no sabe por dónde empezar.)

(Escribe en el encabezado:)

Coltrane,

(Mira las dos sílabas. Las tacha. Escribe debajo:)

Johannes,

(Mira las tres sílabas. Las tacha también. Vuelve a empezar.)

Coltrane,

(Esta vez deja el nombre. Apoya la pluma. Espera.)

NARRACIÓN: Lo que Glenn quería decirle se reducía, en realidad, a una sola cosa: quería comunicarle que estaba bien.

NARRACIÓN: No el "estoy bien" de la fórmula social. Quería decírselo en un sentido estrictamente literal: que seguía existiendo. Que no había muerto en una alcantarilla de París. Que la finca de Virginia podía seguir contando con la asignación mensual, y que ningún acreedor iba a presentarse a reclamarle a Coltrane lo que no le correspondía.

NARRACIÓN: Lo que Glenn no quería decirle, lo que ya entonces sabía que jamás iba a poner en papel, era el resto del balance.

NARRACIÓN: Que llevaba años sin acordarse de Diana. Que llevaba más años aún sin acordarse del hijo que habían tenido los dos. Que poseía villas en sitios que el granjero de mil setecientos sesenta y cuatro no habría sabido ni pronunciar.

NARRACIÓN: Que había ordenado la muerte de hombres a los que nunca había visto. Que había vendido fusiles a compradores a los que nunca había mirado de frente.

NARRACIÓN: Que el irlandés que había aceptado una invitación para ir a la fiesta de Holland ya no existía, ni iba a existir nunca más. Que este Glenn, el de ahora, era lo único que había quedado en su lugar. Un saldo que ya no estaba seguro de si valía la pena seguir firmando con el mismo nombre.

NARRACIÓN: No podía escribir nada de eso. El problema no era el espacio: era que, en cuanto trazaba una línea, la siguiente ya exigía la otra.

NARRACIÓN: A las cinco líneas, Glenn ya no estaría escribiéndole a Coltrane, sino confesándose con él. Y Coltrane no se había ofrecido para tal función, ni se ofrecería nunca, ni le perdonaría a Glenn el mero hecho de haberlo pensado.

(Pausa larga.)

NARRACIÓN: Tachó "Coltrane" otra vez.

NARRACIÓN: Esa noche escribió, en cambio, una breve carta a su contable en Filadelfia. Ordenaba que la asignación mensual destinada a la finca se incrementara en un veinte por ciento, sin ofrecer explicación.

NARRACIÓN: El contable, que llevaba años sin pedir explicaciones, ejecutaría la orden al día siguiente. Coltrane notaría el aumento. No preguntaría. Lo invertiría.

NARRACIÓN: Esa sería la conversación entre los dos durante las siguientes décadas. Cifras que subían en silencio. Confianza que no llevaba palabras encima. Cariño que no se firmaba.

NARRACIÓN: A Glenn le pareció, esa noche, que era casi suficiente.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Casi.

CORTE RÁPIDO — EL ESPEJO, OTRA VEZ

(Una habitación. Un espejo de cuerpo entero, similar al de la finca en Virginia. Glenn se detiene frente a él un momento.)

NARRACIÓN: Lo que había cambiado desde la última vez que se había plantado frente a un espejo así no estaba en el reflejo. Estaba en que ya no le sorprendía.

NARRACIÓN: Mirarse había dejado de ser un acto de comparación con el pasado. Se había vuelto, sencillamente, una confirmación de inventario.

NARRACIÓN: Sigo aquí. Bien. Adelante.

NARRACIÓN: Apartó la mirada mucho antes de lo que lo habría hecho un hombre vivo. Tenía documentos que firmar.

(FUNDIDO A NEGRO)

CAPÍTULO 1 — GLENN

La confrontación. *Una ciudad europea. Algún momento del siglo XX.*

NARRACIÓN: Glenn lo vio venir tres días antes, aunque en el momento no supo qué estaba viendo.

NARRACIÓN: La primera pista fue un silencio anómalo en una de sus líneas. Un proxy en Hamburgo que llevaba dos décadas operando con la puntualidad de un reloj suizo no se reportó el martes, sino el miércoles. Glenn no exigió explicaciones: hacerlo equivalía a mostrar preocupación, y mostrar preocupación era perder la postura.

NARRACIÓN: La segunda pista fue una conversación inofensiva en una cantina de Praga. Un hombre al que Glenn no conocía de nada mencionó a un norteamericano que llevaba días rondando el distrito, haciendo preguntas. Rubio, de modales impecables, con un inglés rarísimo y un vocabulario alemán superior al de los propios locales. El forastero no daba nombres. Ofrecía sumas.

GLENN: ¿Y qué clase de preguntas hacía?

EL HOMBRE: Cosas viejas. De los años treinta. De los cuarenta. Buscaba a ciertas personas.

GLENN: ¿Y alguien le respondió?

EL HOMBRE: Algunos.

(Glenn asiente. Ni un solo músculo del rostro delata interés).

NARRACIÓN: Glenn liquidó la cuenta, le dejó al hombre el doble del valor de su café, y salió al frío de la calle. Encendió un cigarrillo. La primera bocanada contra el pulmón helado le llegó con una claridad que llevaba décadas sin experimentar. Una claridad casi nostálgica.

NARRACIÓN: La tercera pista nunca llegó, y esa ausencia fue la que confirmó lo que ya sospechaba. Que el norteamericano hiciera dos preguntas y no la tercera significaba que ya tenía lo que necesitaba.

NARRACIÓN: Glenn supo en ese instante que Coltrane llamaría a su puerta esa misma semana. No se preguntó los métodos. Tampoco le importó.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Lo que sí pensó esa noche, mientras fumaba apoyado en el marco de la ventana de su piso vacío, fue que llevaba ciento setenta años esperando a que esto sucediera. Pensó que sentir el más mínimo atisbo de alivio por saber que el ajuste de cuentas por fin había llegado era algo obsceno.

NARRACIÓN: Y decidió que iba a sentirlo de todas formas.

CORTE RÁPIDO — EL TIMBRE

(Un piso en una ciudad de Europa. Noche cerrada. Las luces bajas. GLENN está sentado en un sillón, sosteniendo una copa que no tiene intención de beber. Al fondo, una radio emite un programa musical que él no está escuchando.)

(Suena el timbre)

NARRACIÓN: Un solo timbrazo. La presión exacta de un dedo educado, de alguien que no necesita insistir porque sabe que lo esperan.

(Glenn deja la copa sobre la mesa. Se levanta. Camina hacia la puerta).

NARRACIÓN: Le tomó cuatro segundos llegar al vestíbulo. En ese minúsculo trayecto, el cerebro de Glenn procesó varias cosas a la vez, todas irrelevantes. Que llevaba la corbata mal anudada. Que debería haber apagado la radio. Que la madera del recibidor crujía en un punto que nunca se había molestado en reparar.

(Abre).

NARRACIÓN: Coltrane había dejado de tener diecisiete años hacía casi dos siglos, pero su rostro

seguía siendo el de un muchacho. Lo que había cambiado era lo que lo sostenía: ahora llevaba un abrigo a medida, una bufanda de seda gris y el peso de un hombre que ha cruzado un océano deliberadamente.

COLTRANE: Glenn.

GLENN: Pasa.

NARRACIÓN: A Glenn no le sorprendió la firmeza de su propia voz. En las tres noches de vigilia previas había decidido no fingir nada. Actuar delante de Coltrane habría sido inútil, y le habría parecido una falta de respeto.

(Coltrane cruza el umbral. No hace ademán de quitarse el abrigo. Glenn cierra la puerta a sus espaldas).

(Plano del recibidor: el salón se vislumbra al fondo. Coltrane se detiene justo en la frontera entre ambas estancias. No avanza hacia la sala. Glenn no comete el error de pedirle que lo haga.)

GLENN: ¿Puedo ofrecerte algo?

COLTRANE: No.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn ya lo había escaneado, en el medio segundo entre abrir la puerta y oír su nombre. Coltrane se estaba conteniendo. Un hombre en calma no aprieta las mandíbulas, y él las tenía apretadas.

COLTRANE: Lo sé todo.

GLENN: Vale.

COLTRANE: *(levantando apenas las cejas, incrédulo)* ¿Vale?

GLENN: Sí. Vale.

(Pausa.)

NARRACIÓN: En su preparación para aquella noche, Glenn también había decidido no preguntar cómo demonios lo había descubierto. Exigir los detalles de la filtración habría sido la reacción de un administrador buscando tapar una fuga. Y lo último que Glenn quería ser en esa habitación era un administrador, aunque a esas alturas de su existencia fuera lo único que sabía ser.

COLTRANE: ¿No vas a preguntarme cómo me he enterado?

GLENN: No.

COLTRANE: ¿Por qué no?

GLENN: Porque no importa.

NARRACIÓN: En otra boca, *"porque no importa"* habría sonado a maniobra evasiva. Coltrane la decodificó por lo que realmente era: el primer acto de reconocimiento real que Glenn le concedía en su vida. Glenn Sheridan, el hombre que llevaba un siglo exigiéndole a sus matones y espías que rindieran cuentas, estaba renunciando voluntariamente al control de la información.

COLTRANE: *(despacio, evaluándolo)* Bien.

NARRACIÓN: Glenn registró la palabra. Y el tono con el que fue dicha.

(Coltrane da un solo paso hacia el interior del salón. Recorre el mobiliario, los lienzos en las paredes, la chimenea encendida, con el escrutinio frío de un tasador que calcula el valor del botín antes de un

embargo.)

COLTRANE: Bonita casa.

GLENN: Una de tantas.

COLTRANE: Lo sé.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn entendió el matiz. Coltrane no solo sabía que había otras; sabía exactamente cuántas eran. Probablemente con más precisión que el propio Glenn.

COLTRANE: El traje que llevas también es elegante.

GLENN: Coltrane.

COLTRANE: ¿Sí?

GLENN: Dilo ya.

COLTRANE: ¿Que diga qué?

GLENN: Lo que has venido a decir.

NARRACIÓN: Glenn no alteró la voz ni la postura. No por valentía, sino para ahorrársela: llevaba tres días esperando esto y el prólogo ceremonial le resultaba agotador.

(Coltrane lo observa en silencio. Lentamente, se quita la bufanda de seda. La dobla y la guarda en un bolsillo. El abrigo se queda puesto.)

COLTRANE: "Coltrane" es el nombre que me impuso la esposa del hombre al que mi madre me vendió. Por treinta y cinco libras esterlinas.

NARRACIÓN: Glenn sintió la primera punzada bajo las costillas. Sabía hacia dónde iba la conversación. Pero hay impactos para los que, por mucho que uno los ensaye, jamás está preparado.

COLTRANE: Treinta y cinco miserables libras, Glenn.

(Una pausa muy larga. El aire del salón se vuelve plomo).

COLTRANE: ¿Tienes una remota idea de la clase de vida (si es que a eso se le podía llamar vida) que arrastré en la plantación de los Holland?

(Glenn permanece en silencio. Los ojos fijos en Coltrane.)

COLTRANE: Volviste quince años después.

GLENN: ...

COLTRANE: Me encontraste en un salón. Y decidiste comprarme.

GLENN: ...

COLTRANE: Como a un mueble. Sin decirme una sola palabra.

GLENN: ...

NARRACIÓN: Era la técnica de interrogatorio que Glenn había perfeccionado en su propio despacho durante décadas: encadenar las afirmaciones sin esperar respuesta, sin dejar hueco para fabricar una mentira. La había usado sobre cientos de hombres acorralados. Estar del otro lado era casi pedagógico.

COLTRANE: ¿Sabes cuánto tiempo estuvo rondando esa maldita pregunta en mi cabeza? “¿Por qué yo?”

GLENN: ...

COLTRANE: *(elevando la voz por primera y única vez, rasgando su propio control)* “¿Por qué yo?”
“¿¿Por qué yo?!”

GLENN: ...

(Pausa. Coltrane se recompone.)

COLTRANE: ¿Por qué te lo callaste?

(Glenn no contesta de inmediato. De todo el interrogatorio, esta es la única respuesta que ha tenido que armar él mismo, en tiempo real, y le está costando.)

GLENN: Porque di por sentado que jamás ibas a perdonarme.

COLTRANE: ¿Y eso era excusa suficiente para no decírmelo?

GLENN: En aquel momento, lo fue.

COLTRANE: Eso es de cobardes.

GLENN: Lo es.

COLTRANE: *(lo escudriña, en el tono del que dicta y no del que pregunta)* No vas a defenderte.

GLENN: No.

(Coltrane exhala despacio).

COLTRANE: *(bajando el volumen)* Me lo estás poniendo más difícil de lo que pensé.

(Una pausa muy larga. Coltrane fija la vista en la madera del suelo. Glenn no le quita los ojos de encima.)

COLTRANE: Llevo dos meses decidiendo qué hacerte cuando por fin te tuviera de frente.

GLENN: Puedo imaginármelo.

COLTRANE: Pensé en matarte.

GLENN: Lo habría entendido.

COLTRANE: No me habría servido de nada.

GLENN: ...

COLTRANE: Pensé en desmantelarte. Sé exactamente cómo hacerlo. Llevo años sabiéndolo. Lo aprendí mirándote, todo este tiempo, sin que supieras que te miraba.

GLENN: Eso también me lo imagino.

COLTRANE: Pensé en no aparecer nunca más. En dejarte para siempre con la carcoma de no saber si yo había descubierto la verdad o no.

GLENN: *(en un murmullo)* Eso habría sido lo peor.

COLTRANE: Lo sé. Por eso fue la opción que estuve más tiempo contemplando.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Glenn cerró los ojos un segundo. Cuando los volvió a abrir, Coltrane lo seguía observando con esos ojos azules que parecían existir con el único propósito de juzgarlo.

COLTRANE: No voy a hacer ninguna de esas tres cosas.

GLENN: ...

COLTRANE: No porque no las merezcas.

GLENN: ...

COLTRANE: Sino porque las tres me costarían a mí. Un desgaste que no me interesa asumir. Y creo que ya he pagado suficiente por ti.

NARRACIÓN: Esa frase sí lo tocó. Glenn sintió algo en el centro del pecho que llevaba décadas sin sentir y para lo que ya no tenía nombre. Debajo de todo, intacto, el dolor seguía esperando. Los casi dos siglos entre la finca de Virginia y esta sala en penumbra no habían sido una cura. Habían sido una prórroga.

(Coltrane da media vuelta hacia la puerta. Justo antes de cruzar el umbral, se detiene. No mira hacia atrás).

NARRACIÓN: Y es justo ahí. En ese milisegundo suspendido, en el que Coltrane está a punto de marcharse y Glenn ignora por completo qué palabras saldrán de su boca cuando el muchacho se gire.

[DECISIÓN 2]

(Coltrane...)

[CAMINO A] (Le perdona la deuda)

[CAMINO B] (Deja la cuenta abierta)

CAMINO A — La concesión inmediata

(Coltrane se gira. No completamente: solo medio cuerpo. Lo justo para que Glenn le vea el perfil.)

(Una pausa que a Glenn le cuesta calcular.)

COLTRANE: ¿Cómo era?

GLENN: ¿Quién?

COLTRANE: Mi madre.

NARRACIÓN: La pregunta golpeó a Glenn desde un ángulo para el que no estaba preparado. Había anticipado la rabia, el cálculo, incluso la indiferencia. No esto. No un hijo preguntando por su madre.

NARRACIÓN: Glenn se sentó. No lo decidió su cabeza. Las rodillas cedieron solas.

GLENN: Era... *(se interrumpe)* Era baja de estatura. Me llegaba aquí *(se toca el hombro)*.

(Lo que sigue lo dice con la urgencia de quien destapa un lienzo que llevaba quince años mirando hacia la pared.)

GLENN: Tenía las manos muy ásperas para alguien tan joven. Llevaba ya años trabajando en la casa cuando yo aparecí. Cuando alguien le decía algo que le parecía estúpido, tenía un gesto, una manera de apretar los labios... Eso lo aprendió de tu abuela, supongo, aunque a tu abuela no la conocí.

(Coltrane no se mueve. Solo tiene la vista fija en él.)

COLTRANE: Continúa.

NARRACIÓN: Glenn habló durante una hora. No lloró: físicamente no podía hacerlo. Pero la voz se le

rompió tres veces, en detalles pequeños, en frases que parecían no tener costo. Una vez al mencionar un vestido azul que Diana había llevado un domingo. Otra al reconocer cómo ella era mejor que él en todo. La tercera al recordar la última vez que la había visto, sin decirle nada, al lado de la ventana de la casa.

NARRACIÓN: Coltrane lo escuchó sin interrumpir. Cuando Glenn terminó (solo entonces), se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de la silla.

COLTRANE: *(después de un largo silencio)* Yo terminé haciendo casi lo mismo.

GLENN: ¿Cómo?

COLTRANE: Con Annie. Con mi hijo.

NARRACIÓN: Glenn no supo cómo procesar el dato.

COLTRANE: Annie no quiso volver a verme en cuanto se enteró de lo que era.

GLENN: Eso lo sé.

COLTRANE: Vigilé al niño desde lejos. Intenté hablarle una vez, cuando él era ya todo un hombre, doblándome la edad en apariencia. No funcionó.

(Pausa larga.)

COLTRANE: No vine a perdonarte. Vine a decirte que ya no tengo fuerzas para sostener el rencor. Pero no te confundas.

GLENN: No lo hago.

COLTRANE: Es lo que hay.

NARRACIÓN: Glenn lo aceptó. Coltrane se sentó por primera vez en la silla del recibidor. Eran las dos de la madrugada. La radio seguía encendida. Ninguno de los dos la apagó.

NARRACIÓN: Hablaron hasta que amaneció. No de Diana, ni de Annie, ni de la finca: de cosas pequeñas. Lo que cada uno había estado leyendo. Un pez de las profundidades que parecía salido de otra dimensión. Un cuadro que Glenn había comprado en marzo. La ceniza de un volcán en erupción. Una ciudad asiática en los años treinta.

NARRACIÓN: La conversación tuvo el aire de dos hombres que han pasado por un terremoto y comprueban, sin decirlo, que el edificio sigue en pie.

NARRACIÓN: Cuando Coltrane se fue, antes del alba, no dijo "volveré". No hacía falta. Se había quitado el abrigo.

NARRACIÓN: Volvió. Muchas veces. Durante el resto de los siglos, Glenn lo tendría cerca. No siempre en la misma ciudad, no siempre en el mismo continente, pero siempre alcanzable. Una llamada que se contestaba al primer tono. Una carta que no tardaba. Cenas espaciadas, pero reales. La forma de una relación que ha atravesado lo peor y se ha sentado a la mesa.

NARRACIÓN: Lo que quedó entre ellos era algo más raro que la ternura, y posiblemente más duradero: dos hombres que ya no tenían nada que ocultarse.

(FUNDIDO A NEGRO.)

CAMINO B — La distancia

(Coltrane no voltea. Glenn lo mira de espaldas, con la mano sobre el picaporte, y entiende que no se

va a voltear.)

COLTRANE: No sé cuándo voy a volver a verte.

GLENN: Entiendo.

COLTRANE: Puede que pasen años.

GLENN: ...

COLTRANE: Puede que pasen muchos años.

GLENN: ...

(Pausa.)

COLTRANE: No te voy a buscar. Si nos encontramos será porque uno de los dos coincide con el otro en una ciudad. Nada más.

GLENN: Entiendo.

COLTRANE: ¿Es lo único que sabes decir esta noche?

GLENN: Sí. Lo siento.

NARRACIÓN: Coltrane respiró. Era un respiro raro: con un poco de risa al final, sin alegría. La risa de alguien que reconoce, en medio de una situación pésima, una verdad pequeña y exacta.

COLTRANE: Bien.

NARRACIÓN: La palabra cayó otra vez sobre Glenn, como las dos veces anteriores. Esta vez no traía ninguna concesión detrás. Era un cierre.

(Coltrane abre la puerta. Sale. Cierra detrás de sí con el mismo cuidado con el que llamó al timbre.)

(Glenn se queda un rato largo de pie en medio de la sala. La copa que sirvió antes sigue donde la dejó. La radio sigue tocando una pieza que no oye.)

NARRACIÓN: Esa noche Glenn no se sentó. Se quedó de pie, fumando, hasta que la luz empezó a entrar por la ventana del lado este.

NARRACIÓN: Cuando entró, apagó el cigarro y la radio, y se fue al dormitorio. Durmió, por primera vez en décadas, las catorce horas seguidas que el cuerpo de un inmortal puede dormir cuando ya no le queda nada que vigilar.

NARRACIÓN: Cuando despertó, era otra clase de hombre. No mejor, ni peor. Solo diferente.

(Pausa.)

NARRACIÓN: Pasaron los años sin contarlos.

NARRACIÓN: La primera vez que coincidieron fue en Roma, en una calle estrecha cerca del Campo de Fiori. Glenn iba con prisa. Lo vio de espaldas y supo, sin verle la cara, que era él. Coltrane se volteó.

NARRACIÓN: Cruzaron miradas. Glenn pensó por un instante que iba a sonreír. Coltrane no sonrió, pero asintió una vez. Glenn asintió también. Pasaron de largo.

NARRACIÓN: Esa noche, en el hotel, Glenn sintió el pecho arder de dolor.

NARRACIÓN: La siguiente coincidencia fue cuatro años después en Estambul. La siguiente, a los ocho. La siguiente, a los dos. No había patrón.

NARRACIÓN: Cada vez se saludaban con un gesto más completo. La sexta vez se hablaron. La

séptima, se reunieron en una cafetería. Para entonces ya habían pasado los lustros suficientes como para que ninguno de los dos llevara la cuenta.

NARRACIÓN: Lo que quedó entre ellos fue una relación con la forma de las cosas que sobreviven a una herida que nunca se cosió del todo: tibia, real, levemente frágil. Con un milímetro de aire entre los dos cuerpos que los demás quizá no notaban, pero que ninguno de ellos cruzaría jamás.

(FUNDIDO A NEGRO.)

CAPÍTULO 1 — GLENN

El primer encuentro con Paul. *España, segunda mitad del siglo XX.*

NARRACIÓN: A Glenn, la geografía nunca le había servido de nada. Las ciudades solo se diferenciaban por el idioma de los insultos y el valor de las divisas. Hamburgo valía lo mismo que Lyon, y Lyon lo mismo que Trieste. Dormía en habitaciones que olvidaría en un par de años. Se alimentaba sin hambre. Cobraba. Pagaba.

NARRACIÓN: Después de Coltrane (que había pasado a ser la única medida de tiempo en su calendario interno), el mapa se le volvió aún más ininteligible. Algunas calles de pronto pesaban más que otras. Ciertas luces, a determinada hora, lo dejaban paralizado en medio de una acera sin saber por qué. Prefería no preguntárselo: responderse implicaba admitir que estaba esperando algo, y Glenn había firmado un pacto inquebrantable consigo mismo. No volver a esperar nada de nadie.

NARRACIÓN: Cómo terminó en Andalucía era una pregunta sin respuesta. Tomó un tren al sur por inercia. Bajó en una estación que era apenas un banco de madera y un cartel descolorido. Pidió una caña y una tapa que no llegó a tocar, y se quedó mirando los olivos al otro lado de las vías hasta que los pocos locales empezaron a cerrar. Después caminó sin rumbo, solo para no pudrirse de aburrimiento.

CORTE RÁPIDO — EL MERCADO

NARRACIÓN: Los mercaderes ya recogían, dando la jornada por terminada. Paul estaba al otro lado, frente a un puesto de flores. Aparentaba casi treinta años, según el reloj biológico que se le había detenido hacía varios siglos. Alto, rubio, con esa serenidad específica de los hombres que han sido hermosos durante tanto tiempo que ya olvidaron que lo son.

NARRACIÓN: Lo que detuvo a Glenn fue una serie de gestos: Paul no miraba las flores al escogerlas; las tocaba. Pasaba las yemas por los pétalos, ladeaba un tallo, apretaba la base comprobando su firmeza. Estaba mirando un ramo con las manos.

NARRACIÓN: Se acercó para confirmarlo. Paul tenía los ojos abiertos y la cabeza orientada hacia el puesto, pero las pupilas no seguían los ramos: estaban fijas, sin la microscopía involuntaria con la que un ojo vivo examina el mundo. Y brillaban demasiado. El destello de las farolas se les quedaba quieto encima, como en una superficie pulida sin la película líquida de un ojo humano. Glenn había visto unos así en una boda en Praga, en un caballero que dejó su ojo en una trinchera. Prótesis. Buenas, pero prótesis.

NARRACIÓN: Glenn registró el dato sin inmutarse. La gente perdía cosas todo el tiempo.

NARRACIÓN: La vendedora, una anciana con un pañuelo en la cabeza, se giró hacia él un par de

segundos, sin motivo aparente, y volvió a lo suyo. A Glenn le pareció extraño y no le dio importancia.

NARRACIÓN: Paul pagó el ramo de gladiolos blancos, rechazó el cambio y echó a andar hacia la salida con una seguridad impropia de un ciego, como si siguiera instrucciones invisibles.

NARRACIÓN: Y Glenn, que llevaba quince décadas calculando cada milímetro de sus decisiones, hizo algo que no había planeado. Se acercó al puesto, señaló unos lirios blancos, dejó unas pesetas y se fue tras él.

CORTE RÁPIDO — EL CAMINO

(PAUL camina delante de GLENN, a unos cuarenta pasos.)

NARRACIÓN: Glenn tardó un kilómetro en comprender que Paul sabía que lo seguían. Peor: se estaba dejando seguir. Con la misma indiferencia con la que un hombre permite que un perro callejero le acompañe hasta la casa. El detalle le resultó ligeramente humillante, pero no alteró su paso.

NARRACIÓN: Paul llevaba un bulto largo a la espalda, envuelto en una lana que parecía tener más años que el sendero.

NARRACIÓN: Lo que de verdad lo desconcertaba era la logística. ¿Cómo se abría paso un ciego entre los olivos, sin bastón ni ayuda? Paul sorteaba las raíces viejas con la naturalidad de quien transita de memoria; pero también esquivaba las piedras nuevas, las que las últimas tormentas acababan de arrastrar. Las raíces podían ser memoria. Las piedras, no. Las piedras eran información en tiempo real.

NARRACIÓN: La única fuente de información actualizada en ese tramo del olivar eran los ojos de Glenn, que iba detrás.

CORTE RÁPIDO — EL ÁRBOL

(Un claro. Una encina inmensa, con el tronco rajado por el peso de las décadas. Una copa que cubre el triple de un árbol común; de ser de día, la sombra dibujaría un círculo perfecto en la tierra.)

(A los pies de la encina yace lo que en otra época fue una losa. Cuatro raíces gruesas la rodean ahora, formando una corona de madera viva que la abraza sin asfixiarla. El líquen no crece sobre la piedra: se ha fundido con ella. Unas letras grabadas sobreviven a duras penas bajo el desgaste. La tumba parece un organismo diminuto y petrificado, respirando a una escala que el tiempo humano no registra.)

(Paul se arrodilla frente a ella.)

NARRACIÓN: Lo hizo sin dudar. Con la mano libre, palpó la piedra. No intentó limpiarla. A Glenn le dio la impresión de que aquel hombre había ejecutado ese mismo gesto tantas veces que la losa ya no requería mantenimiento, sino ser acompañada.

(Paul deposita los gladiolos blancos. Los acomoda deslizando los dedos por los tallos hasta encontrar el ángulo exacto, y se detiene, satisfecho. Apoya la palma abierta sobre la losa y guarda silencio.)

NARRACIÓN: Glenn entendió que aquello era una oración, y que llevaba repitiéndose mucho tiempo.

NARRACIÓN: El pelirrojo había pisado suficientes cementerios en su vida. Había visto a hombres y mujeres rotos frente a lápidas, rindiendo homenaje a cuerpos que en su momento lo habían sido todo para ellos.

NARRACIÓN: Lo que le descuadraba eran los cálculos temporales. Él también había querido a personas que ya estaban muertas. Pero a finales del siglo XIX había descubierto, con desagrado, que no lograba mantener intacto ese afecto: el tiempo lo atenuaba. En su arquitectura mental, nada sobrevivía

más de un siglo.

NARRACIÓN: La piedra llevaba siglos arraigada al pie de la encina, y el hombre arrodillado frente a ella seguía entero. La proporción para Glenn era inconcebible: no entendía cómo un amor podía negarse a morir durante tanto tiempo.

CORTE RÁPIDO — LA GUITARRA

NARRACIÓN: Después de un largo rato, Paul retiró la mano. No se levantó. Deshizo los gruesos pliegues de lana: era una guitarra, más vieja que cualquiera que Glenn hubiera visto en toda su existencia.

(Paul se sienta contra el tronco, apoyando la espalda en la corteza. Acomoda la guitarra en su regazo.)

NARRACIÓN: Templó las cuerdas de oído. Pulgar e índice de la mano izquierda en cada par; la derecha pulsando para confirmar. Una clavija. Otra clavija. Un cuarto de vuelta.

NARRACIÓN: Glenn se quedó donde estaba, a varios metros del árbol. No se sentó; no sabía si era irrespetuoso.

(Paul comienza a tocar. Una progresión modal sencilla, de cuatro acordes. Luego entra la voz. Baja, íntima, cantando casi para sí mismo.)

PAUL *(cantando)*: "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya fruto..."

NARRACIÓN: Glenn no entendió la letra; sabía español lo justo para defenderse, pero no para la poesía, ni para distinguir una canción popular de un canto religioso.

NARRACIÓN: Lo que lo inmovilizó fue la voz.

NARRACIÓN: Era la primera vez en dos siglos que escuchaba cantar a alguien con ese nivel de desprendimiento. Sin pedir atención, sin proyectar hacia un público. Una voz inmaculada, monástica, que no estaba dirigida a él ni a nadie que respirara en ese olivar. Le cantaba a la losa, a lo que se encontraba debajo, y a la encina.

NARRACIÓN: A Glenn se le aflojaron los hombros sin pedirle permiso. Solo entonces se dio cuenta de que llevaba una eternidad con los músculos contraídos, y de que acababan de ceder lo justo para dejarlo expuesto.

(Paul continúa. Una segunda estrofa. Glenn sigue petrificado en la penumbra.)

NARRACIÓN: La pieza fue breve. Y cuando terminó, lo hizo sin formalidades ni un cierre grandilocuente. La última nota simplemente vibró en el aire y se apagó.

(Silencio.)

NARRACIÓN: El silencio que siguió se parecía al aire de una habitación justo después de que alguien termina, por fin, una tarea aplazada durante años.

(Paul apoya la guitarra contra el tronco con cuidado, buscando un ángulo en el que no resbale. Se pone de pie. Se voltea hacia Glenn.)

NARRACIÓN: Fue entonces cuando Glenn detalló los ojos.

NARRACIÓN: Fue entonces cuando Glenn detalló los ojos y confirmó la sospecha del mercado. Prótesis. Excelentes para la época: el iris replicado con cuidado, un acabado mate que no se delataba a tres metros. Las pupilas, idénticas, no respondían a la luz. No hay dos ojos humanos iguales. Estos lo eran.

NARRACIÓN: Glenn no hizo preguntas. En el tipo de existencia que ambos compartían había un protocolo no escrito: en un primer encuentro entre inmortales, nadie indaga sobre las heridas del pasado.

NARRACIÓN: Sin embargo aún quedaba la logística: ¿cómo veía Paul? En ese instante, sin que Glenn lo supiera todavía, Paul se estaba mirando a sí mismo a través de los ojos del pelirrojo.

NARRACIÓN: Para lo que no estaba preparado era para la parquedad de lo que vino después.

PAUL: Paul.

(Pausa.)

PAUL: Así me llamo.

NARRACIÓN: Lo dijo sin más. Ni un "soy Paul", ni un "me llamo Paul, ¿y usted?". El nombre de pila desnudo, sin apellido, como quien marca un cerco. La misma voz que acababa de cantarle a la tumba, ahora dirigida a él.

NARRACIÓN: Glenn llevaba dos siglos catalogando voces: voces que mentían, que suplicaban clemencia, que ordenaban, que negociaban tasas de interés. La de Paul no negociaba nada. Era apacible, honda, sin segundas intenciones. La clase de voz que hace bajar la guardia sin que uno lo note. Una voz sobre la que se podía construir un hogar.

GLENN: *(tratando de recuperar la postura, con la voz más rasposa de lo habitual)* Glenn.

(Una pausa.)

GLENN: Glenn Sheridan.

PAUL: *(apenas esbozando una sonrisa; la voz acertando la distancia entre los dos sin dar un paso)* Mucho gusto.

NARRACIÓN: Lo dijo con la cortesía del que se ha memorizado la fórmula y la ejecuta correctamente. Glenn reconoció el mecanismo. Pero por debajo de la cortesía hueca, el timbre seguía intacto: calmado, magnético, insoportablemente sereno.

NARRACIÓN: Todavía no lo sabía, pero iba a seguir aquel sonido hasta el final, y no iba a quedarle ni un rastro de dignidad en el camino.

PAUL: ¿Vas a hacer algo con esas flores?

(Glenn baja la vista. Sigue sosteniendo el ramo. Lo había olvidado por completo.)

NARRACIÓN: Y entonces lo vio. Lo que había salido del puesto de la anciana siendo un puñado de lirios blancos, llevaba ahora un cinturón irregular de flores silvestres. Manzanillas amarillas y blancas. Amapolas rojas. Pequeñas hojas verdes enganchadas torpemente a los tallos.

NARRACIÓN: Glenn solo reconoció los lirios. No supo en qué momento de la persecución por el olivar había ido arrancando aquellas flores para sumarlas al arreglo. Levantó la vista hacia Paul.

GLENN: No.

(Pausa.)

PAUL: No hace falta que las traigas la próxima vez.

NARRACIÓN: La frase lo desarmó. Primero, porque Paul daba por hecha una próxima vez (cuando Glenn no había dado señal alguna de volver) y la trataba como un fenómeno meteorológico, tan garantizado como la siguiente lluvia. Y después, lo más humillante: que Glenn sí pensaba volver. Lo había decidido sin consultarse a sí mismo, y Paul lo había sabido antes que él.

CORTE RÁPIDO — LA CASA

(Paul orienta el rostro hacia un punto más allá del claro).

NARRACIÓN: Siguiendo la orientación de aquel rostro ciego, Glenn distinguió, a unos cien metros, una casa baja entre los olivos. Encalada, aunque la cal llevaba tantos años sin mano que había virado del blanco a un ocre ceniciento. El tejado conservaba las tejas salvo en una esquina hundida. Ignoraba si la puerta aún cerraba.

PAUL: Esa era nuestra casa.

GLENN: ¿Nuestra?

PAUL: Sí. Nos pertenecía a los dos. A ella y a mí.

NARRACIÓN: Glenn unió la frase con la losa. En silencio.

GLENN: ¿Cuánto tiempo ha pasado?

(Paul suspira. Deja caer una pausa corta).

PAUL: Mucho tiempo.

NARRACIÓN: La palabra "mucho", en boca de un inmortal, pesaba distinto. Paul no entró en detalles, y Glenn no se los pidió.

NARRACIÓN: Glenn volvió a mirar la casa derruida entre las ramas y tuvo un pensamiento que no había pedido: que habían sido felices allí. Que la alegría se quedaba en las paredes aunque los cuerpos desaparecieran.

NARRACIÓN: Y luego pensó que él nunca había vivido una felicidad como aquella. Que su vida humana en los suburbios de Richmond había sido un simulacro estridente. Que aquella clase de paz era otra baja más en el catálogo de su existencia.

NARRACIÓN: Paul no sugirió que se acercaran. Glenn tampoco lo propuso.

CORTE RÁPIDO — LAS IMÁGENES

(La distancia entre los dos hombres es escasa. Tres pasos. Cuatro a lo sumo).

PAUL: Déjame mostrarte algo.

GLENN: ¿Qué cosa?

PAUL: Cosas que ocurrieron. Algunas, tal como las recuerdo. Otras, como creo que sucedieron.

NARRACIÓN: Lo dijo de pasada, sin subrayarlo. Glenn no captó la diferencia esa noche.

NARRACIÓN: La primera imagen que le asaltó la mente tenía la textura inconfundible de la memoria humana.

(Un monasterio en un bosque nórdico. La veta áspera de la madera en las puertas. El frío afilado de una celda al alba. Cera derretida, humedad, el aroma lejano de un guiso. La vibración de una campana. Un niño rubio repasando declinaciones latinas frente a un pupitre que le quedaba alto, con las plantas de los pies congelándose sobre la piedra.)

NARRACIÓN: Una arquitectura de sensaciones brutales: temperatura, sabor, el estómago contraído esperando el desayuno. Glenn las asimiló con la nitidez intrusiva de un recuerdo propio.

NARRACIÓN: Luego la geografía cambió.

(Una llanura costera. Piedra caliza reverberando bajo un sol que caía a plomo, con un peso casi físico. Un grupo de prisioneros atados en un patio. Un sarraceno acercándose con una navaja barbera. El roce del acero contra la piel. La barba cayendo sobre la piedra clara. Y una voz desencarnada, susurrando en un idioma que Glenn tradujo sin saber cómo: "Ya no pareces un bárbaro".)

(Acto seguido, una figura erguida frente a Paul, encuadrada desde la perspectiva de alguien que aún conserva sus propios ojos.)

NARRACIÓN: Entonces la transmisión se cortó. Seca, violenta, como el portazo de una caja fuerte. Glenn no vio lo que vino después. El acceso a esa parte estaba vetado.

NARRACIÓN: Cuando las imágenes regresaron, la textura había cambiado. Era como pasar de una fotografía a una pintura hiperrealista. La intensidad seguía ahí, a veces mayor, pero con fallas estructurales: faltaba la periferia, faltaba el ruido de fondo del entorno. Las superficies tenían un acabado demasiado pulido, como si alguien hubiera compuesto la escena a partir de descripciones ajenas y no de la experiencia.

NARRACIÓN: Vio a una mujer en una cama. Muy anciana. La piel apergaminada, los ojos cerrados, las manos quietas sobre las sábanas. Sin anillos. Sin un solo objeto que fijara una fecha, un nombre, un lugar. La habitación, pequeña y neutra, con las cortinas corridas. Glenn comprendió que aquel encuadre recortado era todo lo que se le iba a permitir conocer de ella. El resto le pertenecía a Paul.

NARRACIÓN: Luego vino el fragmento más inquietante: el rostro de Paul derramando lágrimas de sangre, visto desde fuera.

NARRACIÓN: A Glenn le subió una incomodidad inmediata. Aquel rostro no llevaba prótesis: tenía ojos azules, vivos. Ojos humanos. Tardó en encajar la discrepancia, hasta que cayó en lo que significaba: estaba viendo a Paul tal como Paul creía seguir siendo. Cada vez que el alemán proyectaba su propia imagen, recurría a la versión de sus veintisiete años. Pese a los siglos, pese a la amputación, ese joven humano era el único inquilino del fondo de su mente.

NARRACIÓN: Vio el árbol. Una pala. Una silueta envuelta en lo que parecía un sudario, descendiendo hacia la fosa. Y entonces los siglos se comprimieron en un lapso de segundos: el tronco de la encina ensanchándose, anillo por anillo; las raíces arrastrándose hacia la losa hasta formar la corona; el liquen floreciendo para ser luego asimilado por la piedra; el camino de tierra disolviéndose bajo la maleza y formándose de nuevo.

NARRACIÓN: Después, una sucesión de gestos menores, dispersos por el mapa. Una mano deslizando un sobre bajo una puerta. Otra comprobando la fiebre en la frente de un niño. Una firma trazada en el reverso de un cheque sin destinatario. Un funcionario anónimo archivando un expediente. Una hilera de camas en un hospital. Rostros desdibujados que no permanecían el tiempo suficiente para ser recordados.

NARRACIÓN: Vio un desierto inmenso, de un blanco seco y cegador, en otro continente. Vio a un hombre cavando un agujero en él. Vio el descenso a una oscuridad prolongada, sin sueños.

NARRACIÓN: Y al final, sin aviso, la textura volvió a cambiar. No a la nitidez de las primeras memorias: era una imagen del presente, con toda la periferia intacta (el bullicio de un mercado, el olor a fritura, la humedad de las flores cortadas), pero desde un ángulo que a Glenn le pareció equivocado.

NARRACIÓN: Era el puesto de flores. Pero no desde la perspectiva de Paul.

NARRACIÓN: La visión venía de detrás del mostrador. La mano de la vendedora descansaba sobre el ramo de gladiolos en primer plano. Y al girar el campo visual, al otro lado del mercado, recortado

contra un muro de cal, apareció un hombre vestido con demasiada ropa para el clima. Cabello rojo recogido. Las manos en los bolsillos. Observando.

NARRACIÓN: Glenn se vio a sí mismo. Y en ese instante, encajaron dos certezas de golpe.

NARRACIÓN: La primera: el ángulo era el de la anciana del puesto. Esa mirada de un par de segundos que le había parecido casual. La segunda: Paul lo había usado, con una eficiencia casi humillante, de perro guía para cruzar el olivar.

(La transmisión se corta en seco. El claro regresa. El aire de la noche. La losa a los pies del tronco. La guitarra apoyada contra la corteza.)

NARRACIÓN: Glenn no había movido un músculo.

PAUL: Ya sabes quién soy.

(Pausa.)

PAUL: Son recuerdos. O recuerdos de recuerdos. La división a veces se me vuelve un tanto difusa.

GLENN: ¿Por qué me has enseñado todo esto?

(Pausa.)

PAUL: No lo sé.

NARRACIÓN: De todo lo de esa tarde, lo que más perturbó a Glenn no fueron las imágenes (esas tardaría semanas en procesarlas), sino la frase. Tenía delante a un hombre que lo superaba en siglos, con todo el tiempo del mundo para fabricar un discurso o ensayar una excusa perfecta, y le había entregado, sin maquillaje, un "no lo sé". Lo dijo con la sinceridad de quien de verdad no tiene la respuesta.

NARRACIÓN: Algo crujió en el pecho de Glenn: un engranaje que no supo identificar.

NARRACIÓN: El primer síntoma de un error de cálculo que iba a salirle carísimo.

CORTE RÁPIDO — LA SALIDA

(Paul se inclina y recoge la guitarra. Vuelve a envolverla en la misma lana vieja, con movimientos acompasados, sin pensarlos. Se echa el bulto a la espalda.)

NARRACIÓN: Antes de abandonar el claro, se detuvo. Sin volverse:

PAUL: Como dije anteriormente, no hace falta que traigas flores la próxima vez. Con las que yo traiga será suficiente.

NARRACIÓN: Glenn registró la frase. Y la guardó como una de las dos o tres cosas más generosas que alguien le había concedido en toda su existencia.

NARRACIÓN: Paul echó a andar entre los olivos. Glenn cerró los ojos un segundo. Cuando los volvió a abrir, el sendero ya se encontraba vacío.

CORTE RÁPIDO — EL CAMINO DE VUELTA

(Glenn camina a solas, de regreso al pueblo. El ramo sigue colgando de su mano. Se había olvidado de que lo llevaba.)

NARRACIÓN: Antes de alcanzar las primeras casas, se detuvo a un lado del camino. Bajó la vista hacia las flores.

NARRACIÓN: Empezó a deshacer el arreglo. Los lirios blancos (los que había comprado) los dejó en la cuneta, sujetos con una piedra para que el viento de la noche no los esparciera. Las manzanillas y las amapolas silvestres se quedaron en su mano.

NARRACIÓN: Pensó, con esa claridad reacia de las cosas que uno no quiere admitir, en lo que venía: que iba a volver. No sabía cuándo ni bajo qué pretexto, pero fabricaría alguna excusa, y la excusa sería obviamente falsa. Y Paul lo sabría desde el primer segundo.

NARRACIÓN: Pensó que en doscientos años de inmortalidad nadie había conseguido perforar sus defensas de aquella manera, y que un hombre del que apenas sabía nada acababa de dismantelarlos en una sola noche. Intuyó que todo el asunto violaba alguna regla básica de sí mismo, pero no supo nombrar cuál.

NARRACIÓN: Pensó, finalmente, que no le quedaba más remedio que aprender a cargar con aquello. Cargar peso había sido siempre su única destreza natural, una que nunca pidió tener.

(El cuarto de alquiler de Glenn. La luz es exigua).

NARRACIÓN: Llevó las flores silvestres a la habitación. No les buscó agua. No las tiró. Las dejó sobre la mesa de madera y se quedó mirándolas, en silencio, un tiempo que no se molestó en medir.

(FUNDIDO A NEGRO.)

FORMULARIO DE FEEDBACK

<https://forms.gle/N26aABBr7znXZtiaA>